ORIGENES DEL HOMBRE

Los fenicios (II)

24

TIME LIFE

folio

EX LIBRIS Scan Digit



The Doctor

http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/

http://el1900.blogspot.com.ar/

http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/

ORIGENES DEL HOMBRE

Los Fenicios (II)

TIME
LIFE
folio

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé
Autor: Maitland A. Edey
Asesores: James Bennet Pritchard y Stanley Gevirtz

Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo
(Institute of Archaeology. London)
Coordinación técnica: Pilar Mora
Diseño de la cubierta: STV Disseny

Publicado por:
Ediciones Folio, S.A. 1-7-94
Muntaner, 371-373
08021 BARCELONA

© Time-Life Books Inc. All rihts reserved
© Ediciones Folio, S.A., 1994

Distribución exclusiva para España y América:
Editorial Rombo, S.A.

ISBN: 84-7583-427-2 (obra completa)
84-7583-463-9 (volumen II)

Impresión:
Cayfosa. Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)
Depósito Legal: B-8486-94
Printed in Spain

Índice de materias

VOLUMEN II

Capítulo cuarto:
Vida y muerte en las ciudades portuarias 82

Capítulo quinto:
Dioses, sacerdotes y sacrificios 104
Secuencia gráfica: El templo construido por el Rey Salomón 123

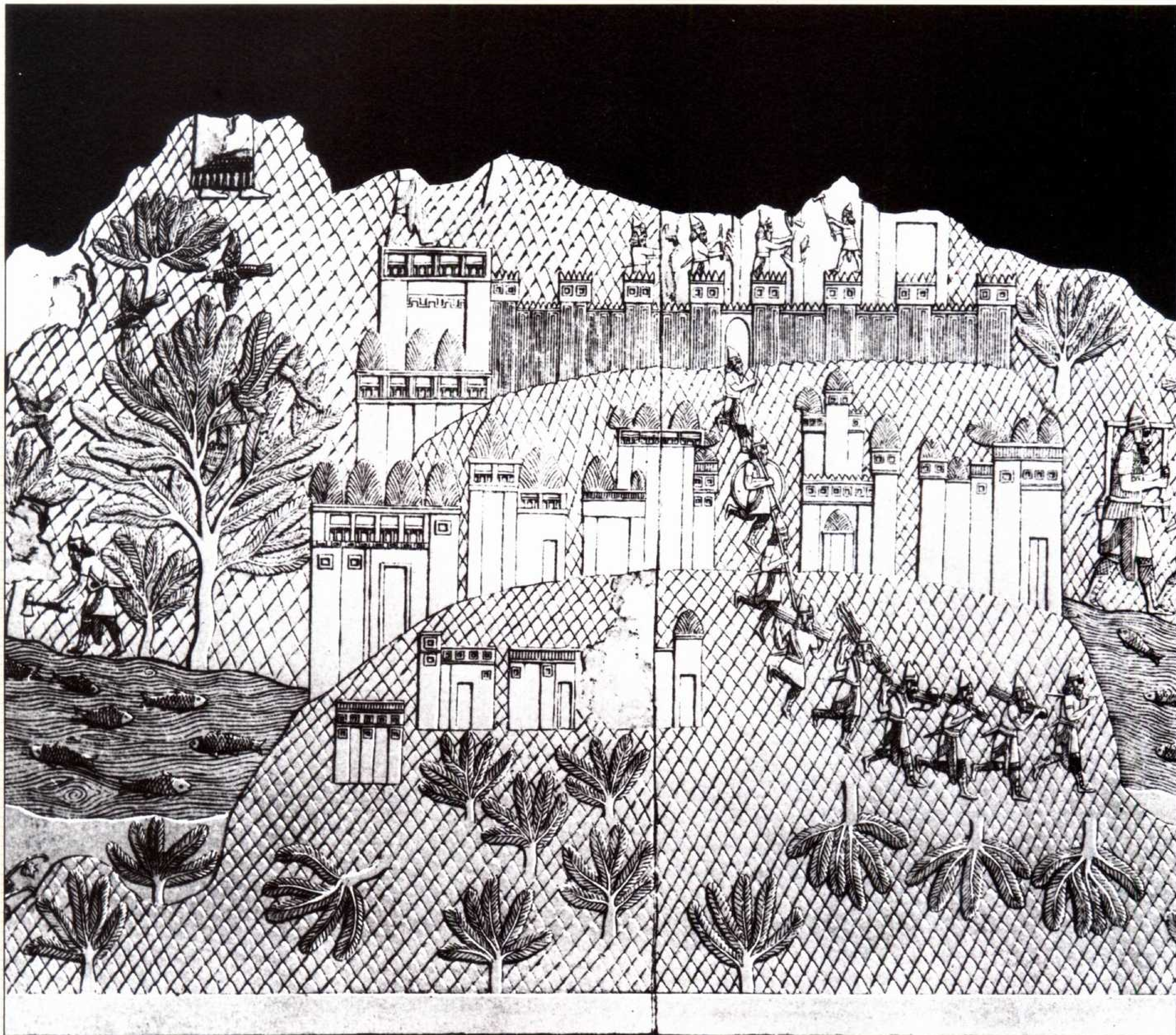
Capítulo sexto:
Auge y caída de Cartago 128
Secuencia gráfica: Motya: un fuerte clave al oeste de Sicilia . 151

Procedencia de las ilustraciones 160

Agradecimientos y bibliografía 161

Índice 162

Capítulo cuarto: Vida y muerte en las ciudades portuarias



¿Qué significaba ser un fenicio habitando en uno de los puertos principales? ¿Qué vestidos llevaban las gentes? ¿Cómo eran sus casas? ¿Cómo administraban sus negocios, cómo llevaban sus archivos? ¿Qué sistema de escritura empleaban? ¿Cómo se gobernaban? ¿Qué clase de impuestos pagaban? ¿Cómo se enfrentaban a los asirios, sus feroces vecinos? Y, sobre todo, ¿qué aspecto tenía una ciudad fenicia? No es fácil contestar todas estas preguntas.

El mejor testimonio que se conoce actualmente es un bello relieve mural *(página 82)* del palacio real de Senaquerib en Nínive. Muestra con detalle el saqueo de una ciudad fenicia por soldados asirios. Quienquiera que fuese el artista, sin duda tenía una viva idea del tema. Al parecer, la impresión dominante que le causó la ciudad fue la de suntuosidad y opulencia. Para un invasor que ha recorrido cientos de kilómetros a través de polvorientas llanuras y que ha escalado escarpadas montañas, esto no es de extrañar. Un puerto fenicio debía parecerle de una frondosidad y riqueza inimaginables. Por el centro de este relieve fluye agua, que puede ser el borde del mar o un río. Está rebosante de peces. Hay árboles frutales y vides (abajo a la izquierda). Crecen palmeras; a través de ellas vuelan palomas, y en una de las ramas puede verse un nido repleto de pajarillos.

La ciudad misma es espléndida, bordeada de muros flanqueados de torres. Sus casas son altas, con puertas grandes y estrechas, ventanas provistas de balaustrada en la segunda planta y singulares tejados que parecen reflejar el intento del artista por representar domos cubiertos de tejas, o terrazas sobre las que crecen altos arbustos. Los saqueadores abandonan la ciudad, cargados con haces de armas capturadas y bastones no identificados. Otros portan muebles, bellas sillas o mesas de diseño egipcio con cabezas de animales talladas. Al fondo, otros soldados están midiendo árboles y talándolos; para los asirios, ávidos de madera, hasta los árboles de una ciudad fenicia merecían ser llevados a casa.

¿Qué ciudad es ésta, tan amorosamente preservada en el palacio de Senaquerib? Nadie lo sabe. Pero podría ser Tiro, que como es sabido fue el blanco de la ira de Senaquerib hacia el año 700 antes de nuestra era. Cualquiera que sea el lugar, este relieve nos ofrece una singular descripción del aspecto externo de una ciudad fenicia. Sólo se conoce otra representación semejante, un relieve garabateado sobre una tumba en el Cabo de Bon, en Africa; pero es tan tosco que apenas nos puede informar sobre el aspecto que presentaban las ciudades fenicias. Lo único que tiene en común con el relieve de Nínive es la indicación de que también sus casas tenían una extraña forma redondeada –domos o arbustos– sobresaliendo de las cimas de sus tejados.

Del interior de una ciudad fenicia, de cómo era la vida en ella, no perdura ningún relieve o ilustración, ni siquiera una descripción escrita. Por eso uno se ha de basar en las deducciones sacadas de algunas inscripciones fenicias, de culturas y religiones contemporáneas y de las pistas que aparecen en la literatura de estas culturas. Finalmente, y lo que es más importante, uno debe acudir a la arqueología: a lo que la azada revela cavando a través de una y otra capa de restos culturales ocultos en la tierra. Desafortunadamente para el arqueólogo, todos los principales puertos de la Fenicia oriental –Biblos, Beritos, Tiro y Sidón– siguen ocupados, sus viejos distritos

En este dibujo de parte de un relieve hallado en Nínive, unos soldados asirios se llevan el botín de una ciudad fenicia. La ciudad –posiblemente Tiro– está fuertemente defendida. Tiene altos muros con torres. Las casas son de dos o tres plantas. Sus ventanas superiores tienen unas pequeñas balaustradas, casi idénticas a las que aparecen en el marfil de la página 98: se trata, evidentemente, de un popular motivo arquitectónico fenicio.

sepultados debajo de ciudades más grandes y modernas. Sólo la casualidad, al excavar los cimientos para un nuevo hotel o un edificio comercial, permite llegar a las viejas moradas o templos fenicios.

Quienes visitan esta zona del mundo no suelen comprender al principio cuál es la verdadera situación. Todos los yacimientos arqueológicos importantes del Líbano están rodeados por ruinas, las más de las veces griegas o romanas: columnas de templos esparcidas aquí y allá, teatros al aire libre, avenidas pavimentadas, baños, almacenes subterráneos, desagües enlosados y los cimientos de innumerables edificios pequeños, pero nada de ello es fenicio. En los puntos de Biblos en que los arqueólogos han podido excavar, han descubierto parte de una ciudad que data de la Edad del Bronce prefenicia, de la época de Rib-Addi o de antes. La Fenicia de la que trata este libro, los puertos costeros del año 1200 antes de nuestra era o de los siglos siguientes, en ninguna parte ha sido debidamente revelada.

Esta insólita situación quizá se halle al borde de un decisivo cambio, gracias a la labor emprendida por James B. Pritchard, de la Universidad de Pennsylvania. En 1970, Pritchard y un equipo de colaboradores empezaron a excavar un yacimiento arqueológico situado a unos 13 kilómetros al sur de Sidón y que él había identificado como la vieja población de Sarepta. Esta nunca alcanzó tanta importancia como Sidón, tal vez porque su puerto era más pequeño y peor; sin embargo, ya en el año 1600 antes de nuestra era, Sarepta había llegado a ser un lugar próspero. Acabó cubriendo varios cientos de hectáreas y albergaba a miles de personas. Actualmente es un trigal, su superficie está deshabitada; por tanto, constituye un tesoro del que hasta ahora los arqueólogos jamás habían dispuesto: el yacimiento arqueológico de un puerto fenicio sin gentes que habiten sobre él para impedir el debido estudio científico de sus ruinas.

Siempre es un problema el decidir por dónde empezar a trabajar en un extenso yacimiento arqueológico. Pritchard comenzó con una fosa recta y estrecha que, con suerte, le condujo al antiguo distrito alfarero de Sarepta. Su equipo había hallado 19 hornos y gran cantidad de vasijas rotas o deformadas, que se habían estropeado durante la cocción y que sus fabricantes habían desechado. Ya se han catalogado medio millón de fragmentos de cerámica, incluidos en un índice de referencia sistemática según su forma y el lugar que ocupaban en el yacimiento. En conjunto, los estilos gradualmente cambiantes de estos cascos cubren unos 1.000 años de continua producción. Su edad absoluta no ha sido fijada todavía, pero Pritchard confía poder hacerlo cuando tenga ocasión de ampliar la excavación. Si se lograse establecer fechas precisas para esta sucesión de alfarería, ello resolvería numerosos enigmas sobre la vida y la historia de los fenicios, siendo uno de los más enojosos el ya mencionado problema de datar la fundación de la colonia cartaginesa.

La primera excavación de Pritchard ha revelado ya que en esta ciudad fenicia –y seguramente en otras– los diversos oficios e industrias estaban concentrados en distritos separados. Esto se sigue observando aún en muchas ciudades del Próximo Oriente, pero hasta ahora no había prueba de que así ocurriera en las ciudades fenicias. Una segunda excavación de Sarepta por el equipo de Pritchard promete ser tan interesante como la primera. Esta segunda excavación ha avanzado poco hasta ahora, pero el trabajo realizado ha descubierto ya el emplazamiento de un santuario *(Capítulo 5).*

También se desconoce aún el carácter de las defensas de Sarepta. Todas las grandes ciudades fenicias eran poblaciones amuralladas y estaban emplazadas teniendo en cuenta los posibles asaltos, pero Sarepta parece violar esa regla. No se halla en una isla, ni sobre un escarpado promontorio, lo que plantea la cuestión de si estaba capacitada para resistir

por sí sola los ataques o si debía depender de la vecina Sidón en caso de emergencia. Hay ciertos indicios de que Sarepta estuvo bajo el dominio político de Sidón durante gran parte de su historia. Es posible que fuera un suburbio de Sidón, un pequeño polígono industrial urbano sin defensas. Quizá nuevas excavaciones respondan a esta pregunta.

A sólo una veintena de kilómetros más al sur, en Tiro, existió algo parecido. Tiro, construida sobre una isla, es un ejemplo perfecto del tipo de lugar que los fenicios solían elegir como emplazamiento de sus poblaciones a lo largo de su historia. La isla se encontraba a menos de un kilómetro de la costa. Estaba rodeada de bajos arrecifes y salientes que podían extenderse para formar escolleras que protegiesen los puertos de "verano" e "invierno", situados al norte y al sur de la isla, respectivamente. No lejos, en la costa, se extendía una franja llana de tierra sumamente fértil. Este terreno se convirtió en la prolongación continental de Tiro, fue activamente cultivado y llevaba el nombre de Uzu. Debido a lo difícil que resultaba fortificarlo, Uzu fue asolado repetidas veces por invasores. Sin embargo, la ciudadela de Tiro, emplazada en la isla, resultaba mucho más difícil de asaltar. Desde cerca del año 1000 antes de nuestra era y durante más o menos los 700 años siguientes, Tiro llegaría a ser famosa por sus defensas, inmune al asalto por tierra debido a su situación insular, segura contra flotas invasoras debido a la fuerza de su propia armada. Resistió numerosos asedios y sucumbió sólo en tres ocasiones durante su larga historia como ciudad fenicia.

Uno de los motivos de esta larga fortuna puede ser el hecho de que, durante varios centenares de años, las ciudades fortificadas habían estado desarrollando una creciente capacidad de resistir asedios, mediante el uso de cal muerta como yeso a prueba de agua. Este material fue introducido hacia el año 1400 antes de nuestra era y, cuando Tiro llegó a ser una ciudad importante, la cal muerta se empleaba profusamente para construir cisternas subterráneas –aplicada a la roca o bien al ladrillo–. Antes de la introducción de la cal muerta, los únicos grandes depósitos de agua de que disponían las ciudades eran los construidos excavando en una gran roca sólida. El fabricar un depósito de agua lo bastante grande para abastecer las necesidades de toda una población durante muchos meses, o incluso años, era una tarea monumental, y nada garantizaba que no tendría grietas. Ahora, disponiendo de cal muerta para hacerlas impermeables, podían construirse cisternas que ofrecieran seguridad, y en lugares donde no existieran rocas sólidas. Dado que la sed siempre había representado un problema para las ciudades asediadas que no dispusieran de manantiales dentro de sus muros, el desarrollo de las cisternas fue una gran ventaja para las fortalezas insulares como Tiro.

La cuestión de la defensa era una preocupación constante en las poblaciones fenicias. No sólo peleaban continuamente entre sí, sino que eran presa de una amenaza mucho mayor: los periódicos asaltos llevados a cabo por los ejércitos asirios desde Mesopotamia. Asiria fue sólo uno de los tres peligrosos invasores –los otros dos eran Babilonia y Persia– que acudieron del este para acosar a las ciudades costeras. Pero de los tres, los asirios fueron, con mucho, los peores. Eran como una nube negra que se cernía sobre la zona, y durante cientos de años influyeron decisivamente en la política de la costa y en el destino de sus ciudades y reyes. Durante un tiempo, Tiro, Sidón, Biblos y otras pequeñas poblaciones estuvieron protegidas por la geografía: antes de alcanzar la costa, los asirios debían vencer a estados tapón como Siria e Israel. La Biblia refleja la agonía y las convulsiones de aquellos años. El profeta Isaías las describe vívidamente, prorrumpiendo en graves amenazas de desolación y tiniebla que se ciernen sobre la tierra por la que merodean los ejér-

citos asirios que asaltan las ciudades del interior y las aplastan una a una, haciendo que sus gentes se desperdiguen. Sobre los asirios escribe Isaías:

"Sus saetas son afiladas y todos sus arcos están tensos; los cascos de sus caballos repútanse cual pedernal, y sus ruedas, como huracán.
"Tiene rugido como de león, ruge como los leoncillos; gruñe y atrapa la presa, llévasela y no hay quien la salve."

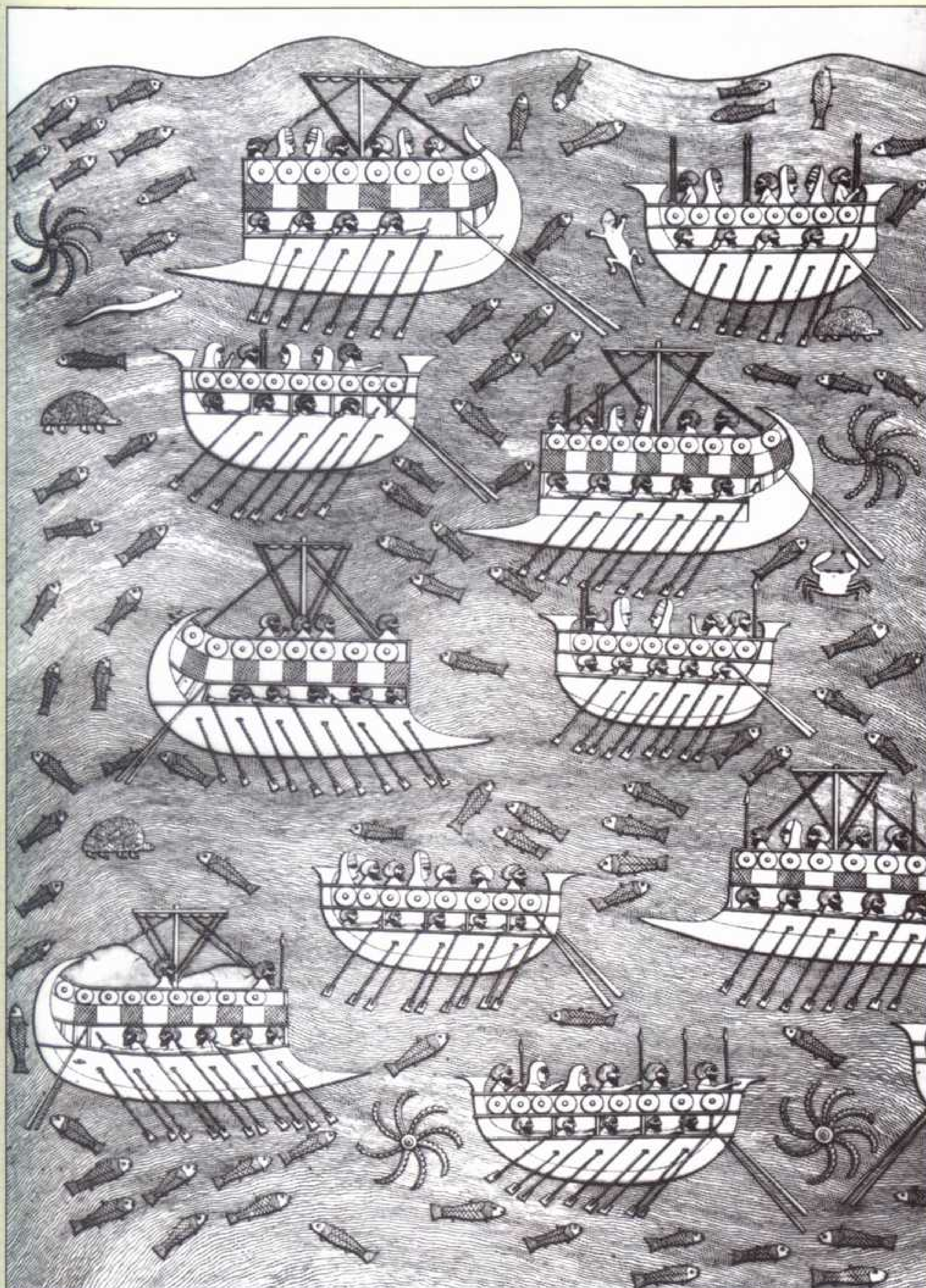
Al cabo de un tiempo, los asirios ganaron la costa. En un primer momento, las cosas no fueron demasiado críticas. Los invasores habían manifestado claramente, durante sus feroces campañas en las pedregosas altiplanicies, que serían implacables con las ciudades que se resistieran –y lo fueron–. Con aquellas que aceptaran la soberanía del rey asirio, el trato sería mucho más benigno. En efecto, uno de los primeros invasores, Asurnasirpal II, se molestó en reunir, hacia el año 880 antes de nuestra era, a 69.574 oficiales, embajadores, otros notables y simples rehenes de diferentes estados, incluyendo a Tiro y Sidón, para una gigantesca recepción, en la que durante 10 días "les ofrecí los medios de purificarse y ungirse. Les hice los debidos honores y los envié de regreso a sus países, dichosos y sanos".

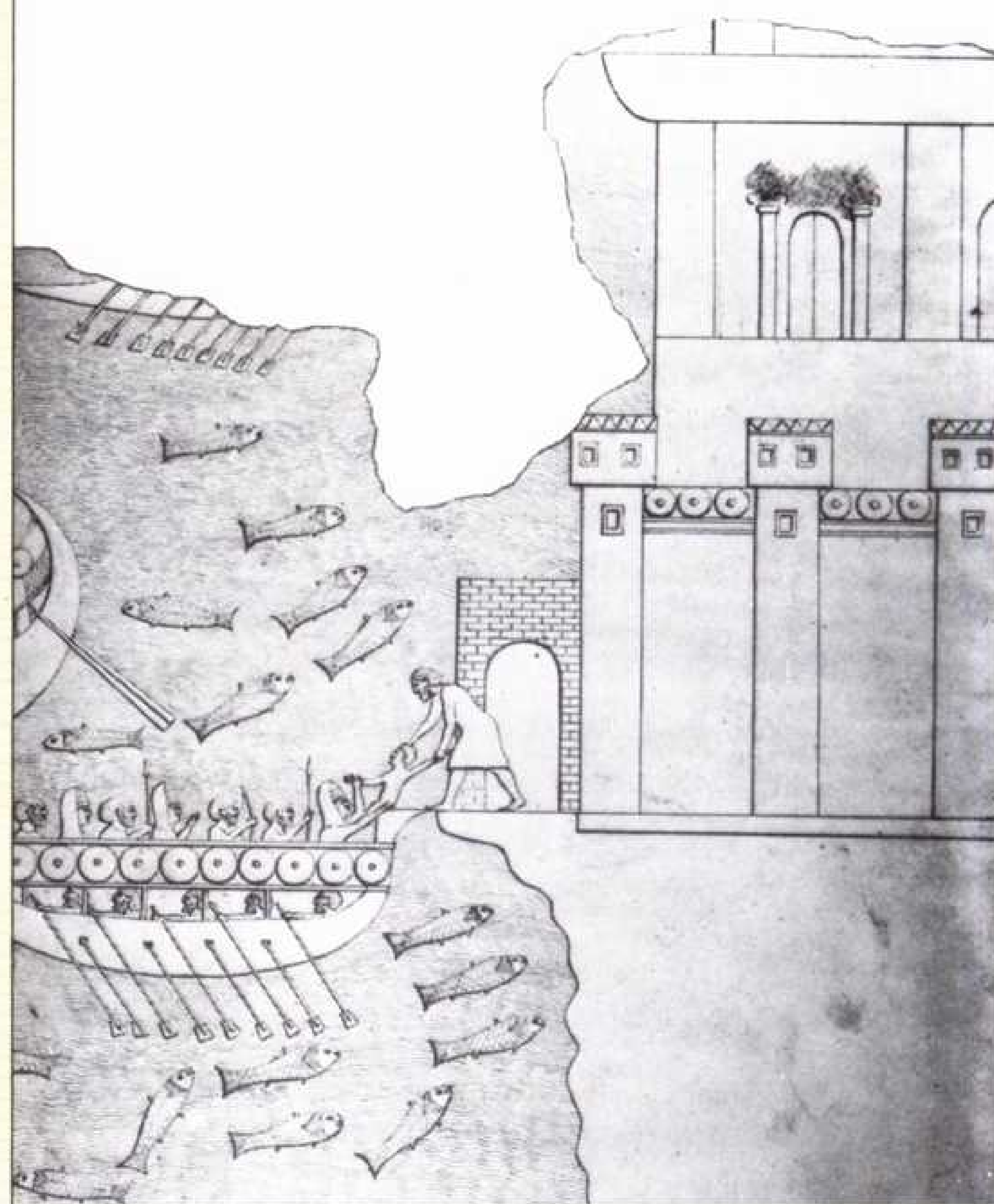
Puesto que quien así habla es un pomposo gobernante, que hizo esculpir sus proezas en piedra para que fueran recordadas en la posteridad, el carácter de estos agasajos –y hasta la disposición de los convidados a participar en ellos– debe considerarse con grandes reservas. Es dudoso que los representantes de Tiro o Sidón se sintieran dichosos. Sin duda se mostrarían respetuosos, y lo más seguro es que le llevaran presentes, bien calculados a fin de resultar complacientes, pero no tan generosos como para provocar la codicia de Asurnasirpal.

Lo que atraía a los asirios era la riqueza de las ciudades fenicias, que no podía ser ocultada realmente. Volvían una y otra vez, en unas ocasiones para sofocar "revueltas" que en rigor eran negativas a pagar los exorbitantes tributos, y en otras sin pretexto alguno. Tenían fama de fanfarrones. Dispusieron inscripciones para inmortalizarse a sí mismos y sus proezas. De su primera visita a la costa, hacia el 840 antes de nuestra era, el rey asirio Salmanasar III escribió: "Marché hasta las montañas de Haurán destruyendo, asolando y quemando numerosas ciudades, llevándome botines de incalculable valor... Recibí tributo de los habitantes de Tiro, Sidón..." Más tarde, escribió: "Marché contra las poblaciones de Hazael, rey de Damasco. Conquisté cuatro de sus mayores localidades. Recibí tributo de los habitantes de los países de Tiro, Sidón y Biblos." Merece resaltarse que no dice haber quemado Tiro o Sidón. Acaso fueran demasiado poderosas para él; lo más probable es que se libraran de él por medio de tributos.

Durante muchos años de acoso asirio, parece que se alcanzó la paz a precio de un razonable tributo. Aunque las ciudades del interior del continente siguieron siendo asoladas durante al menos un siglo, los mercaderes fenicios consiguieron comprar la relativa estabilidad que requiere una sociedad mercantil para prosperar. Pero, desgraciadamente, esto no duró. Los descendientes de Salmanasar se hicieron más avaros y más ambiciosos de poder que él. Ya no bastaba el tributo; el objetivo era la conquista. Durante el siglo VIII antes de nuestra era, algunas pequeñas poblaciones costeras fueron anexionadas al reino asirio y gobernadas por jefes asirios. A finales de siglo, el nudo había empezado a estrecharse en torno al cuello de Tiro, la más poderosa ciudad fenicia, gobernada en aquella época por un rey notablemente testarudo e independiente llamado Luli.

Seguro en su fortificada isla, Luli, que era también rey de Sidón, había observado a los asirios yendo y viniendo anteriormente y había resistido por lo menos un asedio. Ahora decidió arriesgarse a otro,





Un rey huye de Tiro
Este dibujo de un relieve asirio representa al rey Luli huyendo de Tiro tras un asedio de cinco años. Escapa de la almenada Tiro por una puerta que da al mar, llevándose a su familia a Chipre en una flota formada por barcos de guerra (provistos de espolón) y por los achaparrados buques de carga. El relieve original, hallado en la década de 1840, fue esculpido en dos rectángulos colindantes de piedra, que ya no se conservan.

calculando que podría resistir indefinidamente al invasor asirio Senaquerib. Estaba en un error. Según un relato, Senaquerib hizo que toda la costa se volviera contra Tiro, capturó una flota de 60 buques de Sidón y bloqueó Tiro por tierra y por mar. Luli resistió cinco años en Tiro, pero al fin tuvo que desistir. El relieve mural de esta página muestra a Luli huyendo del bloqueo para refugiarse en la cercana isla de Chipre. No podemos saber con certeza si la presunta colusión de las demás ciudades fenicias contra Tiro era una medida prudente, que les había sido impuesta por Senaquerib, o si estaba inspirada por los encarnizados odios internos.

Senaquerib fue sucedido por Asarhaddon y luego por un gobernante asirio igualmente sediento de sangre, llamado Asurbanipal, que volvió a atacar a los fenicios. Esta vez, es posible que los papeles de las dos ciudades costeras principales estuvieran invertidos. Sidón fue arrasada, sin recibir ayuda alguna de los tirios, quienes pretendían seguir resistiendo hasta poder llegar a un acuerdo. Parece ser que por fin se llegó a uno. "Marché contra Baal, rey de Tiro", escribió Asurbanipal. "Le rodeé... me apoderé de sus (accesos) por mar y tierra. Intercepté e hice escasear sus provisiones de alimentos y les obligué a someterse a mi yugo." Pese a jactarse de tal modo, Asurbanipal no dice haber irrumpido en Tiro. Se llegó a un compromiso en que el rey Baal accedió a entregar a una hija y a varias sobrinas como concubinas.

Una buena solución para el rey Baal. No tan bue-

Librándose de los asirios por medio de tributos
El tributo de Tiro (la ciudadela rodeada por el mar que se ve en la parte izquierda de la ilustración) ha sido embarcado en naves de carga que son arrastradas hacia la playa con unas cuerdas. Allí, unos porteadores fenicios llevan el botín al rey asirio Salmanasar III, quien encargó este bronce conmemorativo hacia el año 830 antes de nuestra era.



na para las jóvenes princesas, quienes fueron enviadas por barco a Asiria y desaparecieron de la historia. La peor parte se la llevaron aquellos "accesos" mencionados por Asurbanipal. Se trataba de las mal defendidas tierras de cultivo y poblaciones de Uzu y la cercana Akka en tierra firme. Gracias a una declaración tallada en piedra, escrita por Asurbanipal al abandonar la costa, podemos hacernos una idea de cómo eran conducidas las guerras en aquellos días: "Yo maté a los habitantes de Uzu que no obedecían a sus gobernadores, negándose a entregar el tributo que debían satisfacer anualmente. Castigué a los que no se mostraban sumisos. Sus imágenes de culto y sus supervivientes los llevé a Asiria como botín. Maté a los habitantes de Akka que no se mostraban sumisos, colgando sus cuerpos de unos postes que coloqué en torno a la ciudad."

En general, la presencia asiria en la costa fenicia parece haber atravesado tres fases, caracterizadas por una creciente escalada de violencia y crueldad. La primera consistió en esporádicas incursiones y conquistas, contentándose los asirios con marcharse de las ciudades fenicias después de sacar tantos tributos como pudieron. La segunda estableció el principio de una continuada presencia asiria, con gobernadores o agentes asirios para asegurar que el tributo seguiría entregándose de forma regular. La tercera, fruto de la incapacidad de Asiria para impedir revueltas y de las negativas de los fenicios a satisfacer los tributos, condujo a la destrucción de las ciudades y a la matanza o deportación de poblaciones enteras. Una pandilla horripilante, esos asirios.

Resulta irónico que lo poco que sabemos acerca de quiénes mandaban en las ciudades fenicias durante el período del máximo acoso por parte de los asirios procede de los propios asirios, y es a causa de su insaciable deseo de grabar en piedra sus proezas. De no ser por las fanfarronadas de Senaquerib, por ejemplo, jamás habríamos sabido de la existencia del rey Luli. Con tan escasa información resulta todavía más difícil imaginar la naturaleza de su mandato y la extensión de sus poderes.

Podemos tener la certeza de que eran reyes en toda la extensión de la palabra –es decir, que su cargo era hereditario–; la monarquía era el sistema corriente de gobierno en todos los antiguos estados semitas. La palabra rey *–mlk–* es prácticamente la misma en hebreo y en fenicio. Era una palabra poderosa. El reconocimiento como rey confería a un hombre poderes especiales y le aseguraba la reverencia y admiración de sus súbditos. Su relación con los dioses era más estrecha que la de éstos. De hecho, parece ser que algunos monarcas fenicios se arrogaron ciertos poderes sacerdotales, además de los seculares. Un sumo sacerdote tirio, Ithobaal, se apoderó de la corona luego de una serie de asesinatos en palacio. Ningún dato indica que abandonase su autoridad sacerdotal y sus privilegios al convertirse en rey.

Aunque sin duda tanto los reyes como los sumos sacerdotes provenían de la esfera elevada de la sociedad fenicia, estos últimos tenían una autoridad distinta. Las relaciones de los fenicios con sus dioses eran propiciatorias; es decir, se sentían obligados a hacer sacrificios a los dioses para seguir es-



tando en gracia con ellos y prevenir calamidades. Al ser temerosos de sus dioses, eran también temerosos de los sacerdotes que representaban a los dioses. Los sacerdotes, a fin de cuentas, eran expertos en tratar con los dioses, en interpretar los deseos divinos, en apaciguar su sagrada ira, en celebrar correctamente los complicados rituales necesarios para impedir que el mal se cerniera sobre una ciudad, en saber cómo aceptar los sacrificios necesarios para que los dioses sonrieran al pueblo. Y si los sacerdotes podían influir sobre las ciudades debido a su especial relación con los dioses, cuánto más fácil les resultaría influir sobre el destino de los individuos.

Por esto precisamente tenía tanto peso sobre las sociedades antiguas la autoridad espiritual. El sacerdote no estaba respaldado por la amenaza de un inmediato castigo –como la mutilación, el encarcelamiento o la muerte–, castigo que el rey podía impartir con sólo un gesto de la mano; sin embargo, el sacerdote disponía de algo igualmente amedrentador: el capricho de la deidad, capricho que el sacerdote podía usar para perjudicar o destruir a los hombres –e incluso a varias generaciones de descendientes suyos– de modo más terrible y terminante que ningún rey. Esta situación debió de originar una tensión muy interesante entre el rey y el sacerdote. No sabemos cómo se equilibraban ambos poderes, el espiritual y el terrenal; sin embargo, es probable que se produjese una superposición de intereses, a causa de los estrechos vínculos de sangre entre los individuos de los estamentos superiores de la sociedad fenicia.

Un requisito casi seguro para pertenecer a esos estamentos superiores debía de ser la riqueza. La relación entre el poder y la riqueza, estrecha en todas las sociedades, en las sociedades mercantiles de Fenicia lo fue de modo extraordinario. Cada ciudad estaba gobernada por una aristocracia basada en la riqueza. En la medida en que los ricos comerciantes y mercaderes podían conservar su fortuna, aparecían en todas las ciudades dinastías de nobles familias que constituían una clase gobernante; y poco a poco acaparaban todos los privilegios, tanto sacerdotales como políticos, bien mereciéndolos, bien comprándolos o apropiándoselos por la fuerza. Una vez adquiridos, junto con el poder y la fortuna que conferían, tales privilegios eran considerados "derechos". Son esos derechos, legalizados por la ley o la costumbre, los que perpetuaban a una clase gobernante.

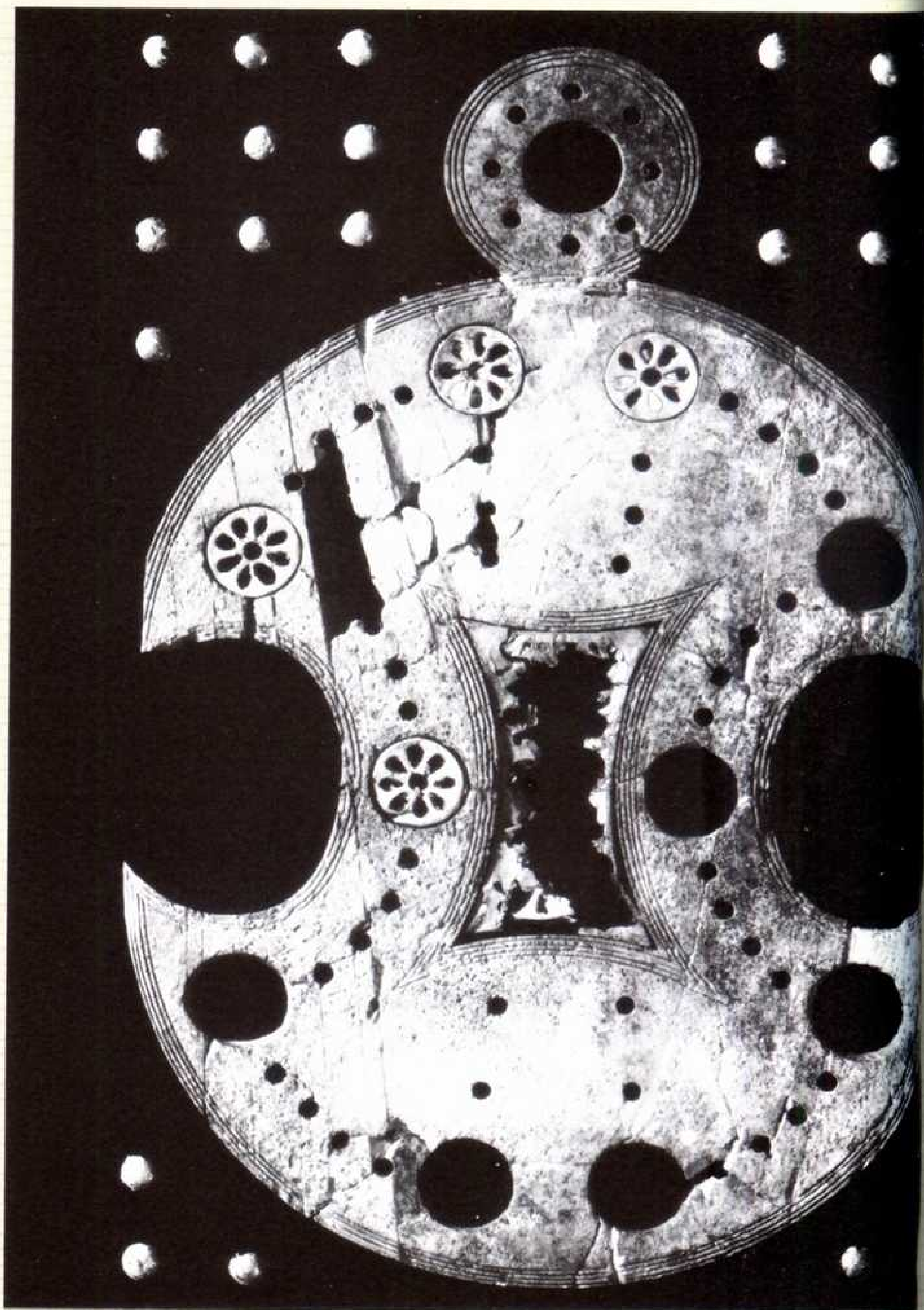
En forma parecida fue consolidándose una sociedad estratificada, con todas sus capas interesadas en los negocios. Por debajo de la nobleza fenicia se hallaban los comerciantes menores, los arribistas, y toda una hueste de artesanos, tratantes, tenderos y empresarios. Debajo de éstos estaban los seres insignificantes que toda sociedad mercantil mantiene. Y en lo más bajo se contaban los esclavos.

Es difícil calcular hasta qué punto estaba extendido el uso de esclavos en Fenicia. Apenas si se tienen referencias escritas de ellos, y lo poco que perdura es oscurecido por el hecho de que la palabra "esclavo" podía emplearse para definir la relación entre un hombre y su dios o entre un hombre y su rey. No obstante, la esclavitud como institución era corriente en todo el Próximo Oriente; su existencia en el Lí-

bano costero puede suponerse. Hay tabletas de arcilla de un período algo anterior, procedentes de Ugarit y de otros lugares, que contienen interesantes referencias a la esclavitud. Por ellas sabemos que se admitía la manumisión, es decir, el derecho de un esclavo a comprar su libertad si había ahorrado el dinero suficiente. También sabemos que los estados colindantes habían establecido acuerdos para la devolución de los esclavos fugitivos. Y por Homero sabemos que los fenicios eran tratantes de esclavos. La principal fuente de suministro debían constituirla los prisioneros de guerra, aunque al parecer algunos ciudadanos fenicios se entregaban a la esclavitud y se vendían porque no podían subsistir económicamente como hombres libres.

Los demás fenicios, por supuesto, eran hombres libres, ciudadanos de sus ciudades respectivas. Los historiadores franceses Gilbert y Colette Charles-Picard resaltan el importante punto de que la unidad política fenicia, al igual que la griega, era la ciudad-estado. De ser eso cierto, justifica de otra forma por qué "Fenicia" nunca llegó a ser un país: cada ciudad estaba demasiado preocupada con sus asuntos y su propia individualidad y demasiado celosa de su hegemonía para tolerar verse fundida en un reino que comprendiera un amplio territorio y diversas ciudades. En una ciudad-estado, la ciudadanía es una importante ventaja. Y la ciudadanía quiere decir, al menos en teoría, que todos los ciudadanos tendrán voz y voto en las cuestiones de gobierno. Sabemos bastante acerca de cómo los griegos consiguieron, a través de muchos disturbios sociales durante uno o dos siglos, dejar de ser pequeñas ciudades-estado, sumamente autoritarias y gobernadas por un solo jefe o por grupos de autócratas, y transformarse en sociedades en las que los ciudadanos de las bajas esferas tenían voto y se servían de él.

Apenas tenemos información de cómo –y hasta qué punto– ello ocurrió en la Fenicia oriental y en



Este tablero de juego en marfil, del siglo XII antes de nuestra era, se descubrió en Megiddo, al sudeste de Tiro. Las bolitas de oro probablemente son cabezas de alfileres que eran movidas de un orificio a otro según unas reglas que actualmente se desconocen.

la Fenicia occidental, pero existen algunas pistas. Una de ellas proviene de Tiro. Allí, hacia el año 800 antes de nuestra era, los ciudadanos corrientes tenían al parecer cierto peso. Eran lo bastante fuertes para ofrecer a uno de sus reyes, Pigmalión, el apoyo necesario para controlar la corona en una reyerta palaciega con su hermana Elisa, quien era apoyada por una facción de acaudalados aristócratas. El marido de ésta (casualmente, un sumo sacerdote) fue asesinado por Pigmalión, y Elisa y sus amigos huyeron hacia el oeste, hasta las costas del norte de Africa, para fundar la ciudad de Cartago.

En una época posterior de la historia de Tiro, hacia el año 600 antes de nuestra era, el poder civil residía en manos de un grupo de suffetes, administradores con cierta autoridad judicial. Es verdad que los suffetes gobernaron Tiro sólo unos pocos años y que fueron impuestos a la ciudad en una época en que ésta se hallaba dominada por Babilonia. Pero el hecho de que pudiera recurrirse a unos suffetes indica que el cargo ya debía de existir y que tenía ciertos poderes para contrapesar la autoridad del rey. Además, Cartago, fundada por refugiados tirios, tenía suffetes incluso antes del año 600 antes de nuestra era. El cargo seguramente fue importado de Tiro, pues lo más probable es que la influencia manara de la ciudad madre a la colonia y no en sentido inverso. Por fin, existe la posibilidad de que en la propia Cartago nunca existiera un rey en el sentido tradicional de la palabra. Es seguro que, hacia el año 550 antes de nuestra era, el jefe cartaginés –por lo común, un general– debía responder ante un consejo y ante un senado y no se le llamaba rey.

De todos estos testimonios fragmentados, podemos deducir que, por toda Fenicia, debió de tener lugar una especie de progreso social paralelo al debilitamiento del poder real. Pero sin duda fue frenado a lo largo de la costa fenicia por una circunstancia especial. Por la época en que las ideas de sufragio y democracia comenzaban a penetrar en Grecia y Roma, Asiria había sucumbido a los babilonios. Las ciudades fenicias caían una tras otra bajo el yugo de los gobernadores babilonios y, a su vez, de los conquistadores de éstos, los persas. Los potentados babilonios y persas eran absolutistas a ultranza. Nabucodonosor II o Darío el Grande se habrían pasmado ante la idea de que alguien pudiera decirles lo que debían hacer. Los fenicios se enfrentaron como pudieron a estos temibles hombres. Con pésimos resultados contra el babilonio Nabucodonosor, un gobernante de extraordinaria crueldad, quien en el año 572 antes de nuestra era logró ganar el segundo de los tres grandes asedios perdidos por Tiro (éste duró 13 años). Con mejores resultados contra el persa Darío, un hombre más instruido, que concedió a los reyes fenicios una considerable autonomía. Con todo, los tronos fenicios, a consecuencia de los asaltos orientales, tendían cada vez más a convertirse en una extensión del brazo administrativo del gobernante oriental que les exigía tributo. Este tenía en cada ciudad un representante que no se separaba del rey y cuyo deber era observar e informar. En cierta ocasión, el rey asirio Asarhaddon llegó incluso a ordenar al rey Baal de Tiro: "No abras (ninguna) carta que yo te envíe sin que esté presente el delegado real. Si el delegado real está ausente, espérale y luego la abres."

Pero esta vigilancia sólo se ejercía a nivel de dirigentes y únicamente pretendía seguir obteniendo tributo. Seguramente al agente imperial no le interesaba cómo llevaban los fenicios sus asuntos cotidianos, cuyos detalles se desconocen hoy día. El rey tenía un Consejo de Ancianos para aconsejarle y un "gobernador", en rigor un delegado administrativo, que se encargaba del gobierno de la ciudad y de la corte. Aparte de esto, la información es escasa. No sabemos qué clase de sistema judicial tenía una ciudad fenicia, cómo se llevaba la administración de la ciu-

dad, qué títulos y deberes tenían otros oficiales menos importantes que el gobernador, cómo se mantenía el orden cívico y ni siquiera quién pagaba por ello y cómo. Además del tributo recaudado por Mesopotamia, debió de haber impuestos locales. En Ugarit tenemos prueba de ello, en unas tablillas de arcilla que enumeran varios impuestos, además de –más o menos como hoy día– algunas exenciones.

Hay dos cosas de las que podemos tener bastante certeza. En primer lugar, puesto que los negocios eran la ocupación fundamental de los fenicios, la sociedad estaba sin duda conformada para poder llevarlos a cabo eficazmente. Debía de existir una perfeccionada regulación de contratos y convenios, así como un sistema, igualmente competente, basado en un código de derecho civil, para resolver los desacuerdos y disputas que surgen en todos los ambientes mercantiles. Podemos deducir que los fenicios contaban con un sistema judicial adecuado para resolver los casos civiles.

En segundo lugar, podemos deducir que el poder, el privilegio, el favoritismo –sea cual sea la palabra elegida– se inclinaba fuertemente hacia la clase mercantil superior. Hay constantes referencias a los nobles y a los aristócratas. Donde existen títulos, siguen los privilegios; las leyes estaban escritas sin duda para favorecer a la nobleza. Sería interesante observar la evolución de una doctrina de igualdad en una ciudad fenicia en pleno desarrollo. Pero fuera de ciertos indicios, no existe prueba alguna de ello.

Y, sin embargo, el concepto de ciudad-estado, donde la ciudadanía representa tanto un privilegio como una responsabilidad, requiere una cierta igualdad. Las ciudades fenicias debían de tenerla. Por tanto, la pregunta es: ¿hasta qué punto era igualitaria esta sociedad? Lo más probable es que la igualdad afectase a todos los ciudadanos, aunque estaría considerablemente diluida a medida que uno descendía en la escala de la riqueza. La virtud que salva a una aristocracia mercantil es que ésta es abierta. Cualquiera –es decir, cualquier ciudadano– puede abrirse camino en ella con sólo convertirse en un hombre rico.

En una sociedad de este tipo, con ricos y pobres ocupados en la fabricación, en la banca, en el negocio naviero o en el trueque de productos, empieza a entreverse cómo se desarrollaba la vida cotidiana de los fenicios. La vida, para la mayor parte de los ciudadanos de Sidón, de Tiro o de Sarepta, no debía de ser muy diferente de la que actualmente observamos en los ajetreados barrios comerciales de las ciudades del Mediterráneo oriental: tiendas de objetos de vidrio, alfarerías, establecimientos de artículos de metal, carpinterías, joyerías. Todos estos negocios estarían regidos por familias y agrupados en sus respectivos distritos (como indican las concentraciones de cerámica en Sarepta). Las mercancías se expondrían en atestados puestos, donde se discutía y regateaba continuamente, la mayoría de las veces en plena calle. Las calles, sin duda, eran estrechas (como sucedía en la primitiva Biblos) y los edificios más bien modestos. El limitado espacio disponible en islas como Tiro –y, en las ciudades enclavadas en tierra firme, el deseo de todo el mundo de vivir dentro del recinto amurallado donde podían defenderse mucho mejor– hacía que la gente se hacinase en las ciudades de una gran densidad de población.

La construcción y reparación de barcos, los tinglados para almacenar mercancías, las tiendas donde reponer el velamen, las jarcias o la tablazón de las embarcaciones eran ingredientes importantes del comercio fenicio. Gran parte de esta actividad sin duda se desarrollaba fuera de los muros de la población. En Tiro, la actividad mercantil e industrial tenía lugar en la propia ciudadela de la pequeña isla y probablemente en mayor escala en tierra firme, por lo que debía de existir un activo servicio de pequeños barcos entre ambas. Los talleres de teñido, por ejemplo, estaban situados en tierra firme. Pero teniendo en



Sidón no comenzó a acuñar monedas hasta casi el año 400 antes de nuestra era, y sólo por influencia de los persas, que llevaban algún tiempo haciéndolo. Este medio siclo de plata sidonio muestra una galera de guerra, provista de escudos y una elevada popa, que se recorta contra una ciudad amurallada, seguramente Sidón. En el reverso está impresa la cabeza del rey persa, lo que atestigua los estrechos lazos que por aquel tiempo unían a Persia y Sidón. Sidón era la base naval más importante de Persia. Los soldados seguramente eran pagados con estas monedas, que quizá fueran acuñadas por orden de un gobernador persa.

cuenta la vulnerabilidad del almacenaje en terrenos litorales, seguramente los productos fabricados –que eran extremadamente valiosos– se almacenaban en la isla, donde resultaba fácil guardarlos.

Estaba también el problema del envío de alimentos desde el continente. Los tirios consumían gran cantidad de pescado, pero su huerta consistía en una pequeña franja de planicie costera controlada por la ciudad. En ella se cultivaban intensamente cereales, uvas, aceitunas, higos y dátiles. Una parte o todos estos productos podían haberse cultivado también en la isla, aunque seguramente no en cantidades suficientes para alimentar a la población de Tiro; la necesidad primordial, en esa pequeña isla dedicada casi por entero a templos, palacios, edificios administrativos, casas particulares e instalaciones comerciales, era espacio para "oficinas".

Con esta intensa actividad económica, debía de haber mucho papeleo. Es curioso que absolutamente nada concerniente a los archivos fenicios haya sobrevivido en la propia Fenicia. El motivo es sencillo. El papel –en concreto, el papiro–, tiene corta vida en un clima como el de la Fenicia oriental. Lo mismo ocurre con el pergamino. La tableta de arcilla secada al sol es más duradera; pero también ella desaparece con el tiempo, a menos que sea artificialmente endurecida por medio de la cocción. Por otra parte, los comerciantes fenicios, dado el ritmo creciente de sus negocios, seguramente apenas usaban las tabletas de arcilla y llevaban sus anotaciones en los papiros, que resultaban más fáciles de manejar y almacenar –aunque eran más perecederos– y constituían una importante partida de su comercio.

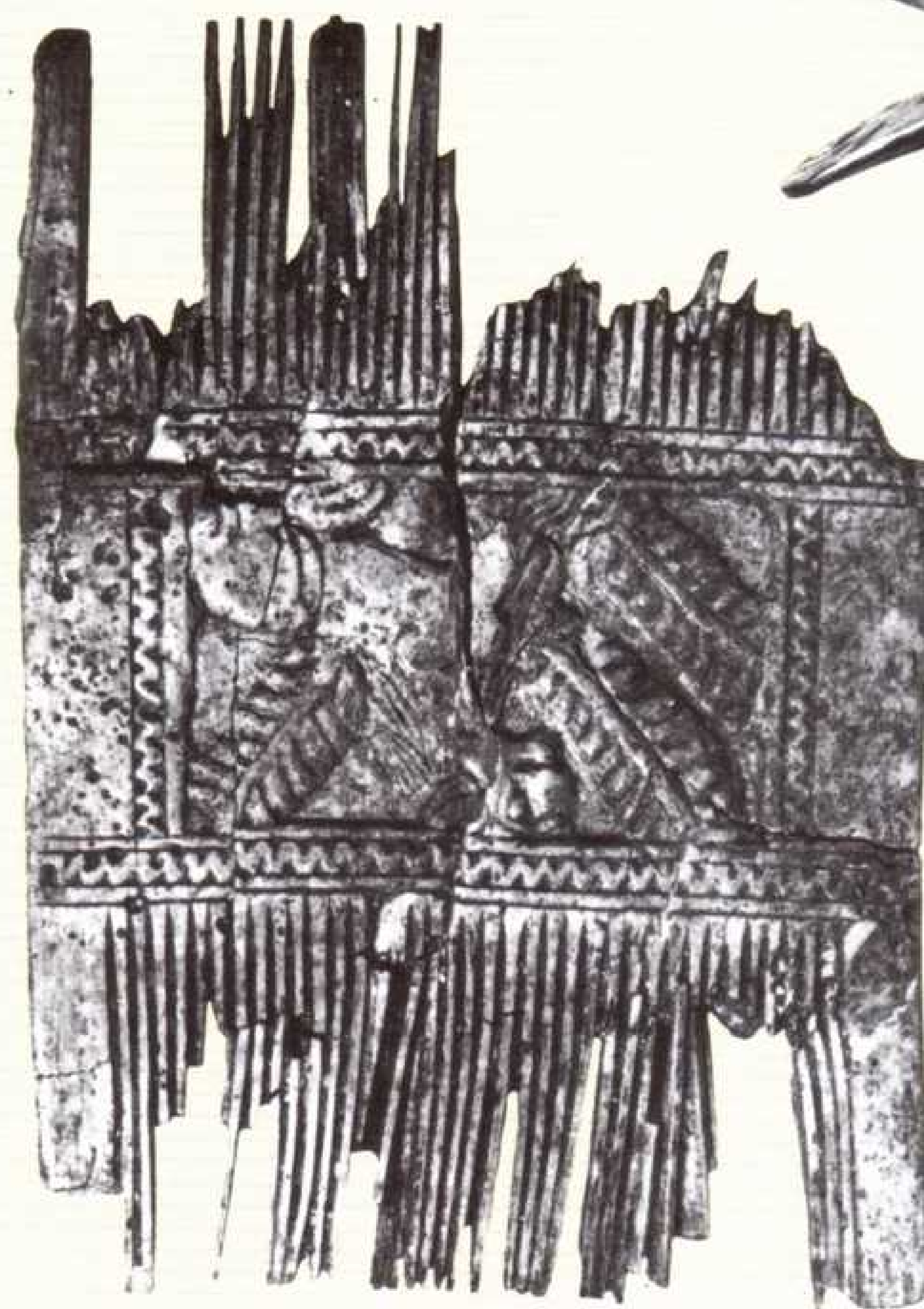
El cambio del material empleado para escribir suele ir acompañado de un cambio en el sistema de escritura. Mucho antes de que los fenicios apareciesen en escena, el sistema de escritura inventado en Mesopotamia, donde era difícil obtener papiro pero abundaba la arcilla, estaba bien adaptado a este último

Instrumentos para la elegancia

Los fenicios vendían una gran cantidad de bellos artículos de tocador, procurando siempre que los elementos decorativos satisficieran a sus clientes. Por ejemplo, la incisión practicada en esta navaja de afeitar cartaginesa en bronce *(izquierda)* representa una figura vestida al estilo griego; el espejo tiene un mango en forma de loto, lo que refleja una moda anterior en la que privaban los motivos egipcios.



Navaja de afeitar en bronce, Cartago, 250 a. J.C.



Peine de marfil, Megiddo, 1250 a. J.C.



Espejo de plata, Biblos, 1250 a. J.C.



Estuche de cosméticos en marfil, Ugarit, 1350 a. J.C.

material. Una tableta de arcilla es blanda. Resulta difícil trazar líneas continuas y curvas en su superficie, pero es fácil imprimir en ella líneas discontinuas y rectas presionando con algo. Los escribas de Mesopotamia utilizaban para ello un estilete especial que dejaba en la arcilla impresiones o trazos en forma de cuña. Estas impresiones en forma de cuña, dispuestas en diversas configuraciones para formar un amplio número de signos, hicieron que se diese a la escritura de Mesopotamia el nombre de "cuneiforme", de la palabra latina *cuneus,* que significa "cuña".

Los signos cuneiformes, aunque ideales para las tabletas de arcilla, no resultan tan ideales para la escritura rápida y fluida en una superficie de papel, debido a su complejidad. Así pues, al comenzar los fenicios (y seguramente sus más inmediatos antepasados) a emplear un material para escribir totalmente nuevo, también empezaron a usar una serie distinta de signos, más sencillos y más fáciles de inscribir en ese nuevo material. Esta nueva serie de signos llevó al alfabeto moderno, uno de los mayores logros culturales del hombre y que se suele atribuir a los fenicios. La historia, sin embargo, no es tan sencilla. Los fenicios no "inventaron" el alfabeto, si bien contribuyeron en gran parte a su desarrollo.

Por lo que han podido determinar los expertos, la escritura se inicia con signos pictográficos toscamente dibujados: un hombre, una vaca, un dado, un sol. Con el tiempo, el signo de sol, por ejemplo, se hace tan simple o estilizado que ya no parece un sol, pero sigue significando "sol" para cualquiera que sepa reconocer el símbolo –esto es, para cualquiera que sepa leer–. Un segundo avance se produce cuando estos signos estilizados no significan ya objetos, sino sonidos. Llegado a este punto, el signo-sonido que significa "sol" puede servir para múltiples cosas: puede usarse junto con otros signos-sonidos para formar palabras enteramente nuevas. Por ejemplo, combinado con el signo-sonido que significa "dado" forma una nueva palabra: "soldado". Combinado con los signos-sonidos que significan "dar", "feo", y "era", formarían otras: "soldar", "solfeo", "solera".

Por el año 2500 antes de nuestra era, la escritura cuneiforme mesopotámica, considerada en general como la forma de escribir más antigua que se conoce, había alcanzado un notable desarrollo: se basaba ya en configuraciones abstractas de signos-sonidos cuneiformes, disponiendo de varios cientos de símbolos. A los no iniciados se les antojan las letras de un extraño alfabeto. Pero los alfabetos se componen de letras separadas –sonidos simples que no pueden simplificarse ni reducirse más– y los signos mesopotámicos no habían alcanzado ese estadio. Algunos representaban palabras enteras y otros sílabas, pero ninguno representaba letras separadas. Así pues, una lista de signos mesopotámicos puede considerarse un silabario, pero no un alfabeto.

Con el paso del tiempo, el número de signos-palabra del silabario mesopotámico se redujo apreciablemente, mientras que la proporción de los signos que representaban sílabas aumentó. En la época de los babilonios y de los asirios, el silabario cuneiforme había quedado reducido a 600 ó 700 signos, de los cuales unos 150 eran sílabas: sonidos como "ve" o "va", "mu", o "ma", "rid", "red". Estas, por supuesto, podían combinarse con otras sílabas para formar miles de palabras.

La escritura cuneiforme se extendió por todo el Próximo Oriente y fue adoptada por numerosas lenguas. Sin embargo, los habitantes de Ugarit idearon un sistema cuneiforme especial y hacia el año 1500 antes de nuestra era lo utilizaban ya en sus tabletas de arcilla. La escritura ugarítica usaba de 25 a 30 caracteres de diseño propio; superficialmente, parecían las viejas sílabas mesopotámicas, pero su verdadero propósito era muy distinto. Habían sido reducidas y simplificadas hasta que –con algunas excepciones– se habían convertido en consonantes.

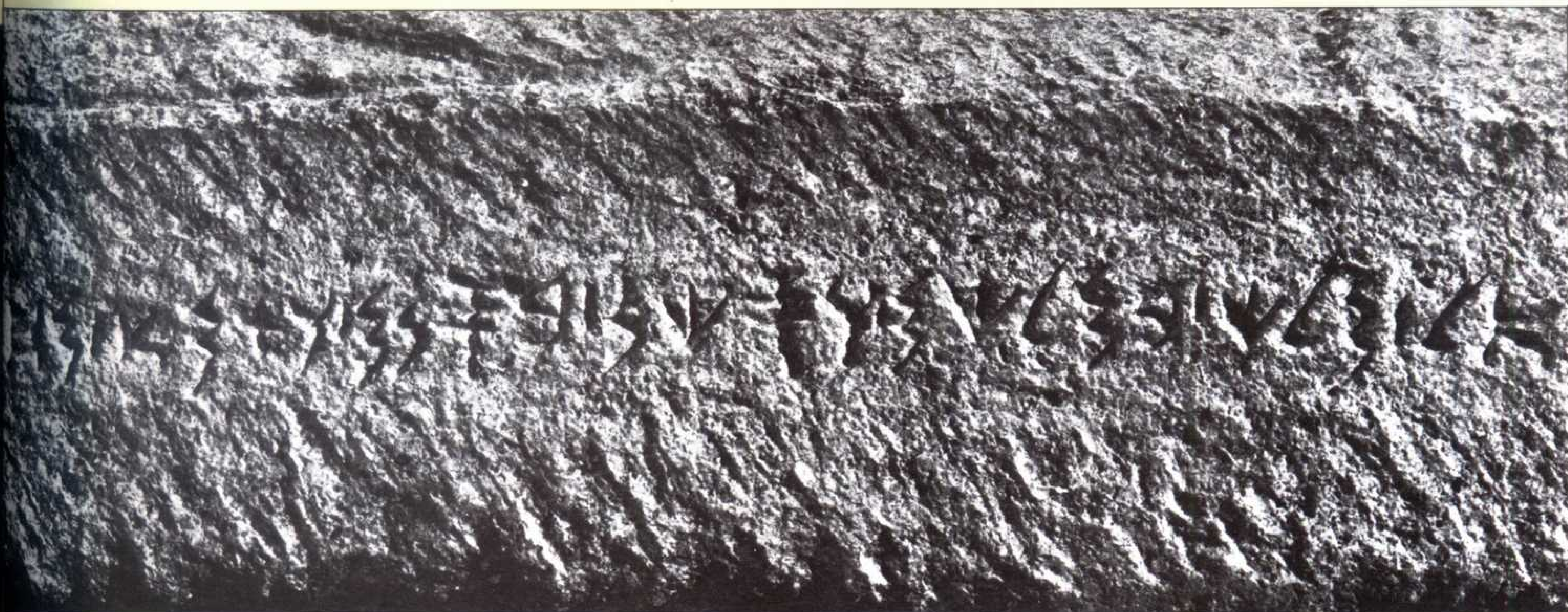


El más antiguo sarcófago fenicio que jamás ha sido hallado data del año 1200 antes de nuestra era. Es el de Ahiram, rey de Biblos, y constituye un auténtico enigma: la inscripción, que lo identifica como perteneciente a Ahiram (detalle de la página siguiente), fue al parecer añadida unos 300 años después de ser realizado. No sabemos quién fue su ocupante original. Los laterales del ataúd están esculpidos con frisos de figuras y motivos decorativos derivados de estilos egipcios y sirios.

Los habitantes de Ugarit, al igual que los israelitas y más tarde los fenicios, eran pueblos semitas cuyos idiomas respectivos derivaban de una misma lengua madre: el semítico occidental del norte. Al escribir los diversos dialectos de esta lengua madre, se puede prescindir de las vocales, y así los fenicios y sus vecinos las eliminaron. Al hacerlo, parece que siguieron el ejemplo de los egipcios; en efecto, también los egipcios escribían sin vocales, y quizá llevaran esa idea a lugares como Ugarit y Biblos, con los que tenían contacto desde hacía tiempo. Pero, por lo visto, los fenicios de las poblaciones costeras fueron lo bastante inteligentes como para adoptar la idea egipcia sin adoptar los signos egipcios. Egipto poseía un complejo sistema de jeroglíficos cuyos signos se contaban por centenares y eran difíciles de dibujar. Sólo unos 25 eran verdaderos signos silábicos. A esto parece que se redujo la transcendental aportación de los fenicios a la escritura. Según el lingüista Ignace Gelb, del sistema egipcio sólo adoptaron el pequeño número de flexibles signos silábicos que contenía, y a partir de éstos crearon un "alfabeto". Por añadidura, los fenicios renunciaron a los complicados signos egipcios: dibujos de aves, de figuras humanas, de vasos. Los sustituyeron por unos signos mucho más sencillos, que parece que ellos mismos inventaron: círculos, cruces, líneas sesgadas. Son signos parecidos a las letras modernas.

En el párrafo anterior he escrito la palabra "alfabeto" entre comillas porque el alfabeto fenicio no contenía vocales: sólo 22 consonantes. Un alfabeto auténtico requiere vocales, y para ser precisos debemos hacer justicia a los griegos diciendo que ellos fueron quienes lo crearon, puesto que fueron ellos quienes adoptaron las letras fenicias y agregaron algunos símbolos propios que hacían las veces de vocales. Aquello, por fin, era un alfabeto.

Aunque su aportación a la escritura ha sido enorme, la herencia escrita que los fenicios nos han legado es decepcionantemente escasa, por todas las razones ya expuestas. El texto más antiguo que se conoce inscrito en caracteres fenicios y compuesto de varias palabras es una inscripción esculpida en un gran sarcófago de piedra hallado en Biblos. El sarcófago fue posteriormente identificado como la tumba de Ahiram (que no debe confundirse con Hiram de Tiro), rey de Biblos a principios del siglo X. Una vez descifrada, la inscripción resultó ser una advertencia contra posibles profanadores, invocando una maldición para quienes abrieran la tumba. Los demás textos fenicios conservados consisten en su mayor parte en inscripciones, la mayoría de ellas grabadas en estelas, o pequeños monumentos en piedra. Son breves dedicaciones a un dios o una diosa, y resultan monótonamente parecidas. Aparte de informarnos de que los fenicios eran muy aficionados a erigir tales monumentos a sus dioses y de darnos los nombres de muchos fenicios, apenas dicen nada.



Es verdad que la rica colección de tabletas de arcilla procedentes de Ugarit nos proporciona muchos datos sobre la religión fenicia. Pero debemos señalar nuevamente que Ugarit, según la opinión de numerosos expertos, es inmediatamente anterior al período fenicio propiamente dicho. Además, esto no es escritura "fenicia"; está escrito en ugarítico y en otros dialectos, todos ellos en caracteres cuneiformes. Al parecer, esta ciudad protofenicia fue destruida antes de que el papiro pudiera reemplazar en esta región a la tableta de arcilla, por lo que se conservó el antiguo sistema de escritura mesopotámico. Los documentos fenicios que sí serían informativos para nosotros –cuentas comerciales, textos literarios, códigos legislativos, archivos reales– fueron escritos en papiro y no se conserva ni uno en Fenicia.

Así pues, aún desconocemos la vida cotidiana de los fenicios; qué clase de desayuno tomaba la gente, dónde se reunían para chismorrear y de qué trataban los chismorreos. Ni siquiera sabemos con precisión cómo vestían. Ciertamente hay esmeradas ilustraciones hechas por asirios y egipcios que representan a los fenicios, pero suelen ser de retratos de personas importantes: emisarios comerciales, portadores de tributos, cautivos eminentes. Todos llevaban unas prendas semejantes a vestidos largos, profusamente bordadas y por lo general sujetas con amplios cinturones. Su afinidad con los vestidos de etiqueta de otros pueblos del Próximo Oriente es estrecha, pero nada dice acerca de lo que se ponía cada día un carpintero para ir a trabajar. En cuanto al vestido de las mujeres reina una vaguedad semejante. Aunque los museos contienen un considerable número de estatuillas, modelos en arcilla y tallas en marfil realizados por los fenicios representando mujeres, se cree que en su mayoría son diosas.

En cualquier caso, podemos suponer que los hombres fenicios eran barbudos. Llevaban el cabello largo y complicadamente rizado. Las joyas eran abundantes; los fenicios las fabricaban y mercaban con ellas, y sin duda eran expertos en su uso. Estaban muy difundidos los anillos, los brazaletes, los pendientes y los collares, tanto de abalorios como de eslabones de metal; también usaban toda suerte de colgantes, incluyendo las placas lisas, circulares u ovaladas, conocidas como pectorales. Exhibidos sobre el pecho, iban colgados del cuello mediante unas finas cadenas y decorados con esmalte, joyas o dibujos delicadamente grabados.

Al especular acerca del vestido fenicio, deben tenerse presente tres cosas. En primer lugar, como se ha señalado, los personajes vestidos que conocemos suelen ser dioses o diosas, lo que apenas nos dice nada seguro sobre la indumentaria corriente. En segundo lugar, no sólo adoptaban modas de otros sino que lo hacían deliberadamente, deseosos de satisfaçer las exigencias estilísticas de sus clientes. Así, aunque los objetos hechos por los fenicios descri-



La "mujer en la ventana" es un motivo común en las pequeñas tallas de marfil fenicias, aunque no está claro de quién se trataba: si era una diosa, una sacerdotisa o una simple ciudadana. Lo que sí está claro es que está mirando por una ventana del piso superior; en las ilustraciones asirias de ciudades fenicias aparece la misma balaustrada bajo el alféizar.

biendo ropas e incluso peinados pueden tener un evidente aire egipcio o mesopotámico, no puede afirmarse rotundamente que los propios fenicios vistieran como los modelos que copiaban. En tercer lugar, la sociedad fenicia cambió a lo largo de la historia. La primitiva Fenicia era eminentemente oriental; la Fenicia posterior se helenizó a medida que Grecia iba progresando. Las costumbres y los estilos griegos ejercieron una extraordinaria influencia en todo el Mediterráneo. Los yacimientos arqueológicos fenicios y cartagineses de los últimos períodos demuestran que sus propias tradiciones culturales no podían competir con el helenismo que empezó a brillar por el Mediterráneo después del año 400 antes de nuestra era. Los sarcófagos comenzaron a mostrar la influencia del arte griego. Y lo mismo ocurrió con otras obras de escultura. La indumentaria empezó a reflejar las modas griegas. Los dioses griegos y fenicios se fueron confundiendo entre sí, y no es fácil distinguirlos. Incluso se han hallado mosaicos griegos en los suelos de las casas fenicias.

Pero todo ello ocurrió más tarde. Durante su apogeo, y antes de ser aplastados por los babilonios, los puertos fenicios refulgían con brillo propio, especialmente Tiro. Tiro puede ser considerado el París del mundo antiguo. Era un centro de fausto, un lugar donde se había recogido lo mejor de cada cosa, donde laboraban los mejores artistas y artesanos fenicios. El profeta bíblico Ezequiel, en una feroz denuncia de esta ciudad rica y palpitante, hace de ella una extraordinaria descripción, enumerando la asombrosa variedad de sus mercancías y de su no menos asombrosa red de lazos mercantiles:

« Tiro, tú has dicho: "Soy de perfecta belleza."
En el corazón de los mares están tus confines;
al edificarte hicieron perfecta tu hermosura;
con cipreses de Senir te construyeron;
un cedro cogieron del Líbano para ser tu mástil;
de encinas de Basán hicieron tus remos.
Tu cubierta fabricaron de marfil [*incrustado*] en boj de las islas Kittim.
Lino finísimo con recamado de Egipto era tu vela para servirte de enseña;
púrpura violeta y escarlata de las islas de Elisá era tu toldo.
Los hombres de Sidón y Arvad eran tus remeros;
los más expertos, ¡oh Tiro!, que había en ti, eran tus timoneles.
Los ancianos de Guebal y sus peritos actuaban en ti como carpinteros navales.
Todas las naves del mar y sus marineros
hallábanse en ti para cambiar tus mercancías.
Gentes de Persia, Lidia y Put servían en tu ejército como guerreros tuyos.

»Los hijos de Arvad y de Jelek guarnecían tus murallas todo en torno, y los Gammadim tus torres: suspendían sus escudos alrededor de tus muros; ellos completaban tu hermosura. Tarsis comerciaba contigo por la abundancia de toda tu riqueza: plata, hierro, estaño y plomo daban por tus mercancías. Yaván, Túbal y Mések traficaban contigo: esclavos y objetos de bronce entregaban por tus mercancías. De la región de Togarma entregaban por tus mercaderías caballos, corceles y mulos. Los hijos de Dedán comerciaban contigo; muchas islas tenían comercio en servicio tuyo, portándote como tributo colmillos de marfil y ébano. Edom comerciaba contigo por la multitud de tus productos: rubís, púrpura roja, recamados, lino fino, corales y carbunclos daban por tus mercaderías. Judá y la tierra de Israel traficaban también contigo: trigo de Minnit, perfumes, miel, óleo y bálsamo daban por tus mercancías. Damasco comerciaba contigo, trocando la multitud de tus productos, por vino de Jelbón y lana de Sájar.

»Vedán y Yaván, desde Uzal, por tus mercaderías daban hierro elaborado; canela y caña aromática había en tu mercado. Dedán traficaba contigo

Una versión medieval de la conquista de Tiro por Alejandro

Las proezas de Alejandro Magno han fascinado siempre a la gente. En estas cuatro páginas aparecen varios fragmentos de un manuscrito iluminado del siglo XIV –sus ilustraciones representan una mezcla de estilos bizantino, musulmán y europeo– relatando el cerco que puso Alejandro a Tiro en el año 332 antes de nuestra era. Desafortunadamente, el artista nada sabía acerca de los verdaderos hechos. Incluso desconocía que Tiro era una isla y que Alejandro construyó una calzada hasta la misma. El artista sólo acertó en una cosa: en que Tiro estaba sólidamente fortificada y desesperadamente defendida. Cuando Alejandro tomó la ciudad, crucificó a 2.000 varones supervivientes y vendió a las mujeres y a los niños como esclavos.



en sillas de montar. Arabia y todos los príncipes de Quedar ejercían el comercio contigo, traficando en corderos, carneros y machos cabríos. Los mercaderes de Sebá y Ramá comerciaban contigo; el más delicado bálsamo y toda clase de piedras preciosas y oro daban por sus mercaderías. Jarán, Kanné y Eden comerciaban contigo, así como los mercaderes de Sebá, Assur y Kilmad, negociando en vestidos, mantos de púrpura azul y bordados abigarrados, tapices multicolores, maromas trenzadas y fuertes.»

Esta es Fenicia en su apogeo. La viveza del relato es intensificada por la terrible profecía de Ezequiel: los ciudadanos de Tiro serán subyugados por los babilonios. Y ello sucedería en el 572 a. de C.

La caída de Tiro en manos de Babilonia constituye una divisoria en la historia fenicia. El dominio de Nabucodonosor II fue una época horrible para Tiro, que se recuperó lentamente del espantoso asedio de 13 años que él impuso. Nunca más volvería a ser la primera ciudad del mundo fenicio. Entre otras cosas, porque Cartago, la colonia fundada por los aristócratas de Tiro mucho más al oeste, lejos del alcance destructor de los asirios o los babilonios, tenía ya por entonces 250 años y se había hecho más grande que la propia Tiro. La fenicia occidental se apartaría cada vez más de la madre patria en cuanto al modo de vida, a la política y a su comercio; en adelante ella tejería su propia historia, eclipsando más y más a la Fenicia oriental en el Mediterráneo.

Pero los viejos puertos comerciales seguían en pie. Siempre se habían caracterizado por su capacidad para recobrarse y adaptarse. Rechinaron los dientes y soportaron a los babilonios. Entonces, en el año 539 antes de nuestra era, se produjo un milagro: la propia Babilonia cayó ante Persia, y las ciudades de Fenicia pronto se aprestaron a acoger al nuevo conquistador. Para alivio suyo, los persas resultaron ser gentes razonables, con acertadas ideas acerca de cómo gobernar un imperio. Persia seguía exigiendo tributos, e incluso convirtió a Fenicia en parte de una de sus satrapías, o provincias. Pero Persia también comprendió astutamente la importancia estratégica que esta región tenía para sus planes generales y permitió a los reyes de Fenicia que gobernaran sus propios estados. Los monarcas fueron elevados casi a





Las iluminaciones comienzan narrando cuando Alejandro (tocado con una corona, a la izquierda) intenta asaltar Tiro. Repelido por las flechas, se aleja a caballo. A continuación tiene un sueño (arriba) que le aconseja no entrar en Tiro a parlamentar. En verdad, Alejandro intentó que sus habitantes declarasen a Tiro una ciudad abierta; los tirios se negaron, y Alejandro pasó al ataque.

condición de aliados. Y éstos se mostraron satisfechos de proveer a los persas con flotas de guerra.

El dominio persa ejerció una influencia estabilizadora en el Próximo Oriente y ayudó a Fenicia de tres maneras. En primer lugar, Persia estableció un sistema de postas interno –una especie de *pony express,* con paradas apostadas a intervalos regulares y cambio de caballos– que aceleró mucho las comunicaciones. Además, la acuñación de monedas, recientemente emprendida por los griegos y los indios, fue adoptada por los persas poco después de que conquistaran Lidia. Batieron sus propias monedas e hicieron de ellas el patrón monetario de su vasto imperio. Para un pueblo de comerciantes como los fenicios, el acceso a tal patrón era una bendición del cielo. Por último, el arameo, un dialecto semita escrito en caracteres fenicios, fue adoptado como lengua franca desde un extremo a otro del imperio persa, desde el Mar Egeo hasta la India. Ello suponía que ahora los mercaderes fenicios podían conducir su negocio y llevar sus notas en una lengua casi idéntica a la suya, y escrita en una escritura que ellos mismos habían inventado.

En conjunto, aunque los puertos fenicios se enfrentaban una vez más al problema de tratar con un imperio oriental inmensamente poderoso, el dominio de Persia era relativamente benigno y aquéllos prosperaron bajo él. Incluso se atrevían a replicar. Según Heródoto, cuando el rey persa Cambises conquistó Egipto en el año 525 antes de nuestra era con la ayuda de una flota fenicia comandada por almirantes fenicios, se propuso proseguir hacia el oeste y conquistar también Cartago. Pero los tirios se opusieron vivamente, señalando que Cartago era una colonia de Tiro. Aquello sería como unos padres atacando a sus propios hijos, dijeron, y declararon que, si seguía adelante con ese plan, ellos retirarían su flota. Cambises abandonó el proyecto.

Cuando los reyes persas Darío y Jerjes empezaron a urdir planes para conquistar Grecia, todas las grandes ciudades fenicias se ofrecieron a ayudar en tal empresa. También Grecia habíase convertido en enemiga suya, pues entorpecía cada vez más sus actividades comerciales en el Mediterráneo. Por ello colaboraron en el plan de ataque: poner en marcha el enorme ejército persa para que, apoyado por una flo-





El motivo de la advertencia durante el sueño queda ahora claro: dos embajadores de Alejandro van a parlamentar (arriba) y son crucificados (derecha). Los griegos escribieron que Alejandro trató de penetrar en Tiro solicitando permiso para ofrecer un sacrificio a Heracles en un templo dentro de la ciudad; mas los tirios le denegaron la entrada.

ta fenicia, bordease por el norte el mar Egeo. Este ejército cruzaría el Helesponto sobre un puente de barcos ligados por cables; y luego invadiría Grecia, aniquilando las ciudades-estado griegas.

Desafortunadamente para los fenicios eligieron el bando que iba a perder, aunque ellos no tuvieron culpa de la derrota. Ayudaron en la reparación del puente que se extendía sobre el Helesponto, reforzando sus cables y anclas cuando aquél fue arrastrado por la tormenta. Los otros ingenieros de Jerjes fracasaron en su intento de abrir un canal a través de la península del monte Athos para disponer de una ruta más protegida, pero los fenicios les enseñaron el modo de hacerlo: cavando una ancha "V". Proporcionaron al gran ejército persa, mientras éste avanzaba hacia el sur, una flota de buques de guerra, así como barcos para transportar las tropas. Combatieron en la gran batalla naval del estrecho de Salamina *(páginas 49-55)*. Pese a esta ayuda, los persas fueron derrotados en el año 480 antes de nuestra era, y los fenicios orientales perdieron la oportunidad de eliminar a los griegos como mercaderes rivales. Durante este período, los fenicios fueron vencidos también en el oeste. Los cartagineses llevaban años peleando contra los griegos en Sicilia por obtener la supremacía en la isla. Estando las ciudades griegas de la madre patria amenazadas por el abrumador poderío persa, un grupo de cartagineses convenció al Gobierno de que había llegado el momento de atacar en Sicilia: las ciudades-estado de la metrópoli griega estaban demasiado preocupadas por salvar el pellejo para que pudieran enviar refuerzos a sus colonias de Sicilia. En consecuencia, un ejército cartaginés llegó al oeste de Sicilia en el año 480 antes de nuestra era; pero, sorprendentemente, sufrió una catastrófica derrota en Himera.

A resultas de esas dos derrotas en el este y el oeste, la presencia griega empezó a hacerse sentir con creciente fuerza: por el oeste en Sicilia y por todo el Egeo y por el este en Jonia. El Mediterráneo empezaba a verse influido por las ideas y tradiciones helénicas, más que por las asiáticas.

Curiosamente, esta influencia se desarrolló durante casi un siglo de temerarias y autodestructivas guerras entre los propios griegos. Atenas y Esparta eran los protagonistas principales, pero su rivalidad aca-





Alejandro intenta nuevamente entrar en Tiro (izquierda), esta vez con éxito, y se marcha (arriba). Su asedio duró varios meses, durante los cuales los tirios defendieron sus murallas contra los arietes protegiéndolas con pellejos rellenos de algas marinas. Al derrumbarse las murallas exteriores, los tirios edificaron otras dentro del recinto interior, en tanto tiraban arena ardiente sobre los griegos.

bó envolviendo a cada una de las varias docenas de ciudades-estado griegas. Cuando todo hubo concluido hacia el año 380 antes de nuestra era, Grecia estaba tan debilitada que no pudo hacer frente a los macedonios, sus rudos primos del norte. Por primera vez en su historia, la península griega fue reunida bajo el mandato de un solo hombre, el rey Filipo II de Macedonia. Y fue su hijo, Alejandro Magno, quien estampó la impronta del helenismo sobre el Mediterráneo oriental al decidir conquistar Persia.

Con un poderoso cuerpo expedicionario (entre la infantería destacaban las famosas "falanges macedónicas", y entre la caballería, los "compañeros del rey"), Alejandro destruyó a los ejércitos persas en un par de breves batallas: en la del río Gránico, en el año 334 antes de nuestra era, y en la de Iso, en el 333. Al igual que todos cuantos habían combatido en esta zona, al punto reconoció que los puertos fenicios habrían de estar en su poder antes de atacar Egipto, en el sur, o a Persia, en el oeste. Las ciudades fenicias, guiándose siempre por su sentido práctico, abandonaron a sus amigos de otro tiempo, los persas, cambiaron de chaqueta y se prepararon para negociar con el nuevo conquistador. Los únicos que les hicieron frente fueron los habitantes de Tiro. Seguros en su isla, detrás de unos muros almenados aún más resistentes que antes, endurecidos por los asedios sufridos y provistos de una poderosa flota, los tirios confiaban poder disuadir a este impaciente macedonio. Puede que fuera impaciente, pero también era implacable. Mandó que cada hombre fuerte y sano de la costa acarrease piedras y tierra, que arrastrase árboles desde las montañas, y construyó una calzada desde tierra hasta la isla. Tiro cayó al fin, en un furioso y ardiente asedio. Todos sus hombres murieron, 2.000 fueron crucificados. Las mujeres y los niños fueron vendidos como esclavos.

De todos los hombres que atacaron Tiro, Alejandro es el único cuya obra aún perdura. Todavía existe la calzada que mandó construir. Inundada por las mareas, a ambos lados de la calzada, fue acumulándose poco a poco un depósito de arena hasta formar un tómbolo. Actualmente la calzada tiene una anchura media de más de 500 metros, y sobre ella se alzan numerosos edificios y una autopista. Tiro ya no es una isla.

Capítulo quinto: Dioses, sacerdotes y sacrificios



Ugarit, esa antigua ciudad cananea situada en la costa al norte de Biblos, fue saqueada y arrasada por los "pueblos del mar" en una invasión o por unos piratas hacia el año 1234 antes de nuestra era, es decir, pocas décadas después de la caída de Troya. Pero a diferencia de Troya, Ugarit no fue cantada por un Homero ni fue inmortalizada por una historia posterior; nunca se volvió a ocupar ni se reconstruyó. Pese a su riqueza, hoy sería recordada únicamente como un montón de ruinas cubierto de tierra, si no la hubiera excavado en 1929 el arqueólogo Claude Schaeffer.

Lo que Schaeffer halló en Ugarit fue, con mucho, la mayor colección descubierta hasta ahora de tabletas de arcilla protofenicias referentes a religión y mitos. Los especialistas discuten acerca de si los textos ugaríticos pueden ser considerados realmente fenicios. Pero todos ellos están de acuerdo en que estos valiosos textos nos proporcionan múltiples indicios sobre lo que los fenicios creían.

Un hecho importante que los textos ugaríticos contribuyen a confirmar es la relación que había entre muchas religiones de aquel tiempo y de aquella parte del mundo. Los nombres de los dioses y diosas, así como algunos de sus atributos específicos, podían variar de un lugar a otro; sin embargo, siempre había la misma estructura en el panteón, ya fuera en Canaán, ya en Asiria, en Babilonia o en la Grecia micénica. Así pues, aunque no puede afirmarse que los cultos surgidos en las diversas ciudades fenicias descienden directamente de los descritos en los textos ugaríticos, es evidente que tales cultos están estrechamente relacionados. Podemos dar por sentado que tenían un origen común cananeo y que con el paso del tiempo se fueron diversificando. Teniendo presente este modelo, puede procederse a describir el panteón fenicio.

A la cabeza del panteón se encontraba una deidad masculina, que en Ugarit era llamada El. Su nombre significaba simplemente "dios", y al parecer personificaba los más amplios aspectos de una deidad universal. Era llamado "el padre de los dioses", "el creador de los creadores". Pese a ello, parece haber sido un dios más bien pasivo, que seguía existiendo cual la imprecisa figura del padre para los demás dioses y diosas en los posteriores panteones de muchas ciudades fenicias.

El papel activo lo asumía Baal, el dios de las tormentas. La identificación de Baal con la fuerza, la violencia, la juventud y el dinamismo es lo que caracteriza su puesto como el más destacado dios masculino en toda Fenicia. Baal ha llegado hasta nosotros como el dios fenicio por excelencia, el que para los profetas hebreos personificaba una fe que rivalizaba con la suya. La Biblia está cuajada de atronadoras peroratas contra las maldades de Baal. Este representa, por extensión, todo el panteón semita no hebreo, con sus aderezos de politeísmo, sacrificio de criaturas, culto a los ídolos y demás.

En rigor, la religión fenicia no se reducía al culto a Baal. Poseía una estructura similar a la de varias religiones contemporáneas, basada en un antiquísimo mito que pretendía explicar el misterio del ciclo de estaciones. El dios padre, El, tenía una consorte, la diosa madre, Asherah-del-Mar, cuyo hijo perecía cada año para simbolizar la siega de la cosecha y la sequía de la tierra. El hijo renacía luego, señalando el retorno de la primavera y una nueva cosecha.

Este mito ha conocido diferentes versiones. En los

Esta placa de marfil, que mide apenas 12,5 centímetros, fue hallada cerca de Ugarit y muestra a una diosa flanqueada por dos machos cabríos. Data del siglo XIII antes de nuestra era, una época ligeramente anterior al derrumbamiento de la cultura de la Edad de Bronce de los egeos. Las ciudades cananeas seguían bajo la influencia de los estilos egeos, como lo demuestran los senos desnudos y la falda de volantes de la diosa.

textos ugaríticos, Baal, que es asociado con la lluvia y el agua portadora de vida, es el joven dios que muere. Desaparece bajo tierra. La hermana de Baal, Anat, acude allí a rescatarle, encuentra su cuerpo y se lo lleva. En otro texto, citado por el especialista en materia cananea J. Gray, es el propio Baal quien lucha contra Mot, el dios de las estaciones secas y del mundo inferior.

Se contemplan con ojos cual carbones encendidos:
Mot es fuerte, Baal es fuerte;
Se embisten mutuamente cual bueyes salvajes:
Mot es fuerte, Baal es fuerte;
Se muerden cual serpientes:
Mot es fuerte, Baal es fuerte;
Se dan coces cual caballos:
Mot ha caído, Baal ha caído sobre él.

El simbolismo de este texto es claro. La tierra ha conseguido sobrevivir a la muerte y a la sequía. El joven dios aparecerá, sano y salvo, cuando brote la nueva cosecha en primavera.

Además de estos dioses y diosas, el panteón fenicio tenía muchos otros, algunos de los cuales se encargaban de actividades específicas, como el sidonio Eshmun, cuyo cometido era la curación. Otro, Dagón, estaba asociado con el trigo; otro, Reshef, con las plagas. Para complicar las cosas todavía más, sus identidades no eran estables. El y Baal, por ejemplo, asumían distintos nombres y ciertas características diferentes según las ciudades. En Tiro, Baal se convirtió en Melqart, y como tal fue exportado a Cartago. El apelativo se deriva de *mlk,* que significa "rey", y *qrt,* que quiere decir "ciudad". Pero el dios al que se refería el nuevo nombre era el mismo viejo Baal, activo señor de las tormentas, la deidad suprema en la mayor parte de las ciudades fenicias. La más importante deidad femenina era Astarté, la diosa de la fertilidad. Su nombre varía de acuerdo con el país, e incluso según las distintas ciudades fenicias. En la Biblia se la conoce como Ashtoret; en Babilonia, como Ishtar; en la antigua Grecia, como Afrodita. Pero en Biblos se la conocía como Baalat (es decir, "señora"), evidentemente la versión femenina de Baal (que quiere decir "señor").

El sacrificio era una importante característica que la religión fenicia compartía con otras. Estas ceremonias tenían un doble propósito. La finalidad más simple y directa era la de aplacar al dios, propiciarle, obtener su ayuda y templar su ira. El segundo propósito de los ritos era el de fortalecer al propio dios. Su valía, y por tanto su poder, veríanse fortalecidos al ofrecérsele algo, especialmente si se trataba de algo que era para uno sumamente valioso. El no honrar regular y debidamente al dios no sólo minaba su deseo de beneficiar a la gente, sino su misma capacidad para hacerlo.

Hay que reconocer que los fenicios practicaban el más extremo sacrificio: el de vidas humanas. Otras religiones evitaban el sacrificio humano, como acabaron por hacer los fenicios. Pero lo hicieron tarde. Los hebreos sabían que sus vecinos del norte lo practicaban, y les repugnaba esta sangrienta costumbre. Incluso después de que la Fenicia oriental hubiera abandonado el sacrificio humano, siguió practicándose en Cartago; y ello repugnaba a los romanos.

Como prueba del sacrificio humano en la Fenicia oriental sólo disponemos de un par de referencias en el Antiguo Testamento. En cuanto a la Fenicia occidental, las pruebas son irrefutables: se trata de pruebas contundentes extraídas de la tierra. En un antiguo cementerio de Cartago se han exhumado miles de pequeñas vasijas de arcilla que contenían los restos de criaturas y niños. Mezcladas con estas urnas hay otras que contienen los restos de animales jóvenes: cabritos, corderos, gatitos y cachorros. Es evidente que los cartagineses sacrificaban niños, pero también lo es que utilizaban estos animales como sustitutos. Sin embargo la parte más interesante y fascinadora de todo esto es que se consideraba ine-

Un sacerdote cartaginés sostiene con su brazo a una criatura que va a ser sacrificada. Este grabado, descubierto en el recinto de la diosa Tanit en Cartago, fue realizado en un obelisco de caliza y data del siglo IV *a. de J.C.*



ficaces a los sustitutos. Hacia el año 320 antes de nuestra era, las familias nobles que habían adoptado la costumbre de sustituir sus hijos por esclavos, o quizá por animales, fueron culpadas de un desastre militar que habían sufrido. Puesto que habían ofendido a los dioses, se vieron obligadas a una reparación: se inmolaron en honor de los dioses 500 criaturas procedentes de las mejores familias.

Por aquel tiempo, hacía unos 400 años que se practicaba en Cartago el sacrificio religioso. Los niños eran llevados al *tofet,* un lugar sagrado en el que había un ídolo o una piedra sagrada muy antigua, y eran sacrificados allí. Como en el caso de otras religiones contemporáneas, el sacrificio de la carne iba acompañado de la consumición por el fuego. Ello explica las numerosas referencias a hornos abrasadores, a "pasar por las llamas". Según parece, la criatura era llevada al ídolo, sosegada por un sacerdote y degollada. A continuación se depositaba su cuerpo en brazos de una estatua de bronce que tenía debajo un horno o parrilla. Algunas pruebas indican que los brazos del dios fueran accionados mecánicamente, de forma que dejaba caer a la criatura en las llamas.

Para incrementar el temor de los devotos y su creencia en que la divinidad respondía a estos actos piadosos, se utilizaban ciertos artilugios. En la estatua hueca de la página 128, se habían practicado unos orificios en los senos de la diosa y luego fueron tapados con cera y de los orificios empezaba a manar prodigiosamente leche, que previamente había sido vertida en el interior de la estatua.

En una religión severa, interpretada para aquellas temerosas gentes únicamente a través de los sacerdotes, el poder sacerdotal debía de ser muy grande. Los sacerdotes eran numerosos y formaban una jerarquía, con un sumo sacerdote a cargo de cada templo y otros sacerdotes subordinados por debajo de aquél. Por añadidura, los templos tenían escribas, carniceros encargados de descuartizar los animales



UGARIT: Baal, 1500 a. J.C.

Idolos esculpidos de los dioses fenicios

Dos problemas dificultan la identificación de los "ídolos" que los fenicios y sus vecinos hacían de sus dioses. En primer lugar, casi todos los pueblos de aquella zona tenían una religión y unos dioses similares, aunque los nombres y los atributos variaban ligeramente según el país. Y en segundo lugar, dado que la mayor parte de los relieves y estatuas religiosas no llevan ningún nombre, tenemos que inferir qué dios es a partir de lo que está haciendo o transportando. A la izquierda, por ejemplo, el mensaje queda bastante claro. Se trata de una divinidad de Ugarit, Baal, el dios de las tormentas, de la energía y de la acción. Aparece delante de un árbol de relámpagos simbólicos, sosteniendo una lanza en una mano y blandiendo un garrote con la otra. La imagen de la derecha podría ser otro Baal esgrimiendo relámpagos, esta vez procedente de Siria. La primera imagen de la página siguiente –representada con un largo y ceñido vestido y un elevado tocado– constituye un enigma. ¿Podría tratarse de Astarté, la diosa de la fertilidad? Nadie lo sabe. A continuación de ella aparece una figura ugarítica de Baal, con una corona egipcia. Y, por fin, hay una diosa fenicia no identificada, con un complicado tocado de estilo egipcio y un ajustado vestido que muestra también influencia de Egipto.



SIRIA: Baal, 725 a. J.C.



LIBANO: Astarté, 1400 a. J.C.

UGARIT: Baal, 1350 a. J.C.

LIBANO: deidad desconocida, 900 a. J.C.

Una estatua de un niño en mármol, de unos 60 cm de alto, es una de las muchas esculturas semejantes halladas en el templo de Eshmun, en Sidón. Eshmun era el dios fenicio que sanaba a los enfermos; las estatuas fueron hechas como ofrendas de gratitud o bien en súplica de una curación por parte de padres de niños enfermos. Una vez dedicadas al dios, las ofrendas eran destruidas y arrojadas a un foso cerca del templo.

del sacrificio, empleados, auxiliares de los templos, jardineros, artesanos y esclavos.

La preocupación de los fenicios por su religión era enorme. En consecuencia, el sacerdocio ejercía una gran influencia, tanto económica como política y religiosa. Se realizaban constantes ofrendas: vino, perfumes, incienso, animales y a veces simplemente frutas o legumbres. (Los seres humanos se reservaban para ocasiones especiales o para terribles catástrofes.) Los sacerdotes llevaban unas listas de las tarifas impuestas para cada tipo de sacrificio. Prescribían la ofrenda adecuada para borrar una ofensa determinada, así como los honorarios del sacerdote por aceptar la ofrenda y celebrar el ritual que la acompañaba. Una de tales listas estipulaba que, por cada buey sacrificado, el sacerdote percibiría 10 piezas de plata; y si el sacrificio estaba encaminado a purgar un pecado (en vez de ser una mera expresión de devoción al dios), entonces el sacerdote recibiría también una parte del buey. Debido a esas costumbres, tanto los templos como los sacerdotes se enriquecían, y ciertas familias nobles llegaron a reservar para sí mismas el cargo de sumo sacerdote.

La amplitud de la jerarquía sacerdotal y sus variadas obligaciones parecen indicar que los templos eran lugares grandes y complejos. Pero esto no es necesariamente cierto. En efecto, hay pruebas de que gran parte del culto fenicio tenía lugar en pequeños santuarios al aire libre, que solían ser de diseño sencillo. Cualquier cosa servía: una roca, un altar o un pequeño recinto enclavado en un "lugar elevado" y al descubierto. El "lugar" era importante, puesto que se atribuían poderes divinos a determinadas aguas (manantiales o ríos), arboledas y roquedos. El santuario de Cartago más antiguo que se conoce es un espacio cuadrado y reducido, tallado en una roca. Dedicado a la diosa Tanit, el santuario apenas mide un metro de anchura. Al igual que en muchos otros lugares sagrados fenicios, su fuerza derivaba de su antigüedad y posiblemente de los objetos sagrados que había en el sitio o en sus alrededores. Es posible que el tan insólitamente reducido tamaño de este santuario refleje sólo la extrema pobreza de los primeros colonos que se establecieron en Cartago.

Un santuario algo mayor, recientemente descubierto por James Pritchard en su nueva e interesante excavación en Sarepta, tiene la forma de un pequeño edificio rectangular, dentro del cual se alza un altar. Rodeando el perímetro interior de este edificio hay un banco o plataforma de piedra con su superficie enyesada. Sobresale de la pared como un mostrador bajo, sobre el que los devotos depositaban sus ofrendas al dios. Además de los alimentos e inciensos que los sareptos solían dejar allí, también colocaron muchas estatuillas de arcilla. Se han hallado figuras de este tipo en varios yacimientos arqueológicos fenicios, y sin duda representaban alguna especie de ofrendas votivas. No se sabe con certeza si se trataba de imágenes de los propios dioses. Una de estas figurillas es un desnudo, lo que elimina la posibilidad de que se trate de un dios o una diosa; en la larga tradición de las religiones semíticas, los dioses y las diosas siempre se representaban completamente vestidos, ataviados con ricas vestiduras apropiadas a su rango.

Incluso cabe que las figurillas vestidas tampoco sean dioses. Algunas poseen pechos voluminosos, otras tienen abultados vientres; es evidente que representan mujeres encintas. Tales rasgos indican que las figurillas eran estatuas que representaban a los suplicantes, no a los dioses. Llevaban mensajes a los dioses, súplicas de que éstos respondieran a las oraciones. "Haz que yo sea fértil", parece decir; "haz que mi hijo nazca sano".

Una vez colocada en un santuario y dedicada a un dios, la figurilla se convertía en un objeto sagrado, propiedad del dios. No podía ser destruida. A lo largo de muchas décadas –quizá incluso de siglos– de-



bió de amontonarse en los pequeños santuarios una gran cantidad de esas figurillas. Pritchard descubrió cómo eran dispuestas algunas de las figurillas en Sarepta, cuando su equipo cavó en el enyesado suelo del santuario. Cuidadosamente sepultadas en una cavidad rectangular, había casi 30 figurillas suplicando a la divinidad desde hace unos 2.500 años.

Es probable que Sarepta encierre también la clave de otra importante cuestión referente a la vida religiosa de los fenicios: la naturaleza de los templos fenicios. Hay indicios de que, junto al pequeño santuario que acabamos de describir, se encuentra una edificación mucho mayor, pues hasta ahora los conocimientos acerca de los templos fenicios han sido escasos. En otros lugares de Fenicia se han descubierto restos de templos, pero todos ellos existen únicamente como la silueta de la base, puesto que los muros se levantan escasos centímetros del suelo. De todas formas, siguen una pauta tan regular, que empieza a ser posible describir el plano del suelo de un templo "típicamente" fenicio.

Era un edificio rectangular con tres aposentos: primero una pequeña antecámara, luego una amplia sala principal y por fin un pequeño sanctasanctórum al fondo. Este último se alcanzaba ascendiendo unos escalones y contenía un altar y un ídolo, o cualquier otro objeto que allí se adorara. A veces se trataba simplemente de una piedra sagrada, llamada *betilo*. Parece ser que el pequeño santuario de Pritchard en Sarepta tenía un *betilo* exactamente delante del altar; hay para él un lugar en el suelo, pero hace tiempo que desprendieron la piedra y se la llevaron.

Un templo fenicio era seguramente un edificio más bien alto y estrecho, con una elevada puerta de entrada. Unos escalones daban acceso a esa puerta, la cual estaba flanqueada a cada lado por una columna

exenta de piedra, madera o bronce. Según parece, las columnas tenían nombre y personalidad propia, y posiblemente propiedades divinas.

La más detallada descripción de un templo aparece en la Biblia. No constituye una prueba directa, puesto que describe un edificio que mandó levantar Salomón en Jerusalén y que estaba destinado al culto hebreo. Sin embargo, fue diseñado por arquitectos tirios y construido por artesanos tirios. El templo de Jerusalén se ajustaba al modelo de tres aposentos, incluso en los escalones y las columnas de la puerta principal, y poseía muchos otros detalles de evidente gusto fenicio. Fue hecho con pesados bloques de piedra labrada y recubierto en su interior con madera de cedro, al que se agregó gran cantidad de adornos de oro. Tenía amplias puertas de madera, y las columnas que la flanqueaban habían sido hechas de bronce por un artesano tirio que fabricó también varios aguamaniles de bronce para los lavatorios y otros recipientes para ser usados tanto dentro como fuera del templo. Pese a las fundamentales diferencias entre ambas religiones, las similitudes de los detalles del templo son notables.

Un importante aspecto de la religión fenicia era la creencia en una vida después de la muerte. Las pruebas que lo atestiguan son abundantes y variadas, y demuestran una marcada influencia egipcia. Los egipcios se esmeraban mucho en preservar los cuerpos de los muertos. Llegaron a ser consumados embalsamadores, empleando métodos y productos que incluso hoy día no se conocen por completo. Unas veces, los cuerpos embalsamados se depositaban en féretros de madera que tenían forma de cuerpo humano y sobre cuya cabeza se pintaba el rostro del difunto. Y otras veces la momia se colocaba en abultados sarcófagos hechos vaciando sólidos bloques de piedra, que también tenían forma humana y rostros esculpidos en sus tapas. Los arqueólogos denominan a estas cajas "sarcófagos antropomorfos".

En cierto momento de su historia, los fenicios, que previamente habían utilizado grandes urnas funerarias de arcilla o tumbas hechas de ladrillo o de piedra, empezaron a imitar los modelos antropomorfos de los egipcios. En la Fenicia oriental han aparecido unos pocos, entre los cuales destaca un soberbio sarcófago de basalto negro que se empleó para enterrar al rey sidonio Tabnit. Fue descubierto, junto con otros extraordinarios hallazgos, en un cementerio de las afueras de Sidón en 1887. Lo insólito del hallazgo es que no había sido abierto y saqueado por ladrones de tumbas.

Durante más de 2.000 años, Sidón había estado infestada de ladrones de tumbas. Y, lo que en cierto modo era peor todavía, el vandalismo local y la necesidad de disponer de bloques de piedra para construir casas, muros y cobertizos para animales, e incluso para pavimentar caminos y fabricar desagües, había causado un daño irreparable a un vasto hormiguero de tumbas que habían sido cavadas bajo tierra a lo largo de todo un milenio. Tan rica era la provisión de piedra labrada sepultada en la tierra, que los agricultores del lugar tenían por costumbre arrendar sus campos a quienquiera que quisiese venir a sacarlas.

Sidón era una ciudad tan antigua y rica como Tiro. A lo largo de gran parte de los últimos períodos de su historia, sus clases acomodadas utilizaban dos tipos de sarcófagos. Uno tenía aproximadamente la forma de una casa y tenía por objeto proveer de morada al cuerpo después de su muerte. El otro, un sarcófago antropomorfo, servía de sustituto del cuerpo para cuando el que estaba en el interior se descompusiera totalmente. Las medidas tomadas para impedir la descomposición se basaban en los métodos de embalsamar egipcios. Dado que los fenicios llevaban mucho tiempo suministrando a los egipcios aceite de cedro para embalsamar, es de suponer que estuvieran familiarizados con las técnicas egipcias. Sin

embargo, no existía ningún método fiable de embalsamamiento que contrarrestara la humedad del clima costero de Fenicia y la lenta filtración de agua en las tumbas hasta alcanzar finalmente, a través de sus grietas, el propio féretro. Las escasas momias fenicias que hasta ahora han sido recuperadas se hallan, con una sola excepción, en avanzado estado de descomposición, y las vendas de lino que las envolvían se han podrido casi por completo. Todos los fragmentos de hueso o de tela encontrados provienen de sarcófagos de piedra. Los féretros de madera –que debían de ser los más numerosos– desaparecieron junto con el cadáver que contenían.

En Sidón los cementerios estaban situados en las bajas colinas que rodeaban la ciudad. Se cavaban en la tierra unos pozos verticales, desde los cuales se llegaba a las cámaras que contenían los sarcófagos. En ocasiones, estas cámaras estaban abovedadas con bloques de piedra, a veces esculpidos en la roca madre. Frecuentemente, un mismo pozo daba acceso a varias cámaras, que se ramificaban a diferentes alturas. En un lado de los pozos se tallaban unos escalones para que los constructores de la sepultura pudieran subir y bajar. Una vez que el sarcófago había sido instalado, la cámara se tapiaba y la entrada al pozo era sellada con piedras y se recubría de tierra.

Hacia el siglo V antes de nuestra era se empezó a utilizar en Sidón un extraordinario sarcófago. Tenía la forma antropomorfa egipcia, con un rostro humano esculpido en la tapa, pero el estilo de aquel rostro era griego. El resultado fue una singular forma de escultura, que no se limitaba únicamente a Sidón, pero que era peculiar y característica de Sidón. De la reducida serie de sarcófagos descubiertos en todo el mundo fenicio, exhibida ahora en museos de Europa y del Próximo Oriente, casi todos provienen de Sidón.

Los indicios respecto a las prácticas funerarias sidonias comenzaron a brotar a mediados del siglo pasado. Por aquel tiempo, Sidón, así como otras ciudades de la costa libanesa, tenía residentes extranjeros. Muchos eran aficionados a la arqueología, y había un intenso tráfico clandestino en objetos y estatuas procedentes de sepulturas, no sólo entre algunos extranjeros, sino también entre los tratantes del lugar y los coleccionistas en Europa. Digo "clandestino" porque las tumbas eran nominalmente propiedad de Turquía. Lo que es ahora el Líbano formaba parte del Imperio Otomano –es decir, de Turquía–, anteriormente una gran potencia pero que entonces se encontraba en las últimas fases de su prolongada decadencia. Los lugares como Sidón ofrecían escaso interés a los corruptos y abúlicos sultanes que languidecían en Constantinopla (actualmente Estambul), la capital del Imperio. Situados a un millar de kilómetros de distancia, los sultanes eran incapaces de impedir el continuo pillaje de los tesoros sidonios o éste les traía sin cuidado. Por el año 1860, esta indiferencia comenzó a dificultar la labor de los arqueólogos europeos que trabajaban en la zona. Uno de ellos, el francés Ernest Renan, exploró más de un centenar de tumbas en una necrópolis, pero sólo halló una cosa: que todas habían sido saqueadas; habían destrozado sus sarcófagos y se habían llevado las piedras grabadas. Al cabo de siete años, la propia necrópolis estaba completamente saqueada y la mayor parte de las losas que cerraban sus tumbas aparecían en nuevos edificios situados en el centro comercial de la ciudad de Sidón. Un fascinante e histórico sitio arqueológico había desaparecido.

Ese mismo año, un misionero y coleccionista de antigüedades americano, William Eddy, se hallaba una tarde en su casa de Sidón, cuando entraron precipitadamente unos obreros locales para darle cuenta de un asombroso descubrimiento: varios sarcófagos, de gran tamaño y bellamente decorados, dispuestos en una serie de cámaras que se comunicaban entre sí en el fondo de un pozo que medía 7 metros de

ancho. Eddy se dirigió inmediatamente al lugar, bajó por el pozo y examinó los féretros a la luz de una linterna. Abriéndose camino por el barro y el agua que goteaba, casi asfixiándose en aquel aire corrompido, pudo explorar cinco cámaras separadas que contenían nada menos que siete sarcófagos. Uno era negro y de diseño egipcio; dos de ellos pertenecían al tipo antropomorfo fenicio. Pero los demás poseían un diseño griego, aventajando en riqueza de detalles a todo cuanto hasta la fecha se hubiera hallado en Sidón. Eran unos grandes sarcófagos de mármol, cuyos laterales estaban ricamente decorados con figuras en altorrelieve.

Tras tomar nota de los mismos en una descripción tan minuciosa como las circunstancias se lo permitían, Eddy fue subido a la superficie y envió un mensaje a Constantinopla. Afortunadamente, el director de la sección de antigüedades del museo de esta ciudad era un ilustre funcionario que había sido educado en Francia y cuyo nombre era Hamdy Bey. Este, en lugar de permitir que los hallazgos fueran fragmentados para irlos introduciendo en el mercado negro, partió hacia Sidón, apostó a unos centinelas para que guardaran el tesoro día y noche y en nombre del sultán tomó posesión de todo lo descubierto en el lugar. Posteriormente todos los sarcófagos encontraron un lugar de reposo seguro en el Museo Imperial (o Topkapi) de Estambul, donde hoy día pueden ser examinados por los especialistas.

Los soberbios sarcófagos de estilo helenístico representan el último soplo de vida del arte fenicio en el momento en que se rendía a la abrumadora influencia de la estética griega. Ignoramos quién los mandó construir o quién los ocupó; sólo se pueden hacer conjeturas sobre ello. Datan de alrededor del año 300 antes de nuestra era y es evidente que fueron construidos para gentes muy importantes, tal vez para los dinastas o gobernadores locales que heredaron esa parte del imperio de Alejandro tras la muerte de éste. Están hechos de mármol del Pentélico (en la Grecia continental) o de Paros (una isla del mar Egeo), dos canteras famosas en la antigüedad por la alta calidad de su mármol. Pero seguramente fueron esculpidos en Sidón por artesanos fenicios. Hasta sus últimos días, los fenicios siguieron adoptando los materiales o las innovaciones artísticas –a veces ambas cosas– de los pueblos con los que se relacionaban y sirviéndose de ello en beneficio propio.

Debido a lo delicado de sus esculturas y a su enorme tamaño y peso, el sacar los sarcófagos de sus cámaras subterráneas representó una ardua tarea. Uno de ellos –conocido ahora como el Sarcófago de Alejandro, porque sus frisos muestran al rey macedonio combatiendo y cazando leones– tiene una longitud de 3,3 metros y pesa 15 toneladas. Hamdy Bey resolvió el problema de subir los sarcófagos cavando un túnel inclinado que ascendía hasta la ladera y sacándolos de uno en uno sobre rodillos. Mientras permanecía bajo tierra vigilando esta operación, miró casualmente al techo de una de las cámaras y observó que tiempo atrás los salteadores de tumbas habían practicado en él un pequeño agujero. Abriéndose paso como pudo por el agujero, se encontró en otra cámara situada al fondo de un segundo e insospechado pozo que se hallaba a unos siete metros del otro mayor. Este no era tan profundo como el otro y no se comunicaba con él. También poseía unas cámaras sepulcrales separadas. En esta ocasión, las cámaras estaban vacías, los salteadores de tumbas se lo habían llevado todo. Sin embargo, por un descuido, no habían advertido que una de las paredes estaba tapiada. Hamdy Bey ordenó que retirasen los ladrillos y descubrió otra habitación con un suelo hecho de gruesas losas cuidadosamente ajustadas. Mandó que las levantaran y halló otra capa de losas y una tercera debajo de las mismas. Al levantar esta tercera capa, encontraron una gran lápida de piedra. Al parecer alguien –quizá sus herederos– había to-



Este sarcófago, uno de los ocho magníficos ejemplares de estilo griego hallados en 1887 en Sidón, revela la versatilidad de los escultores fenicios. Es conocido como el "licio", debido a que sigue un estilo de arte funerario practicado en Licia, país del sudoeste de Anatolia: tiene una tapa exageradamente arqueada y unas escenas de cacerías de osos y leones en los lados. Su ocupante es desconocido. Data, aproximadamente, del año 400 antes de nuestra era.

mado toda suerte de precauciones con el fin de no ser turbado.

Ese alguien resultó ser un rey de Sidón. Cuando se retiró la última lámina y Hamdy Bey pudo explorar una nueva cámara a la luz de la linterna, se encontró con el rostro de basalto negro de un sarcófago antropomorfo egipcio. Una vez sacado de la tumba, se vio que tenía una larga inscripción en lengua fenicia. Y en esta inscripción, aquel alguien se identificaba a sí mismo:

"Yo, Tabnit, sacerdote de Astarté, rey de Sidón, hijo de Eshmunazar, (que también fue) sacerdote de Astarté y rey de Sidón, yazgo en este (sarcófago). Quienquiera que seas, tú que has hallado este (sarcófago), no lo abras ni turbes mi descanso, pues no encontrarás plata, ni oro, ni alhaja alguna. Sólo yo yazgo en este (sarcófago).

No lo abras, no lo abras, no turbes mi descanso, pues ello sería una abominación para con Astarté. Si lo abres y turbas mi descanso, que el dios te prive (de descendientes) entre los vivos bajo el sol y de reposo (entre los muertos)."

Esta inscripción recuerda otras que han sido tomadas de tumbas y sarcófagos fenicios. Los numerosos pillajes de tumbas fenicias evidencian que tal maldición casi nunca tuvo eficacia. Pero en este caso sí la tuvo. Cuando se abrió el sarcófago de Tabnit, se encontró en su interior al rey. Estaba tendido, casi intacto, de espaldas sobre una tabla de sicómoro y con la cabeza descansando sobre una depresión practicada en la tabla. Su cuerpo había sido atado con una cuerda a seis argollas de plata unidas a la tabla. Dos de las argollas seguían en su lugar y en el sarcófago había unos pedazos de la cuerda. Tanto el cuerpo como la tabla flotaban en un líquido aceitoso y pardusco.

Por fin se presentaba la oportunidad de conocer algo de primera mano acerca de los secretos del embalsamamiento egipcio y fenicio, pues Tabnit estaba

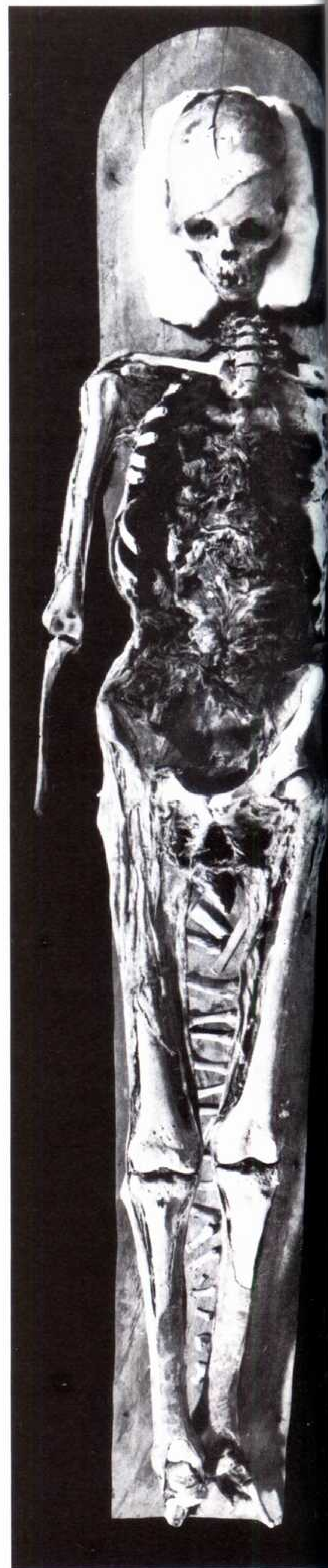
Los sarcófagos de los reyes Tabnit y Eshmunazar

Uno de los más asombrosos hallazgos arqueológicos fenicios ocurrió en 1855, al ser descubierto un sarcófago de basalto negro *(página siguiente)* sepultado en una colina próxima a Sidón. Una inscripción esculpida en el mismo en caracteres fenicios lo identificó como el féretro del rey Eshmunazar, hijo de Tabnit, rey de Sidón. Pero ¿quién era Tabnit, y dónde fue enterrado? ¿Por qué el hijo tenía un féretro tan magnífico cuando ni siquiera había señales del padre?

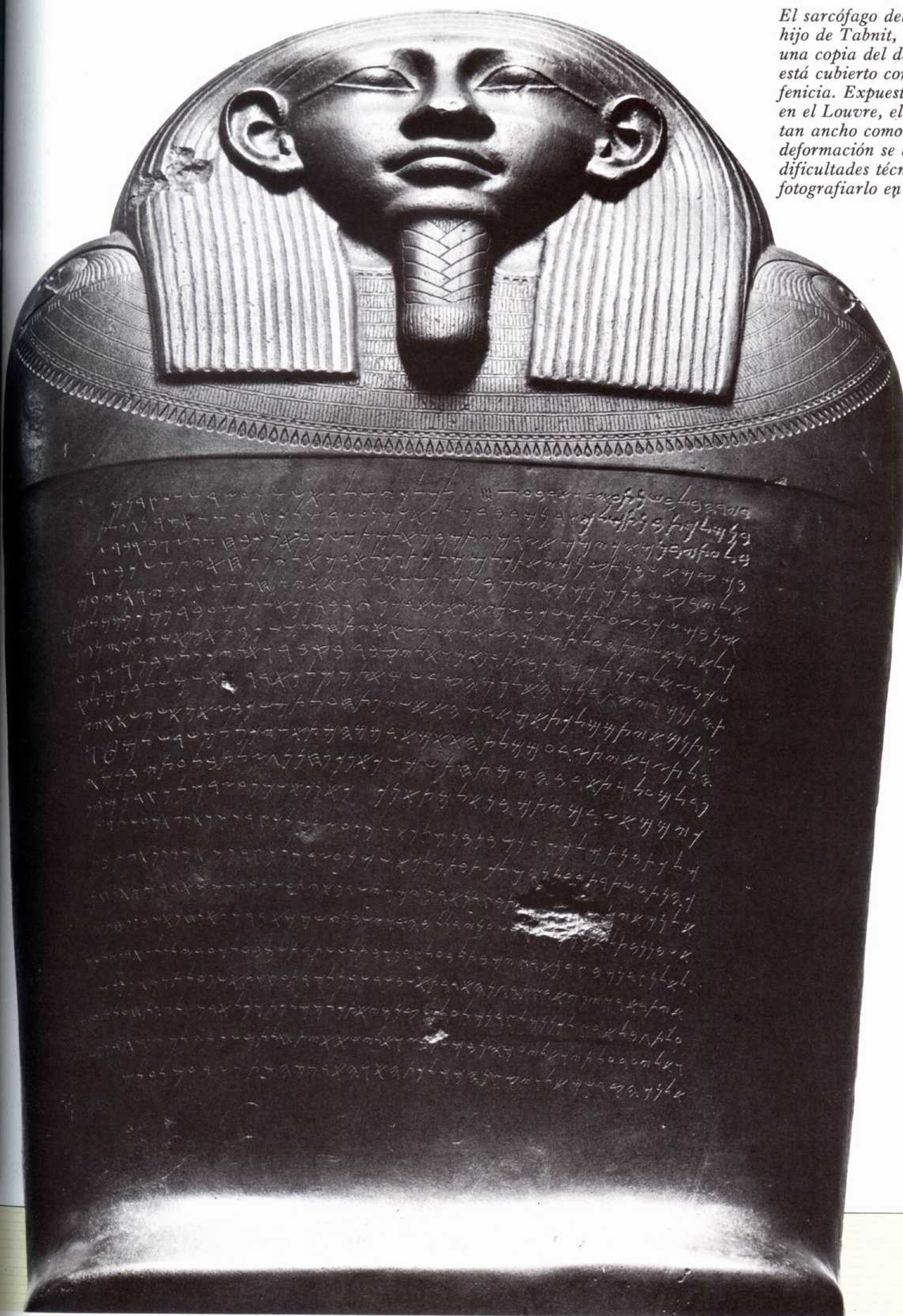
La respuesta vino 32 años más tarde. En una tumba situada a menos de dos kilómetros de distancia se halló un sarcófago semejante, en el que estaba inscrito el nombre de Tabnit. No lejos de éste había un segundo sarcófago, vacío y sin un rostro esculpido sobre él. Los especialistas creen que estaba destinado a la esposa de Tabnit.

Los expertos siguen discutiendo, sin embargo, acerca de cómo llegaron los tres sarcófagos a Sidón, especialmente en vista de que el de Tabnit era claramente de segunda mano: tenía inscrito el nombre de un general egipcio, Pen-Ptah. ¿Era Pen-Ptah un militar residente en Sidón que mandó construir los tres féretros en Egipto para él y para los miembros de su familia, estando el último sarcófago inacabado porque el propio Pen-Ptah desconocía quién lo ocuparía? ¿Fue más tarde obligado a huir de Sidón y le confiscaron sus propiedades? Lo más probable es que Tabnit viera la ocasión de aprovecharse de una ganga durante la conquista de Egipto por los persas y que enviase a un agente con el encargo de comprar los tres sarcófagos, bellamente trabajados y dispuestos para su uso, para la familia real.





El sarcófago del rey Tabnit es egipcio hasta en su más mínimo detalle, llegando a incluir el nombre de su primitivo dueño, Pen-Ptah. Cuando se abrió por primera vez en 1887, se halló en su interior la momia de Tabnit (derecha). Empapado todavía en el aceitoso y pardusco líquido embalsamador y yaciendo sobre una tabla de madera de sicómoro, la momia de Tabnit se conservaba extraordinariamente bien. Aunque actualmente se hallan deteriorados, sus restos pueden verse en el Museo Arqueológico de Estambul, donde está expuesto también el féretro.



El sarcófago del rey Esmunazar, hijo de Tabnit, es prácticamente una copia del de su padre, pero está cubierto con una inscripción fenicia. Expuesto actualmente en el Louvre, el féretro no es tan ancho como aquí aparece; la deformación se debe a las dificultades técnicas para fotografiarlo en su emplazamiento.

extraordinariamente bien conservado. Era un hombre delgado, pero de fuertes músculos; medía 1,65 metros de altura. Su piel seguía intacta, suave al tacto, y revelaba que había padecido la viruela. Tenía una nariz larga y aguileña, el mentón prominente y un cabello ondulado, de color castaño rojizo, que mostraba señales de haber sido teñido. En su pecho se había practicado una incisión para extraerle el estómago. Sus ojos también faltaban. El resto del cuerpo, a excepción de unos pedacitos de la nariz, de los labios y del pecho que habían estado expuestos al aire, se conservaba asombrosamente bien. Pero lo más sorprendente es que también los órganos presentaban un buen estado. Aquel extraño fluido aceitoso, además de cierta cantidad de arena fina sobre la que estaba parcialmente embebido el cuerpo de Tabnit, habían conseguido preservarlo.

Hamdy Bey vigiló la cuidadosa extracción del sarcófago de Tabnit sobre los rodillos y a través del túnel que había cavado; luego, se fue a almorzar. Mientras estaba ausente, miembros del equipo de trabajadores, extremando su celo, volcaron el ataúd. El fluido se vertió y no pudo recuperarse. Con él desapareció el secreto de la conservación de Tabnit.

Tabnit era hijo de Eshmunazar, rey de Sidón, como lo atestigua la inscripción de su sarcófago. Era también padre de otro Eshmunazar, enterrado en otro sarcófago de basalto negro que actualmente se encuentra en el Louvre. El sarcófago del segundo Eshmunazar tiene una larguísima inscripción que confirma su parentesco con Tabnit. Así mismo, contiene la interesante información de que su madre, la esposa de Tabnit, era también hermana de éste, una sacerdotisa de Astarté. He aquí una nueva y decisiva indicación de los estrechos vínculos existentes entre el poder sacerdotal y el poder real en Fenicia, así como de los esfuerzos por conservar ambos hasta donde era posible en manos de una sola familia.

Dos Eshmunazar y un Tabnit. Tres nombres que se agregan a la lista de los reyes sidonios, arrojando un total conocido de 18. Pero están desperdigados a lo largo de un millar de años, y ello nos demuestra una vez más los escasos conocimientos que poseemos acerca de los detalles sobre la historia de la ciudad fenicia. El sarcófago antropomórfico típico de Sidón –ese objeto de mármol con forma egipcia y rostro griego– nos ayuda a enriquecer esa historia, puesto que nunca portaba inscripción alguna. Era un sencillo bloque oblongo, de mármol, con una vaga forma corporal y una tapa amovible. Tenía una ligera prominencia en la parte de los pies, al estilo egipcio, y en algunos casos aparecían esculpidos unos pies en el extremo del sarcófago. El rostro solía estar relativamente estilizado; sin embargo, como demuestran los ejemplos en las páginas 116 y 117, lo que se pretendía era representar un retrato.

Contemplando esos rostros serenos y suaves, de mirada penetrante, podemos imaginar algo acerca de los individuos que yacen bajo los mismos. Y esa individualidad y sensación de naturalidad eran entonces mucho más fuertes que ahora, puesto que los fenicios –también siguiendo la tradición griega– pintaban esmeradamente las estatuas. En muchas de ellas persisten huellas de colorido. Especialmente una, descubierta en Sidón, tenía su pintura extraordinariamente bien preservada. El cabello es rojo oscuro, el semblante posee un pálido tono de carne y los labios son rojos. Los ojos han sido pintados con gran esmero: el iris castaño y la pupila negra; el blanco del ojo es de un azul muy pálido, en el extremo aparece una mota roja y los párpados están sombreados con pestañas individuales, minuciosamente dibujadas. Este sarcófago tenía un asombroso aspecto natural cuando fue descubierto, y era la joya entre un memorable tesoro de los 11 sarcófagos antropomorfos desenterrados en una red de dos pozos de tumbas cerca de Sidón en 1901. Aunque desde entonces se ha proseguido esporádicamente el trabajo en Sidón



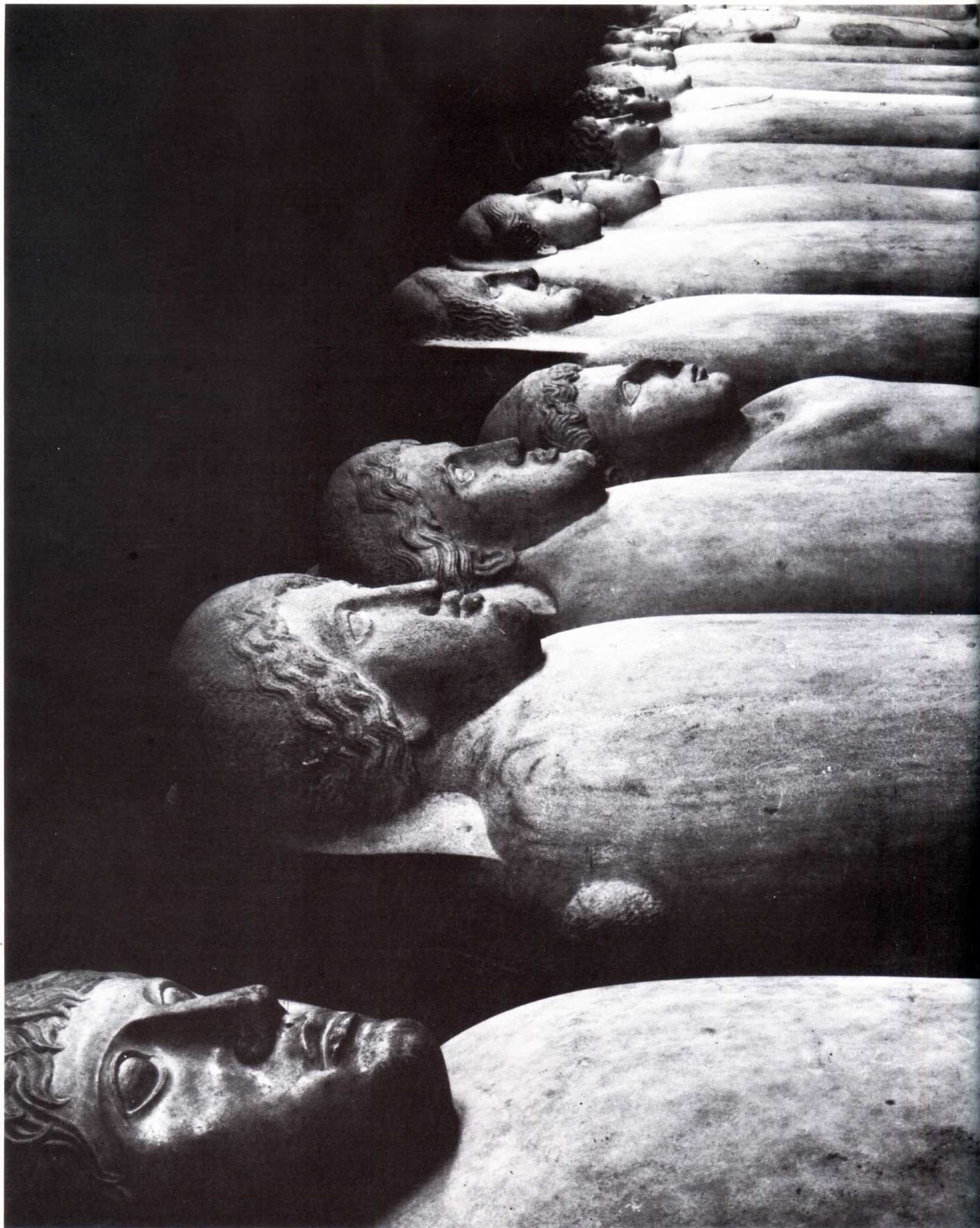
Este maxilar inferior de un hombre, descubierto en un sarcófago antropoide en Sidón, prueba la habilidad de los fenicios como dentistas. A resultas de una piorrea, se le habían aflojado los dientes delanteros; y se los sujetaron con un alambre de oro. Parece ser que el recurso resultó completamente eficaz, pues parte del alambre estaba cubierto de sarro.

y se han hallado muchos otros objetos, nada es comparable con este singular descubrimiento o con los hallazgos de Tabnit-Alejandro hechos en 1887.

Las excavaciones de Sidón revelaron un curioso dato: que los fenicios eran unos expertos dentistas. La mandíbula superior de una mujer hallada en un sarcófago tenía dos dientes de otro individuo, hábilmente sujetos a los suyos con un alambre de oro. No sabemos si este trabajo dental fue realizado con fines estéticos (los dientes nuevos eran delanteros) o para que la mujer pudiera morder. Pero en el caso de un hombre hallado en otro sarcófago, la naturaleza utilitaria del trabajo dental es obvia *(página 119)*. El hombre padecía piorrea y corría el riesgo de perder seis dientes. Estos fueron sujetados con un solo alambre de oro, entretejido con gran habilidad por entremedio y alrededor de los dientes firmes y adyacentes. Su propietario usó este aparato durante muchos años, puesto que los dientes están muy desgastados, lo que demuestra su dilatado uso.

Aunque la moda de los sarcófagos antropomorfos prosperó en el este, no llegó a implantarse en Cartago ni en otras ciudades de la Fenicia occidental. Sólo algunos ejemplos sueltos han sido hallados en estos lugares. Lo que Cartago hizo fue llevarse el modelo de pozo funerario al oeste y desarrollarlo. Algunos pozos de los cementerios de Cartago y sus alrededores tienen una profundidad de más de 30 metros y reflejan los esfuerzos que hacía la gente por impedir que sus sepulturas fueran asaltadas. En cada uno de estos gigantescos pozos hay generalmente sólo tres o cuatro cámaras para los sarcófagos, lo que indica que aquéllos no tenían por objeto acomodar grandes cantidades de cadáveres.

No está claro dónde y cuándo adoptaron los fenicios por primera vez la costumbre de la cremación –en sustitución del entierro tradicional, o inhumación–. En la costa cananea, profundamente influida por los egipcios, la costumbre funeraria más antigua



Sarcófagos antropoides procedentes del cementerio de Sidón, yacen uno junto a otro en el Museo Nacional de Beirut. Datan de los siglos V y IV antes de nuestra era. Hechos generalmente de mármol, derivan de modelos egipcios, pero sus rostros muestran la marcada influencia griega que seguía manifestándose en el arte fenicio.

era el enterramiento. La cremación parece haberse introducido durante los disturbios e invasiones del siglo XII antes de nuestra era, pues después de esta época surgen por todo el Levante ejemplos aislados de esta nueva costumbre funeraria. La práctica de la cremación seguramente fue llevada hacia el oeste, a Cartago, y parece que allí se reforzó al entrar en contacto con las costumbres norteafricanas, pues la Fenicia occidental presenta más pruebas de cremación que los cementerios de la Fenicia oriental.

Aunque es posible que los fenicios occidentales se quedaran rezagados como fabricantes de sarcófagos, se dedicaron intensamente a la fabricación de lápidas sepulcrales, o estelas. Las estelas aparecen por toda la Fenicia oriental, lo que refleja una larga tradición de erigir placas votivas o piedras conmemorativas de una u otra especie. Pero en la Fenicia occidental son enormemente abundantes. Motya por sí sola ha producido cientos de ellas; Cartago, millares. Las estelas tienen diversos tamaños y formas, pero hay un modelo típico: es la estela de arenisca o de caliza, de forma oblonga, en ocasiones con el extremo en pico, y generalmente con unos elementos decorativos toscamente esculpidos en su frente. Muchas estelas cartaginesas llevan el símbolo de su diosa Tanit: un triángulo coronado por una barra horizontal y con un círculo sobre ésta *(página 131)*. Los tres elementos juntos sugieren una figura humana vestida con un faldón. Al parecer, Tanit tenía también relación con la Luna, pues su símbolo está a menudo coronado por una Luna en cuarto creciente.

¿Quién era exactamente Tanit? ¿Cómo se introdujo en el panteón cartaginés? Estas preguntas constituyen aún un enigma. Cuando la princesa tiria Elisa huyó para fundar Cartago, se llevó consigo a una suma sacerdotisa de la diosa Astarté y 80 jóvenes doncellas. A partir de entonces, el culto de Astarté, con ciertas modificaciones locales para absorber los nombres y rasgos de los dioses griegos y romanos (lo cual hace que el panteón fenicio resulte tan confuso), persistió en una u otra manera a través de la historia de Cartago.

Es posible incluso que Tanit hubiera regresado al este y se hubiera introducido en el panteón de las ciudades orientales. En 1971 fue hallado un cargamento de figurillas de arcilla que representaban a Tanit desperdigadas en el fondo del mar a menos de dos kilómetros de la costa de Israel, cerca de la antigua ciudad fenicia de Akka. El barco que las transportaba había desaparecido. Los arqueólogos israelitas que realizaron este descubrimiento creen que la nave se dirigía rumbo al este –quizá desde Cartago, el centro del culto a Tanit– y zozobró en una tormenta poco antes de poder refugiarse en un puerto. De haberse dirigido al oeste, hacia Cartago, arguyen los arqueólogos, no se habría hundido tan próximo al punto de partida; su capitán no habría abandonado el puerto de origen al avecinarse una tormenta.

El propio Baal fue trasladado desde el este a Cartago, pero aquí adoptó el nombre de Baal Hammón, o "señor del altar perfumado", que refleja la gran cantidad de incienso ofrecido durante sus ritos. El puesto exacto que ocupaba en Cartago es confuso; en efecto, el principal dios masculino en Tiro (la ciudad madre de Cartago) era Melqart, quien también fue trasladado a Cartago, donde se le rindió culto durante muchos siglos. De hecho, en los primeros años de la historia cartaginesa, parece que una devota delegación regresaba a Tiro cada año en visita oficial con el expreso fin de presentar los respetos de Cartago a Melqart en su templo tirio.

Melqart, entonces, representa los lazos con el viejo régimen de la madre patria y es por tanto una expresión de conservadurismo político en la nueva ciudad occidental. Era el dios patrón de las viejas familias nobles de Cartago, especialmente de los Bárcidas, de quienes descendía una serie de brillantes generales: Amílcar Barca, los dos Asdrúbal, Aní-

bal y Magón. Hasta nosotros llegan débiles ecos de luchas políticas entre las distintas clases sociales de Cartago, ecos que se reflejan en las sucesivas pérdidas y aumentos de popularidad de los dioses protectores de las diversas facciones. Con el tiempo, la pareja más antigua–Melqart y Astarté– perdieron popularidad ante Baal Hammón y Tanit.

También perdieron parte de sus funciones. Tanit llegó a ocupar el sitio de Astarté como la madre tierra para los cartagineses. Se convirtió en la consorte de Baal Hammón en la trinidad fenicia de padre, madre e hijo. Según Gilbert y Colette Charles-Picard, el repentino acceso de Tanit a la supremacía se remonta a una catastrófica derrota sufrida por los cartagineses en Himera en el año 480 antes de nuestra era, cuando trataron de arrojar a los griegos de Sicilia. Este fracaso hizo que Cartago se replegara cada vez más hacia dentro, volviendo los ojos hacia cuestiones orientales y africanas. Fue en ese clima en el que Tanit se elevó a la preeminencia sobre las demás diosas. Algunos especialistas creen que los orígenes de ésta eran africanos y que su acceso a la supremacía refleja la posición geográfica de Cartago: un pequeño enclave fenicio, situado en medio de una amplia población nativa de libios, númidas y beréberes, e inevitablemente afectado por los matrimonios entre razas distintas y la influencia de las creencias locales.

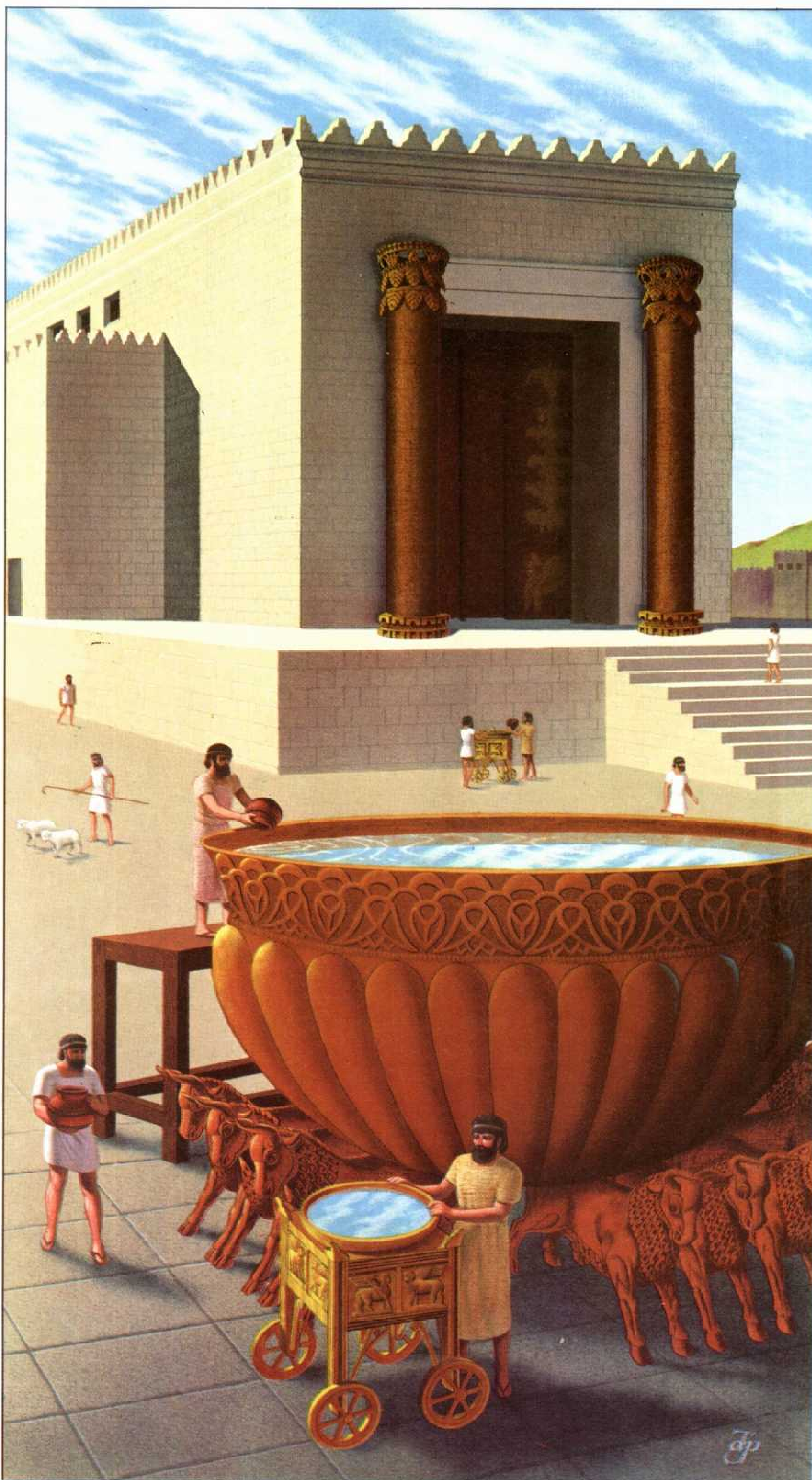
Sea como fuere, el gran número de piedras votivas dedicadas a la sagrada Tanit en Cartago desde aproximadamente el año 500 antes de nuestra era atestigua la supremacía que ésta gozó a partir de entonces. Pero también a ella le llegó su hora. Si bien los sacerdotes cartagineses estaban resueltos a conservar la pureza y características de su religión (además de su propia autoridad), las circunstancias les obligaron a ir cediendo terreno poco a poco a los dioses griegos y romanos. Estos nuevos dioses no sólo tenían una personalidad enormemente atrayente, sino que además simbolizaban una sociedad más progresiva, más flexible y más interesante, con unas formas de arte más vivas y una más inteligente política con respecto a la industria y al comercio; y en definitiva, especialmente en el caso de los dioses romanos, estaban respaldados por un importante ejército.

En el Levante, los dioses fenicios y el sistema de vida fenicio estaban siendo rápidamente devorados por los dioses y las costumbres griegas. En la época de Alejandro, Melqart se confundía ya con Heracles, como sucedía también en Cartago. Baal Hammón, el último de los crueles ídolos a quienes se sacrificaban criaturas, fue absorbido por el romano Saturno. La madre Tanit se convirtió en la madre Juno. Después de la caída de Cartago, ocurrida en el año 146 antes de nuestra era, sus sacerdotes persistieron durante algunas generaciones, prestando cada vez más atención al grupo de fieles africanos. Durante un tiempo mantuvieron viva su lengua entre los númidas, pero acabó desapareciendo. El gran dios Baal, que durante mil años había hecho oír su sonora voz en tantas ciudades, enmudeció. Su corte de sacerdotes se hundió en el anonimato. La lengua en la que él había sido adorado se redujo a un murmullo, luego al silencio.

El templo construido por el rey Salomón

Teniendo en cuenta el odio que los profetas de Israel abrigaban hacia el dios fenicio Baal y todas sus obras, resulta irónico que la mejor descripción de un templo fenicio provenga del Antiguo Testamento. David, el guerrero que unificó Israel hacia el año 1000 antes de nuestra era, no tuvo tiempo para ocuparse de levantar templos, pero su hijo Salomón estaba resuelto a erigir un magnífico santuario que honrase a su país y a su Dios. Desgraciadamente, sus gentes carecían de la destreza necesaria, por lo que Salomón hizo un contrato con el rey Hiram de Tiro para que éste le enviara un equipo de arquitectos, albañiles, carpinteros y forjadores; y éstos, como era de prever, siguieron un estilo muy extendido en aquella zona.

El templo consistía en una estrecha caja de piedra con muros de un espesor de más de 3 metros. La Biblia nos da sus dimensiones en codos; ello hace que los especialistas tengan dificultad en descifrarlas, puesto que existían dos patrones distintos: el codo común (unos 44 centímetros) y el codo real (unos 53 centímetros). Los expertos están ya de acuerdo en que se empleó el codo real. Sobre esta base, el templo del rey Salomón tenía aproximadamente las siguientes dimensiones interiores: 41 metros de largo, 10 de ancho y 15 de alto.



Diez gradas daban acceso al templo de Salomón, de recios muros, construido a base de bloques de piedra que los fenicios colocaban sin cemento. Dos columnas de bronce, llamadas Yakin y Bóaz, flanqueaban la entrada. Enfrente estaba el famoso "mar de metal", un gran recipiente de bronce con el agua para las abluciones; pesaba unas 30 toneladas y estaba sostenido por 12 toros fundidos en bronce, símbolos de El, el dios de los fenicios.

El interior: una ilustración sacada de la Biblia

Un templo fenicio constaba de tres partes: una antecámara, una gran sala y, finalmente, un sanctasanctórum secreto. Esta disposición básica convenía admirablemente a Salomón, puesto que los rituales hebreos y fenicios tenían mucho en común; se diferenciaban principalmente en la insistencia de los hebreos en adorar a un solo Dios, que los había redimido de la esclavitud en Egipto y les había dado un hogar en Canaán.

La reconstrucción que aparece en estas páginas, basada también en la Biblia, tiene la pequeña antecámara, o *Ulam,* a la izquierda. Las actividades del Templo se desarrollaban en la gran sala, o *Hekal.* Dos veces al día –a primeras horas de la mañana y al anochecer– se celebraban sacrificios: en el exterior se ofrendaban animales y en el interior se quemaba incienso. Los 10 trípodes son una especie de candelabros, cuyas lámparas están siendo encendidas por los sacerdotes auxiliares. Un sumo sacerdote prende el incienso sobre el altar existente frente a la escalinata que conduce al *Debir,* o sanctasanctórum *(en la doble página siguiente).* En el centro de la sala hay una mesa baja con 12 pequeñas hogazas de pan, una por cada tribu de Israel. Los muros del *Hekal* están revestidos de madera de cedro, decorados con esfinges aladas fenicias y dibujos de lotos.

Este soberbio salón, el aroma de cedro e incienso, las paredes ricamente decoradas y débilmente iluminadas por las altas ventanas, todo ello contribuía al misterio y a la belleza del servicio llevado a cabo en el templo. La devoción era realzada por la sensación de la cercana presencia de Dios: salvando las escaleras y tras las puertas del sanctasanctórum.



Con su techo artesonado, su suelo entarimado y sus paredes decoradas, el templo de Salomón



cumplía su objetivo: deslumbrar al mundo. Fue terminado cerca del año 950 a. J.C. y derribado por los babilonios el 586 a. J.C.

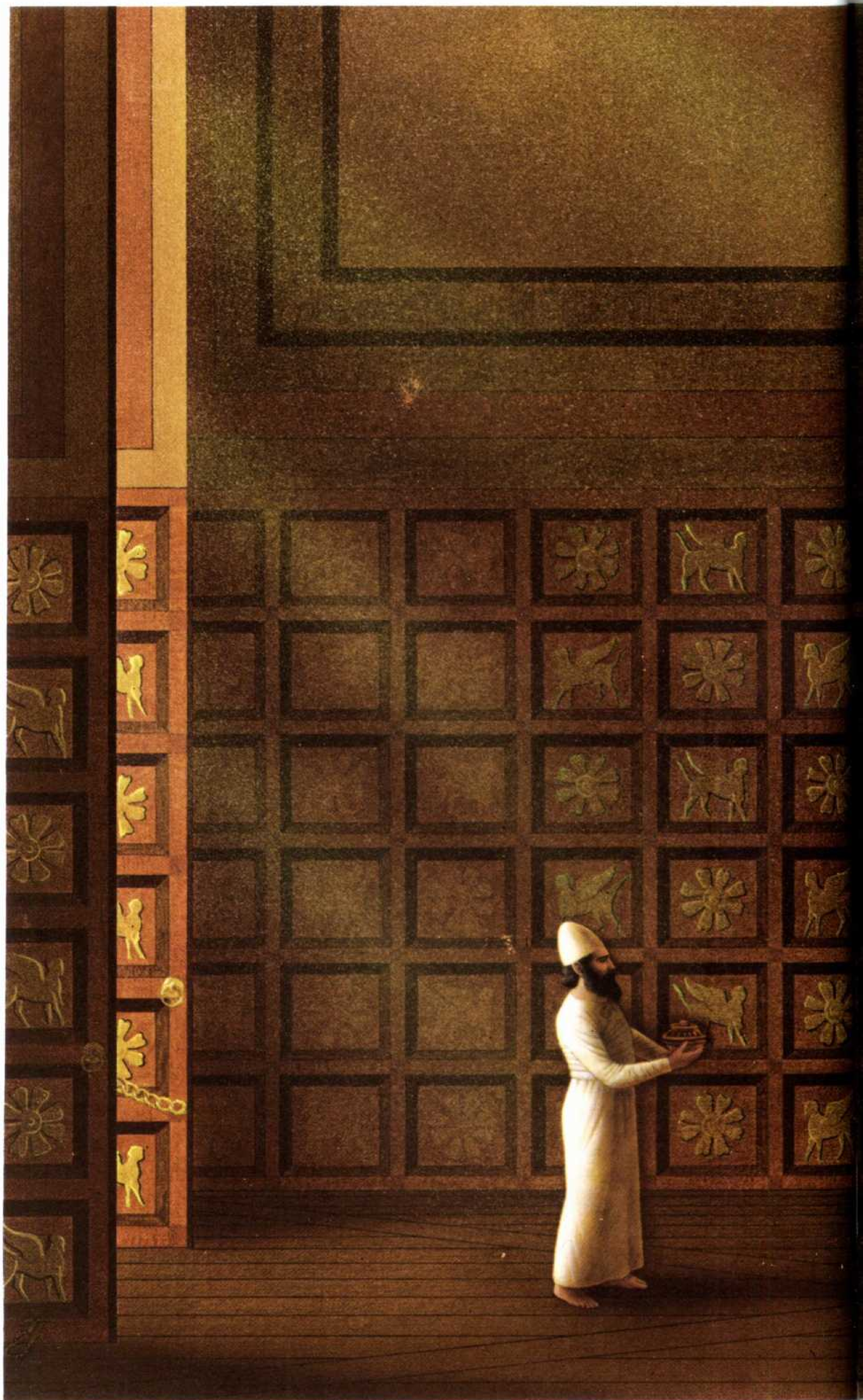
El sanctasanctórum: un trono para la presencia de Dios

El sanctasanctórum o *Debir* era un cubo desprovisto de ventanas y oscuro, también revestido de cedro, pero decorado más sencillamente que el suntuoso *Hekal*. Nadie podía penetrar en él excepto el sumo sacerdote, y éste lo hacía únicamente una vez al año, en el *Kippur* o Día de la Expiación, cuando ofrecía unos sacrificios especiales a Dios suplicándole que purificara a su pueblo de sus pecados.

Esta reconstrucción está basada en una segunda diferencia notable entre la religión fenicia y la hebrea: los hebreos no creían en ídolos. Pensaban que Dios estaba realmente presente en esta habitación sagrada, pero no tenían en ella ninguna estatua o imagen suya. Sólo había un pequeño cofre que guardaba las tablas de piedra de Moisés, en las que estaban inscritos los diez mandamientos. Este pequeño cofre, considerado el trono de Dios, era conocido como el Arca de la Alianza, porque representaba el pacto entre Dios y los hebreos según el cual éstos le adorarían sólo a El.

Custodiando el Arca de la Alianza había dos grandes esfinges, cuyas desplegadas alas rozaban las paredes y se unían en la parte superior. Hechas de madera de olivo, alcanzaban una altura de más de 5 metros y estaban recubiertas de oro. La Biblia alude a ellas llamándolas "querubines".

Lo único que se conoce acerca del sanctasanctórum de los templos fenicios es que la sala contenía la imagen que los fenicios reverenciaban. Era allí probablemente donde se veneraba el *betilo*, o piedra sagrada. Pero sigue siendo un misterio qué fenicios tenían acceso a esta importante sala.

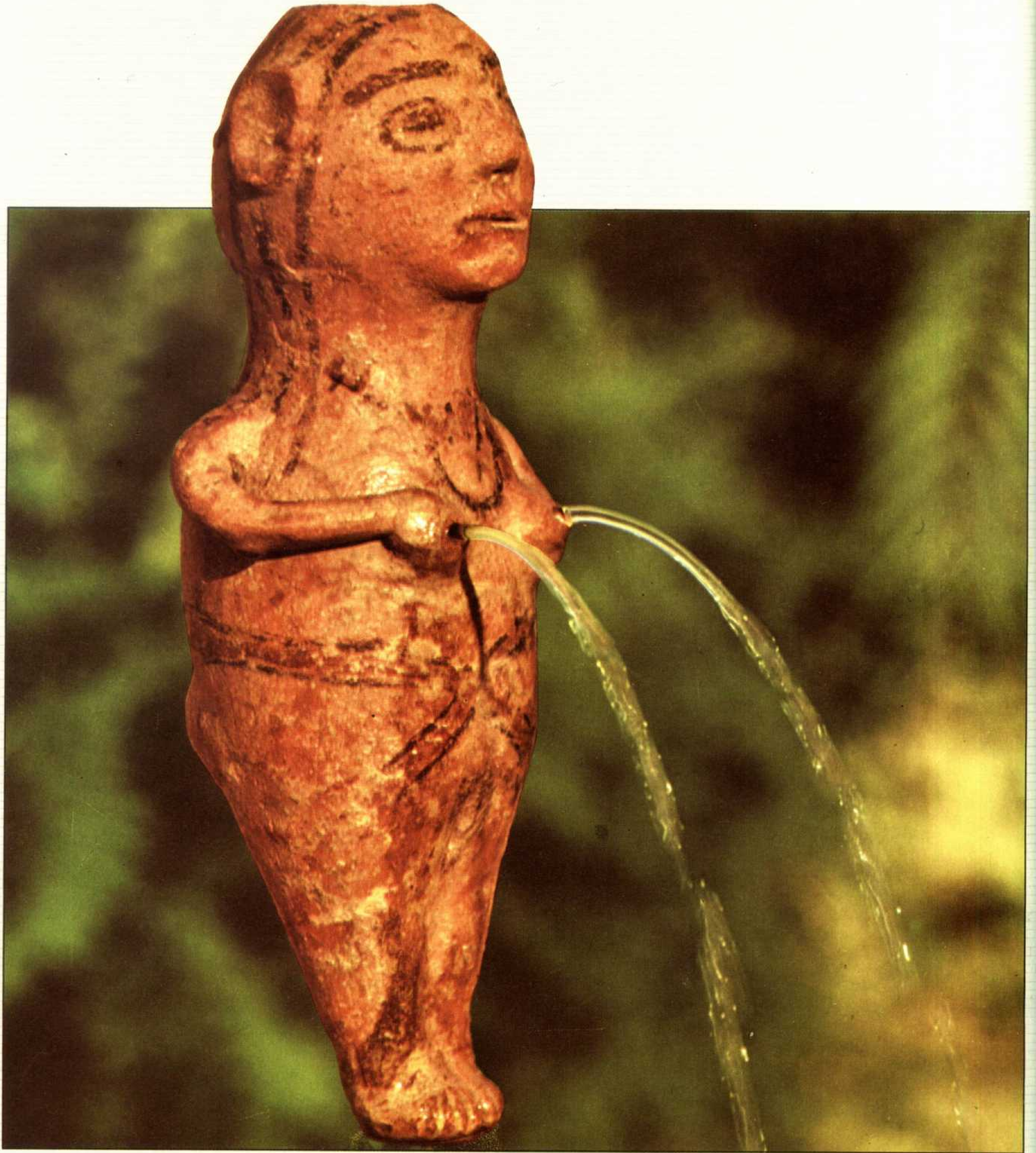


Las puertas del sanctasanctórum –hechas de madera de olivo y con incrustaciones de oro– se abrían



una vez al año. El motivo de la esfinge alada, que se repite en las paredes y Arca, fue introducido por los fenicios, quienes lo copiaron de los egipcios.

Capítulo sexto: Auge y caída de Cartago



La historia de la Fenicia occidental es realmente la historia de Cartago. Muy poco se sabe acerca de las ciudades y factorías que los fenicios desperdigaron por el Mediterráneo. Pero Cartago es diferente. Sus orígenes, aunque envueltos en el mito, están respaldados por gran cantidad de datos. Su sociedad, aunque separada por siglos de división y diferente de la existente en la Fenicia oriental, puede columbrarse. Su historia, aunque repleta de lagunas, puede ser reconstruida. Porque Cartago se hizo tan grande y poderosa que obsesionaba a sus rivales, los griegos y los romanos, quienes escribieron sobre ella y acabaron odiándola como sólo los más encarnizados rivales pueden odiar.

Según la leyenda, Cartago fue fundada en el año 814 antes de nuestra era, a raíz de una pugna por el trono de Tiro entre el rey Pigmalión y su hermana Elisa. Elisa estaba casada con el sumo sacerdote Acerbas, quien no sólo era uno de los hombres más ricos de Tiro, sino también tío suyo. He aquí, una vez más, el persistente indicio del entramado de poder secular y poder sacerdotal –ambos sostenidos por el dinero– que servía de armazón al edificio de la sociedad fenicia.

No sabemos si Acerbas, apoyado por una facción de aristócratas, era ambicioso de por sí o si era su ambiciosa mujer quien le hostigaba. El caso es que el rey Pigmalión hizo asesinar a Acerbas. Luego, procedió a recuperar lo que pudo de la fortuna de Acerbas. Felizmente para Elisa, quien temía ahora por su propia vida, la fortuna de su esposo había sido embargada. Esta circunstancia le dio el tiempo necesario –bajo el pretexto de hacerse con ella y entregársela a su hermano– de habilitar secretamente una flota, cargar la fortuna a bordo de los barcos, reunir un cuadro de atemorizados aristócratas que la apoyaban y huir a Chipre. Allí Elisa escogió a otro sumo sacerdote, éste consagrado a Astarté. Reclutó –de buen grado o por fuerza– a 80 doncellas que, prosigue diciendo la leyenda, habían de servir como prostitutas religiosas en un templo que ella erigiría a Astarté. Con estos refuerzos, partió para Cartago.

Esta figurilla de terracota, que mide 20 centímetros de alto y representa a una diosa de la fertilidad, fue desenterrada en la isla de Motya en 1971. Hueca en su interior, tiene un orificio en cada seno y una abertura en la cabeza, por donde se llenaba con un líquido antes de celebrarse un rito. Durante la ceremonia el líquido parecía manar prodigiosamente, una vez que la cera que obstruía los senos había sido discretamente derretida.

Después de elegir un promontorio bastante bien protegido, Elisa procedió a negociar su adquisición con los componentes de la tribu local libia. Hay una bonita historia relacionada con esto. Los miembros de la tribu acordaron cederle únicamente el terreno que ella pudiera cubrir con una piel de buey. Pero Elisa tuvo entonces una ingeniosa idea: cortar la piel en finísimas tiras, y así consiguió rodear una considerable zona sobre la colina y sus alrededores. Esta zona llegaría a ser el fuerte de la ciudad y fue llamada Byrsa.

¿Cómo debemos interpretar esta historia? En primer lugar, se trata de una leyenda contada por los griegos, quienes consideraban a los fenicios unos mercaderes astutos y taimados: tal argucia sería muy propia de Elisa. Por otra parte, es una argucia que pudieron idear los griegos, y hay en ella cierto eco de admiración. El principal héroe griego, Ulises, era un tramposo que se apoyaba más en ardides y mentiras que en la fuerza. Por fin, recordemos el hecho de que *byrsa* significa en griego "piel", "pellejo". ¿Explica eso el que la ciudadela cartaginesa se llamara Byrsa? ¿O es, más bien, un posterior intento de explicar una simple coincidencia mediante una curiosa historia? Donald Harden señala que *byrsa* también pudo ser una versión griega de la palabra semítica que significaba "fortaleza". La propia palabra "Car-

tago" proviene de dos voces fenicias: *qart* ("ciudad") y *hadasht* ("nuevo").

En cualquier caso, sin duda las cosas fueron muy difíciles para Elisa y su pequeña banda de nobles, establecidos en un país extraño y posiblemente rodeados por gentes hostiles. Nada se sabe de ellos durante casi cien años, salvo dos historias más, ambas escritas tiempo después por los romanos.

La primera historia nos la cuenta Virgilio en la *Eneida*. En este poema épico, Elisa, bajo el nombre de Dido, aparece como una hermosa y sensual reina que habita ociosa en un opulento palacio con su joven amante, un refugiado de Troya llamado Eneas. Pero Eneas se cansó de ella y la abandonó, por lo que Dido se dio muerte. La versión de Virgilio es puro mito; la caída de Troya tuvo lugar unos 400 años antes de la fundación de Cartago. Además, Dido no poseía ningún bello palacio donde vivir ociosa. Probablemente los primeros cartagineses pasaron unos años de gran pobreza y dependían totalmente de sus contactos con Tiro.

Sin embargo, como veremos, la vida cartaginesa será conmovida repetidas veces por varios suicidios. No es extraño al personaje de Elisa el que se matara, y el historiador romano Justino, que escribe varios siglos después de ocurrido el hecho, nos da un motivo más contundente para que la joven se quitara la vida. Según Justino, cuando Cartago era todavía joven y débil, un rudo y detestable cacique vecino exigió a los ancianos de la ciudad que le entregaran a la bella Elisa como esposa. En caso contrario destruiría la pequeña colonia que se esforzaba por sobrevivir. Esto colocó a los ancianos en un difícil compromiso: seguros de que ella se negaría, estaban temerosos de transmitir directamente tal demanda a su imperiosa reina e igualmente temerosos de transmitir su negativa al cacique. Por fin decidieron informarla mediante lo que Justino denominó "artimaña cartaginesa": comunicaron a la reina que les habían pedido a ellos que fuesen a vivir con la tribu vecina al objeto de civilizar a sus miembros, pero que temían hacerlo debido a los peligros y a la miseria de la vida tribal. Como habían previsto, Elisa les reprochó que no estuvieran dispuestos a sacrificarse por el bienestar de la ciudad. Así que hubo hablado, los ancianos le revelaron la verdadera demanda del príncipe vecino, y la reina se vio atrapada en el ejemplo que ella misma había tratado de imponer a los ancianos. Así pues, durante tres meses estuvo preparando una gran pira funeraria. En el día señalado, sacrificó a varios individuos (Justino no dice quiénes eran), luego se encaramó a la pira y se apuñaló.

¿Vivió realmente Elisa-Dido? ¿Fundó ella Cartago y, de ser así, cuándo lo hizo? De su existencia no puede haber duda alguna; se sabe que fue la hermana del rey Pigmalión, y todos los historiadores clásicos convienen en que la hermana de Pigmalión fue la fundadora de Cartago. El que Elisa fundara la ciudad a consecuencia de su huida o que la nueva colonia fuera un paso deliberado en un plan tirio para disponer de una base en occidente, lejos del alcance de sus perseguidores asirios, es otra cuestión. Con el Mediterráneo occidental adquiriendo cada vez más importancia y el comercio del metal empezando a prosperar, a Tiro le habría beneficiado mucho tener una firme base situada en la ruta comercial, a medio camino de España.

Respecto a cuándo sucedió esto, la propia identidad de Elisa nos proporciona la clave. Elisa era sobrina-nieta de la famosa Jezabel de la Biblia, una princesa fenicia. Puesto que Jezabel vivió hacia el año 850 antes de nuestra era, Elisa debió de ser una mujer madura unos 40 años más tarde, capacitada para llevar a cabo la ardua tarea de establecer una colonia en Cartago. Así pues, la fecha tradicional de la fundación de esta ciudad –el año 814– es aproximadamente correcta. No obstante, ello no encaja con el difícil problema de datar la cerámica fenicia.



El símbolo de Tanit –la diosa que alcanzó supremacía en Cartago– consistía en un triángulo coronado por una barra transversal y un círculo; estos tres elementos componían una figurilla vestida con un faldón, tal y como puede verse en numerosos obeliscos votivos. El delfín es un símbolo de fertilidad.

Como ya hemos indicado, la investigación arqueológica de Cartago no ha proporcionado nada que pueda datarse antes del año 735 antes de nuestra era, aproximadamente; por ello seguimos con el problema de resolver ese intervalo de casi 80 años. El trabajo realizado por James Pritchard en Sarepta puede servir de ayuda en este caso. El datar objetos de casi 3.000 años por medio del carbono no es un procedimiento lo bastante refinado para situarlos con precisión. Es inevitable un error de 50 a 100 años. Pritchard cree, sin embargo, que la inmensa cantidad de fragmentos de cerámica que él ha hallado en Sarepta quizá pueda darnos una fecha exacta. La secuencia de estilos y formas establecida por Pritchard es tan extensa y precisa que, en cuanto haya descubierto un "objeto crucial" acorde con su cerámica –por ejemplo, una inscripción egipcia que contenga el nombre de un rey cuyas fechas se conozcan–, sabrá qué edad tienen las piezas de cerámica de Sarepta. Los artículos egipcios eran empleados por los fenicios como mercancías, y posiblemente estuvieran almacenados cerca de los hornos hallados por Pritchard. Puesto que los egipcios eran aficionados a grabar nombres e historias de familia en prácticamente todo lo que fabricaban, Pritchard cree que sólo es cuestión de tiempo el descubrir la prueba que necesita.

Una vez haya conseguido esto, podrá dedicarse a resolver otro enigma: el problema de la barbotina, sistema de decoración de la cerámica basado en el empleo de una pasta aguada rojiza. Esta pasta aguada rojiza era un barniz que se usaba para el acabado de la cerámica y fue muy utilizado en Sarepta desde fecha temprana. Era el sistema que tenían los fenicios para proporcionar una superficie no porosa al interior de las vasijas; consistía en darle un baño de una mezcla aguada de arcilla rojiza muy fina y emplear luego un pequeño instrumento o un guijarro para suavizar ese material en la superficie de la vasija mientras ésta giraba sobre el torno del alfarero.

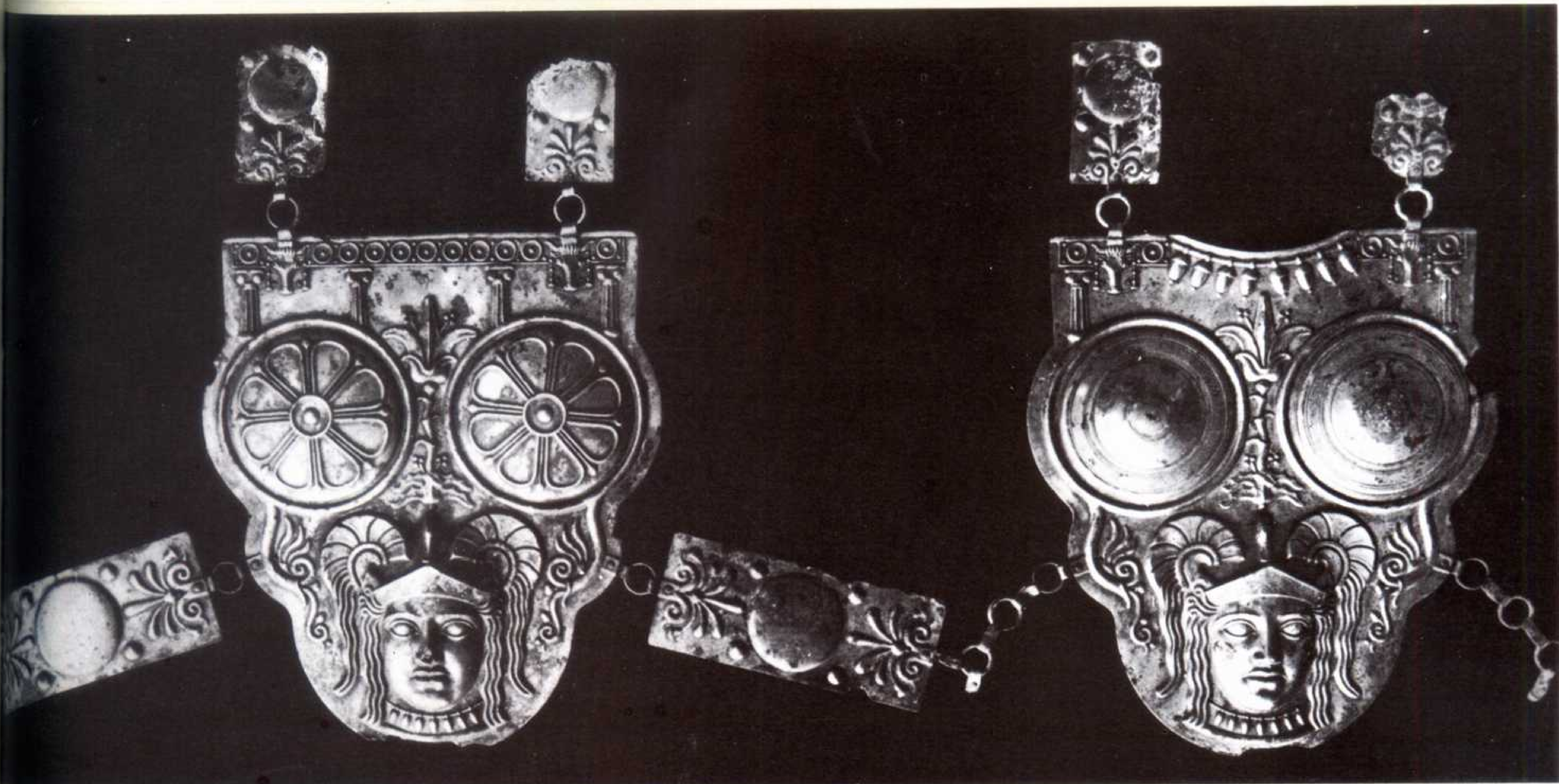
Esta armadura púnica en bronce, compuesta por un peto y un espaldar, provista de tirantes y de un cinturón para sujetar ambas piezas, fue hallada en una tumba del siglo III antes de nuestra era, cerca de Cartago. El diseño es italiano, lo que sugiere que servía en el ejército de Aníbal.

Una vez que esta pasta recubría y hacía estanca la superficie de arcilla cruda, la vasija era cocida en un horno, del que salía con un interior bruñido inconfundible. Aunque ya se fabricaban vasijas no porosas mucho antes de que los fenicios entraran en escena, al parecer la singular pasta aguada rojiza fue inventada por ellos. Así pues, el problema está en saber dónde y cuándo tuvo sus comienzos la pasta aguada rojiza de los fenicios. Esta aparece en grandes cantidades en Cartago y en otros sitios arqueológicos occidentales. Se supone que fue exportada al occidente desde la Fenicia oriental. De resultar ello cierto, si la fecha de su primer uso en el este resulta ser antigua y si –finalmente– se descubren en Sarepta vasijas más antiguas fabricadas con esta pasta aguada rojiza semejantes a las halladas en Cartago, el problema estaría resuelto: los expertos podrían acordar con alivio que Cartago es (basándose en pruebas arqueológicas, y no en las discutibles pruebas literarias en las que hasta ahora han venido apoyándose) tan antigua como afirma la tradición.

A partir de su humilde comienzo, Cartago se desarrolló rápidamente hasta convertirse en el más fuerte y rico de los numerosos enclaves fenicios en el oeste. En sus guerras –al principio contra los griegos y más tarde contra los romanos– coligó a sus vecinos africanos, dirigió las campañas, mantuvo una amplia flota de guerra y llevó su propia política comercial. Los sueños que pudieron alimentar otras poblaciones fenicias occidentales de un destino comercial independiente –tal como el que gozaban las ciudades madre en el este– fueron aplastados por la política imperialista de Cartago, gobernada por una sucesión de generales ávidos de poder. En un principio, Cartago ofrecía a las otras poblaciones y factorías fenicias un frente antigriego, y bajo ese estandarte casi llegaron a crear un imperio solidificado.

Sus logros fueron grandes, aunque no siempre saludables. Los cartagineses tenían dos problemas que no se plantearon a sus parientes orientales, pero también tenían nuevas oportunidades para experimentar en materia de gobierno y desarrollar nuevos tipos de lazos comerciales con sus vecinos. La historia de los cartagineses fue en general violenta, su religión sombría y cruel, su gobierno autocrático. No confiaban en sus dirigentes y mataron a muchos que les fallaron. Su arte no descollaba. Con todo, durante más de 500 años constituyeron una fuerza con la que había que contar en el Mediterráneo. En ciertos momentos llegaron a controlar una amplia zona del mundo entonces civilizado. En efecto, ocasionalmente fueron el único elemento civilizador de aquel mundo.

Los dos problemas especiales con los que Cartago se enfrentó durante varios siglos fueron los griegos y los aborígenes africanos. Los primeros eran idénticos a los cartagineses en adaptabilidad, energía, inteligencia y destreza en la lucha. Ambos pueblos llegaron a ser encarnizados rivales en el comercio y sostuvieron largas e inconclusivas guerras. Los africanos planteaban otro tipo de problema. Formaban una nutrida población en torno a Cartago, y durante los primeros días de la ciudad tuvieron suficiente fuerza para exigir un tributo anual por la tierra que el pueblo de Elisa ocupaba. Pero a medida que Cartago creció en fuerza, fue también extendiéndose hacia el interior, ocupando los terrenos de cultivo circundantes. Era una tierra sumamente fértil, y las familias aristocráticas adquirieron grandes posesiones, que cultivaban intensivamente. Con el tiempo dejaron de pagar el tributo libio. Los indígenas fueron arrojados de sus tierras y empleados como obreros del campo, o bien permanecieron en ellas como pequeños agricultores pagando onerosos impuestos. No disfrutaban del derecho de ciudadanía de Cartago, eran menospreciados y seguramente muy mal tratados. Los africanos se convirtieron en un elemento no fiable de la sociedad cartaginesa. Al ser mucho más numerosos que los cartagineses, representaban



una constante amenaza y en varias ocasiones llegaron a sublevarse.

La sublevación más célebre se produjo cuando Cartago acababa de perder la primera de sus tres encarnizadas guerras contra los romanos y debía satisfacer una abrumadora indemnización que le impedía pagar a sus tropas mercenarias: antiguos esclavos, griegos renegados, sicilianos desposeídos, gente de mala ralea reclutada en España; es decir, la escoria del Mediterráneo. En el año 241 antes de nuestra era, los mercenarios se rebelaron y consiguieron instigar el alzamiento de la población libia. A ello siguieron tres años y medio de caóticas luchas guerrilleras, marcadas por terribles atrocidades perpetradas por ambos bandos. Por fin fue sofocada la revuelta, pero dejó a Cartago tan debilitada que no pudo resistir las presiones de los romanos para que les cediera sus posesiones en Cerdeña.

Pero todo esto ocurrió mucho más adelante. Los primeros enemigos de los cartagineses fueron los griegos, quienes empezaron a introducirse en Sicilia sólo unos 80 años después de la fundación de Cartago. Un grupo de griegos llegó de Calcis el año 735. Otro vino de Corinto en el año 734, un tercero de Mégara en el 728. Al cabo de 50 años había colonias griegas por toda la Sicilia oriental y central, cada una independiente de las demás y también de la Grecia continental. Poco se sabe acerca de las relaciones entre los griegos y los cartagineses durante este primer período. Pero a medida que se extendían las colonias griegas, Cartago pronto resolvió contener esta expansión. Empezó fundando una colonia en Motya, frente al extremo occidental de Sicilia, y convirtiéndola luego en una población amurallada. Más adelante Cartago se alió con los etruscos, pueblo que formaba un poderoso reino en la Italia central. Con la ayuda de éstos, Cartago pudo establecer su presencia en Córcega y adquirir control sobre unas cuantas colonias costeras en la isla de Cerdeña. Poco a poco, los cartagineses –apoyados por su alianza con los etruscos– pudieron ejercer una creciente influencia sobre Cerdeña y Córcega. Esto significaba que las rutas que iban hacia el oeste hasta España, tanto por el norte como por el sur de Sicilia, estaban en manos cartaginesas. Los griegos fueron excluidos de la riqueza que el comercio con España proporcionaba, mientras que los cartagineses podían ahora dedicarse al monopolio del metal en España.

Esto lo hicieron intensivamente y se enriquecieron, pero de un modo malsano. Cartago trataba esta

fuente de plata y estaño como los conquistadores españoles tratarían, un par de milenios más tarde, la fuente de oro que les había brotado en el Nuevo Mundo. Ambos consideraban sus descubrimientos como simples minas, como manantiales de tesoros que se adquirían barato y se vendían caro, para financiar al ejército y enriquecer a la aristocracia.

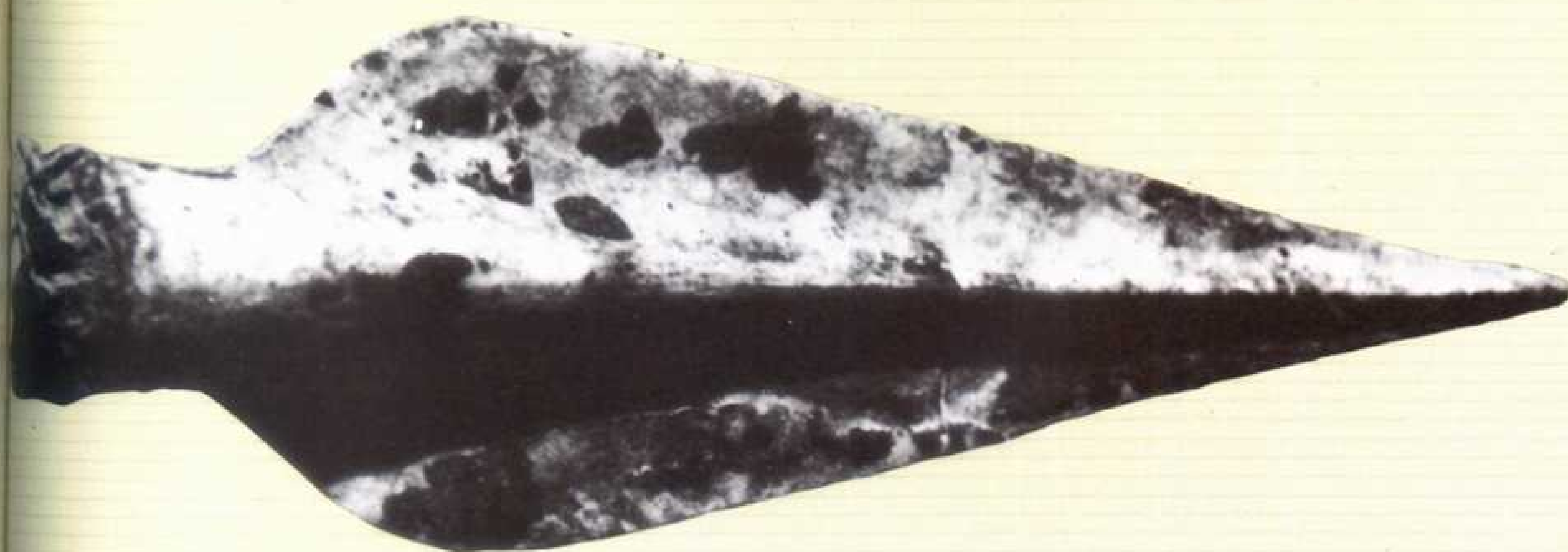
De esta forma, Cartago, al principio, apenas hizo otra cosa con su riqueza que enriquecer a la nobleza y financiar las guerras que los dirigentes insistían en entablar como parte de su política mercantil. Cartago, más que fabricar y tratar con toda suerte de finas mercancías (como su ciudad madre, Tiro), trataba a granel con metales, marfil y otras materias primas. Estas, a través del comercio, acabaron cayendo en manos de sus competidores, que con frecuencia las utilizaban de modo más creativo. Dondequiera que hubiese mercancías griegas o egipcias junto a las de Cartago, las primeras hacían sombra a estas últimas. Así pues, Cartago debía controlar sus mercados no mediante la calidad de sus productos, sino por la fuerza: mediante su capacidad para impedir la competencia. Sus clientes, no pudiendo obtener nada mejor, tenían que aceptar los artículos de baja calidad que Cartago vendía. La economía cartaginesa dependía de un enorme volumen más que de la calidad, e inundó el oeste con su producción.

Es fácil culpar a Cartago por su aventura imperialista, pero tales juicios son absurdos. Las personas hacen lo que pueden dentro de los límites de su propia experiencia, de su propia cultura y en respuesta a determinadas presiones externas. Los cartagineses heredaron un modo de vida autoritario y aristocrático, dominado por una rígida religión. Dado que estaban expuestos a las presiones griegas, los cartagineses procedieron a contenerlas sirviéndose del sistema de gobierno que les era tradicional.

No conocemos a los primeros jefes de Cartago. Existen referencias a un rey llamado Malco, pero probablemente ese nombre procede de una vieja palabra semítica que significa "rey" o "señor" y acaso se refiera a un título y no a un solo hombre. El primer líder cartaginés que la historia reconoce por su nombre es el "rey" Magón. En realidad, Magón fue un general, cabeza de una familia de aristócratas muy poderosa y acaudalada. Obtuvo varias victorias contra los griegos en Sicilia, y hacia el año 550 antes de nuestra era estableció una dinastía de jefes militares –los magónidas– que por espacio de unos 150 años dirigieron los asuntos militares de Cartago. Magón pudo haber sido o no la verdadera cabeza del Estado cartaginés. Según la mayoría de las fuentes, los generales eran elegidos, y al parecer tenían que rendir cuentas ante un consejo cuyos miembros se reclutaban entre un pequeño grupo de familias nobles. Tal consejo establecía la política mercantil y más o menos regía las cuestiones del país a gusto propio. Es dudoso que Cartago tuviera alguna vez una sucesión de reyes. Parece que los centros de poder los constituían las familias, las cuales pugnaban entre sí encarnizadamente.

Es con ese telón de fondo como apareció el líder Magón. De él se dice que propugnó una agresiva política exterior en Cartago: amplió la flota de guerra, estableció, una alianza militar con los etruscos y creó el primer ejército mercenario cartaginés. Los mercenarios eran una necesidad, puesto que los escasos cartagineses íntegros no pasaban de componer la clase de oficiales. Pero los mercenarios costaban mucho dinero, al igual que el mantenimiento de una flota adecuada. El dinero era en gran parte suministrado por el comercio del metal, que la nueva fuerza militar protegía.

La nueva política, junto con la separación de la colonia respecto a Tiro, apartó inevitablemente a Cartago de la tradicional postura fenicia de comerciante pacífico y la llevó al papel de inflexible imperialista. Si Cartago había de ser el policía del impe-



El original de esta punta de lanza de hierro, procedente del naufragio de Isola Lunga (página 35), se oxidó hace mucho tiempo; sin embargo, su forma pudo ser reconstruida. Los depósitos marinos habían formado una costra que recubría todo el metal; éste acabó desintegrándose y en su lugar dejó una cavidad. El hueco fue llenado con yeso y se obtuvo el duplicado que aparece aquí.

rio comercial de occidente, a Cartago se le habría de pagar por ese servicio. A medida que las otras colonias fenicias del Mediterráneo occidental caían bajo el dominio cartaginés, se encontraron con que habían de renunciar a una participación directa en el comercio del metal; no tenían voz ni voto para decidir dónde y cuándo habían de librarse las batallas, pero tenían que ayudar a librarlas y a financiarlas.

Hubo muchas guerras. Al principio las campañas solían ser victoriosas y realzaron el prestigio de los magónidas, quienes, según los historiadores franceses Colette y Gilbert Charles-Picard, "lograron rodear su poder de una aureola mística estimulando el nacionalismo y el fanatismo religioso". Tal mística requería que los propios generales se comportasen como modelos de la severa religión púnica, y así lo hicieron. Sabemos que al menos dos de ellos se suicidaron en el campo de batalla cuando comprendieron que su bando había perdido. He aquí otro aspecto de esa sanguinaria tradición de sacrificios expiatorios, que exigía la matanza de criaturas para borrar los pecados o los fracasos nacionales.

El liderazgo de los magónidas, además de ser duradero, tenía otra ventaja: hablaban en nombre de toda la Fenicia occidental, no sólo de una ciudad. Esos dos factores permitieron a Cartago el lujo de sostener una política exterior coherente, si no siempre inteligente; era algo que los griegos no lograron nunca antes de Alejandro Magno. Los peores enemigos de los griegos fueron siempre otros griegos. Fue la crónica incapacidad de las ciudades griegas para entenderse mutuamente –sobre todo en Sicilia– lo que llevó a la batalla entre el magónida Amílcar y Gelón el griego: Terrilos, también griego, era aliado de los cartagineses; cuando Gelón se hizo demasiado agresivo y afortunado en sus empresas, Terrilos acudió a Amílcar, su aliado cartaginés, para que le ayudara a derrotar a Gelón. La batalla se libró en Himera, el año 480 antes de nuestra era.

Casualmente, esta batalla tuvo lugar por la misma época en que los persas –con ayuda de las escuadras de la Fenicia oriental– invadían la Grecia continental. Aunque las historias tradicionales indican que Cartago estaba informada de la invasión persa, apenas existe motivo para creer que ello influyera en los cartagineses. Más probable es el deseo cartaginés de evitar que una colonia griega adquiriese un poder excesivo sobre Sicilia. Sea cual fuere el caso, Cartago acudió en ayuda de Terrilos y fue aplastada en Himera, población griega cercana a Palermo. Tras la derrota, el general cartaginés Amílcar sólo tenía un recurso, al cual acudió: se quitó la vida. Los supervivientes regresaron a casa en sus desmantelados buques de guerra. El poder de los magónidas estaba corroído.

Según los Charles-Picard, unos grupos de aristócratas rivales tomaron el mando de la ciudad y la gobernaron a través de una corte de magistrados. Estos nuevos autócratas, evaluando la situación, comprobaron que Cartago estaba arruinada y casi indefensa, por lo que al parecer decidieron embarcarse en una política totalmente distinta. Se encerraron en una especie de cascarón, prohibieron la importación de todos los artículos extranjeros y se dedicaron a extender las posesiones africanas de Cartago y a ampliar sus recursos.

Esta política duró 70 años, y las ruinas de Cartago atestiguan ese largo programa de austeridad. Hay, en ese intervalo, una pronunciada escasez de los artículos de lujo que anteriormente importaba la nobleza. En cambio, se intensificó el comercio con el interior de Africa. Las rutas de caravanas se abrieron camino hacia el sur a través del Sahara, hasta ciertos oasis seguros en los que poder ampliar el tráfico en oro, marfil y esclavos. Se dio impulso a la exploración marina, y probablemente fue durante ese período cuando los dos almirantes cartagineses, Hannón e Himilcón, emprendieron sus expediciones por

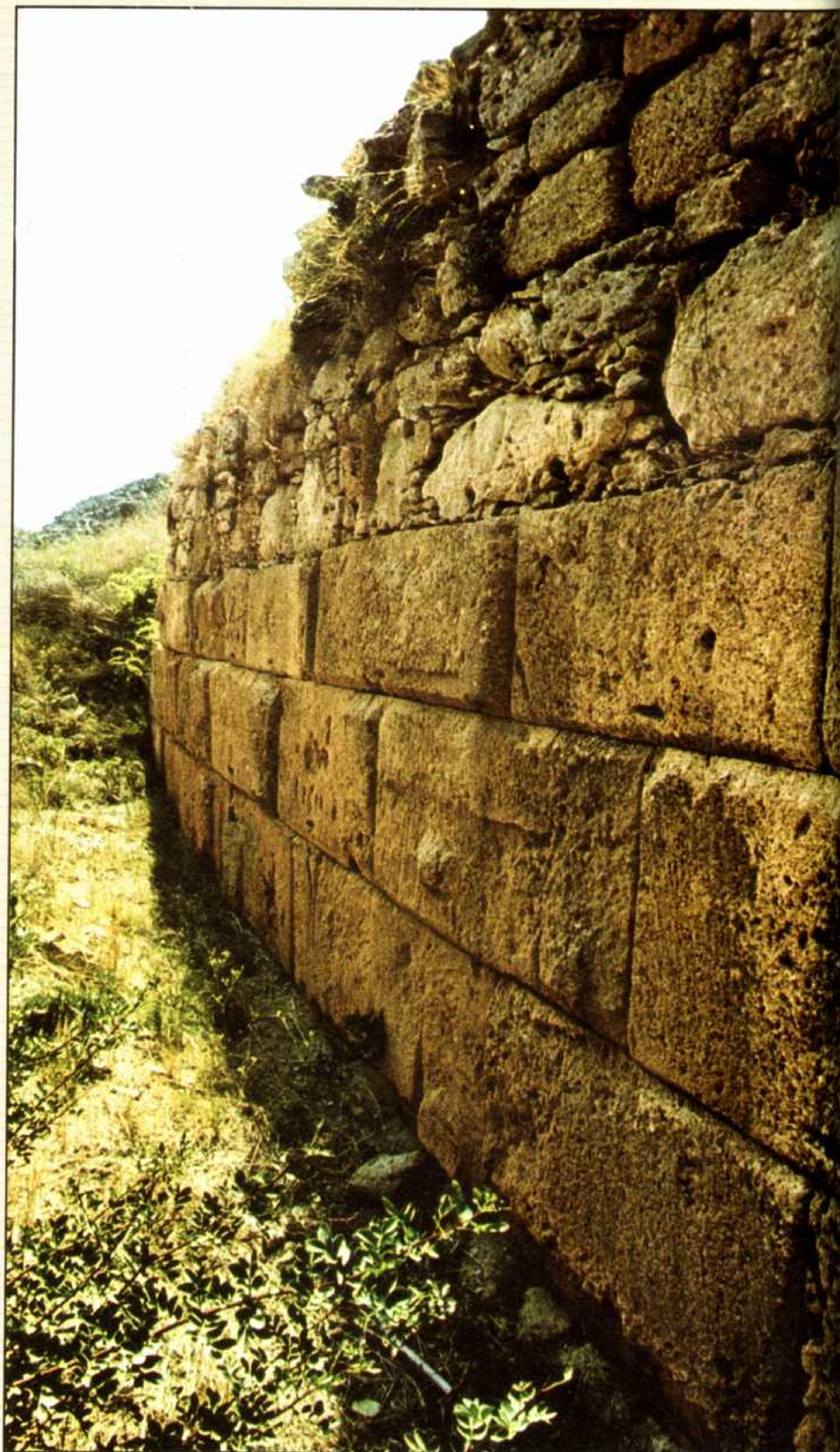
la costa occidental africana y hasta Gran Bretaña *(páginas 12-13).*

A lo largo de todo ese período, los romanos iniciaron su expansión. Sin embargo, el verdadero enemigo seguían siendo los griegos. Durante los 70 años en que Cartago se replegó en su cascarón, los griegos estuvieron ocupados en una guerra interna tras otra. Y las olas de estos conflictos entre las ciudades-estado griegas llegaron hasta Siracusa, la principal colonia griega en la costa oriental de Sicilia y aliada de Esparta en las múltiples batallas sangrientas que esta ciudad tuvo con Atenas.

Por el año 410 antes de nuestra era, los cartagineses comprendieron que Siracusa se estaba convirtiendo en una fuerza muy poderosa en Sicilia. De nuevo, una ciudad griega –en esta ocasión Segesta– convenció a Cartago para que le ayudase a derrotar a otra ciudad griega y así debilitar el poder de Siracusa. El líder cartaginés era un general llamado Aníbal. No se trata del Aníbal que ha llegado a ser tan conocido en la posteridad, sino uno de los diez o doce generales famosos que llevaban ese nombre. (La historia cartaginesa está repleta de individuos llamados Hannón, Amílcar, Asdrúbal e Himilcón, algunos de los cuales eran parientes, pero otros no.) En cualquier caso, Aníbal llegó con sus ejércitos a un punto cercano a Motya y se apoderó de la vecina ciudad de Selinonte en menos de nueve días. Con esa victoria en su haber, muchos sicilianos se unieron a las tropas cartaginesas. Juntas, estas fuerzas emprendieron un ataque contra Himera, la misma población donde el abuelo de Aníbal, Amílcar, había sido aplastado 70 años antes. Aníbal ganó también esta batalla, y tuvo la siniestra satisfacción de vengar la muerte de su abuelo sacrificando a 3.000 soldados griegos capturados.

Tras este éxito, Aníbal regresó a Cartago y su ejército se disolvió. Algunos años más tarde, Aníbal –ya de edad avanzada– fue llamado para dirigir otro ata-

Estos sillares de piedra meticulosamente escuadrados, algunos de los cuales miden metro y medio de largo, forman la base de una muralla exterior en Motya. Dentro había una muralla más antigua, y el espacio entre ambas fue llenado con ripio y hormigón. La doble muralla terminada tenía más de 5 m de espesor.



que contra Sicilia. Aníbal murió en el año 407 antes de nuestra era –probablemente a consecuencia de la peste– dejando a Himilco, su colaborador y posible pariente, al mando del ejército. Nuestro conocimiento acerca de lo que sucedió en los años siguientes es muy escaso. Sabemos que los cartagineses siguieron interviniendo en Sicilia, implicados en las diversas disputas internas entre las ciudades griegas. La figura griega clave durante ese período fue Dionisio, el cruel tirano de Siracusa. En cuanto Dionisio pudo consolidar su posición entre las numerosas colonias griegas, se volvió contra los cartagineses y atacó la base misma del poder cartaginés en Sicilia: la isla de Motya.

Sicilia es una isla volcánica que se compone de escarpadas rocas grises que van a caer verticalmente sobre la mar, de pequeñas y polvorientas poblaciones costeras, de abruptos valles ocultos en las colinas. Así puede describirse a gran parte de Sicilia, y eso es lo que ve uno al partir de Palermo hacia Motya, una minúscula isla enclavada en el extremo occidental de Sicilia.

Aquí el violento paisaje siciliano se serena. Las colinas tienen formas onduladas. La costa está bordeada de muros de piedra. Espigones de piedra se proyectan sobre las aguas que la rodean. Hay un pétreo molino de viento abandonado; sobre el suelo yace gran número de piedras, todas minuciosamente labradas, muchas de ellas formando grandes bloques, gastadas y viejas. Frente a las salinas, a menos de un kilómetro de distancia, se alza Motya, flotando en una bahía poco profunda. Todo cuanto se ve de ella desde la orilla es una arboleda y una moderna "villa" italiana.

Gran parte de la piedra labrada que hay en esta costa se alzó anteriormente en Motya formando fortificaciones, torres, pavimentos y edificios. Otra buena parte procede de los cementerios púnicos situados sobre la ladera de una colina cercana. Todo ello atestigua la actividad que antiguamente reinaba en Motya. Nada se mueve ahora sobre la isla. Los espigones y los campos están completamente abandonados. Las aguas que la rodean se han ido colmatando y están repletas de maleza. La superficie aparece vidriosa y vacía.

En el año 397 antes de nuestra era, cuando Dionisio saqueó la ciudad, Motya desarrollaba gran actividad. Era una ciudad palpitante, totalmente rodeada por una gruesa muralla, y su bahía estaba llena de barcos. Fue esta fortaleza dinámica y amenazante la que los griegos creyeron oportuno reducir. Dionisio llevó un ejército a la orilla, al norte de la isla, donde se hallaba situado el cementerio de Motya. Hoy día, contemplando el agua, podemos observar los restos de una calzada construida por los isleños para comunicar su fuerte con tierra firme. Actualmente se extiende recta como una cuerda tensa, a unos treinta centímetros bajo la superficie del agua, aunque está interrumpida en algunos puntos. Los habitantes de Motya intentaron destruir su calzada en un último esfuerzo por protegerse. Pero ¿por qué trataron de hacerlo? ¿Por qué creyeron que podían salir airosos? ¿Por qué Dionisio sintió la necesidad de destruirlos? Todo ello es difícil de comprender para quien visite hoy día el lugar. Desde la costa siciliana, Motya parece tan inocente e indefensa, tan poco peligrosa como un jardín.

Pero al acercarse remando hacia la isla, siguiendo un tortuoso canal que permite a los botes de pesca navegar por aquellas aguas, uno cambia de parecer. Esto fue anteriormente una fortaleza, una Troya en miniatura cuyos muros externos se elevaban unos 10 metros. Las raíces de esos muros siguen ahí, circundando la isla. Las gruesas estructuras de piedra estaban reforzadas de trecho en trecho por torres de piedra más elevadas todavía. La torre más robusta guardaba la entrada principal de la población. Había

Máscaras para conjurar los espíritus malignos

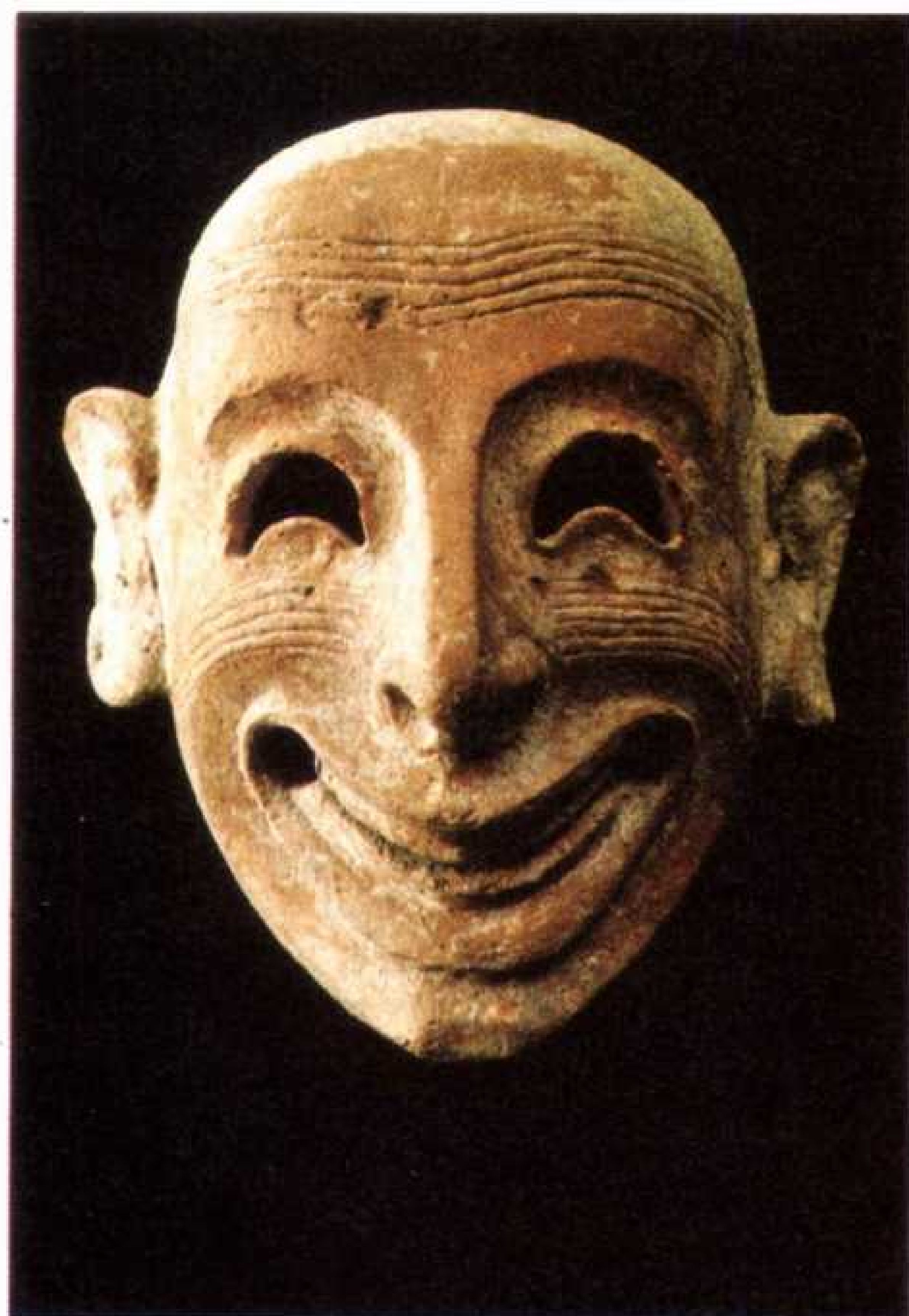
Máscaras sonrientes como éstas, hechas de terracota, han aparecido en numerosas tumbas de Cartago y de otros yacimientos arqueológicos fenicios emplazados en el Mediterráneo occidental. Los contactos comerciales de Cartago con Africa alimentaron la antigua creencia de que las máscaras estaban inspiradas por culturas vecinas, especialmente porque muchas ostentan unas marcas que parecen tatuajes. Sin embargo, esta teoría fue refutada por una máscara descubierta en 1960: databa del siglo XIII antes de nuestra era, es decir, de mucho antes de que Cartago fuera fundada, y se halló en Hazor (una antigua población cananea próxima a Tiro), lo que hace más probable la hipótesis del origen oriental de esta práctica de modelar máscaras.

Las máscaras son inferiores al tamaño natural y la mayoría han sido halladas en tumbas. Según prácticamente todos los expertos, estaban destinadas a proteger a los muertos atemorizando a los espíritus malignos con sus muecas. Datan de entre los años 700 y 500 antes de nuestra era.

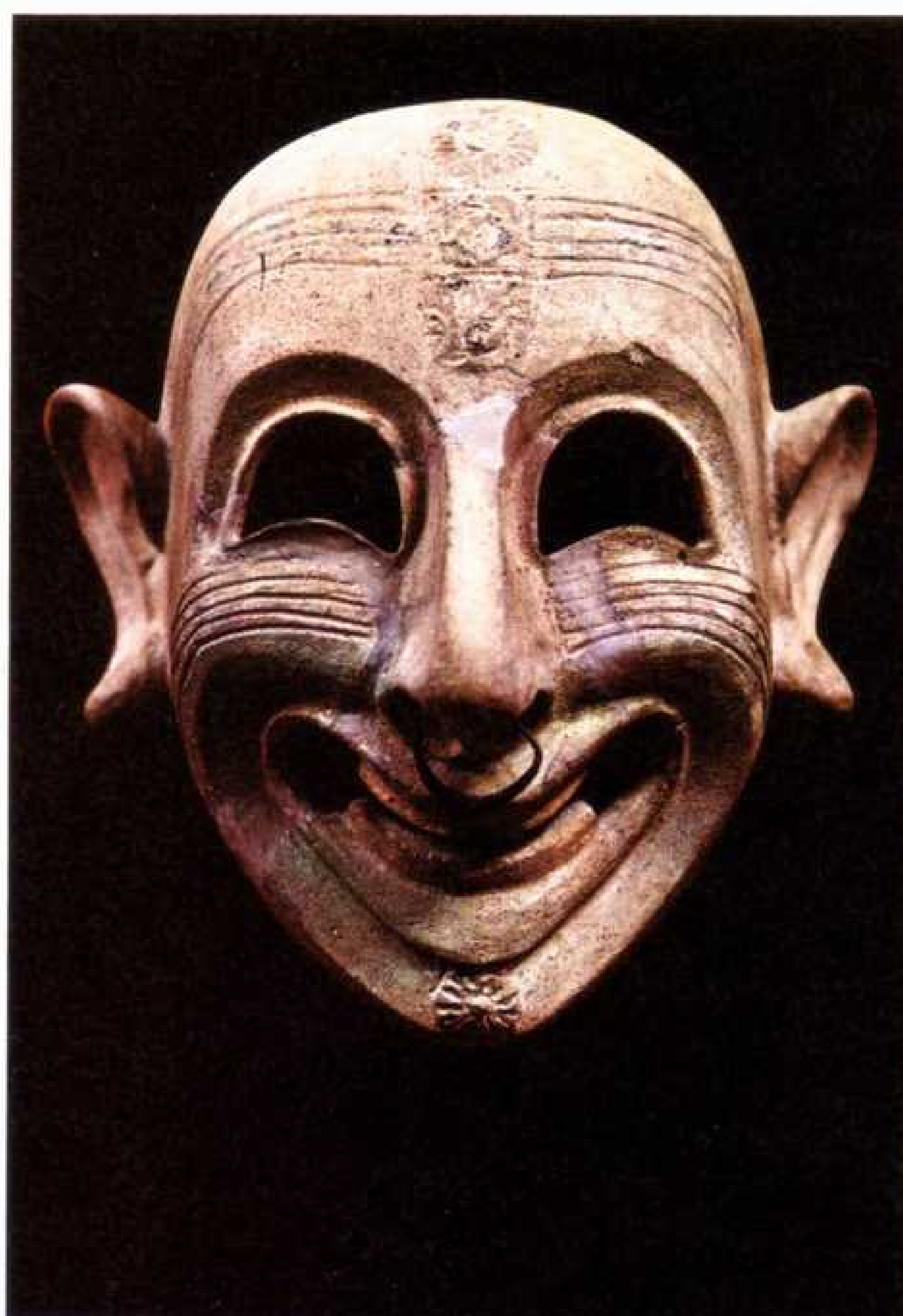


De Tharros, en Cerdeña. La oreja izquierda ha sido restaurada.

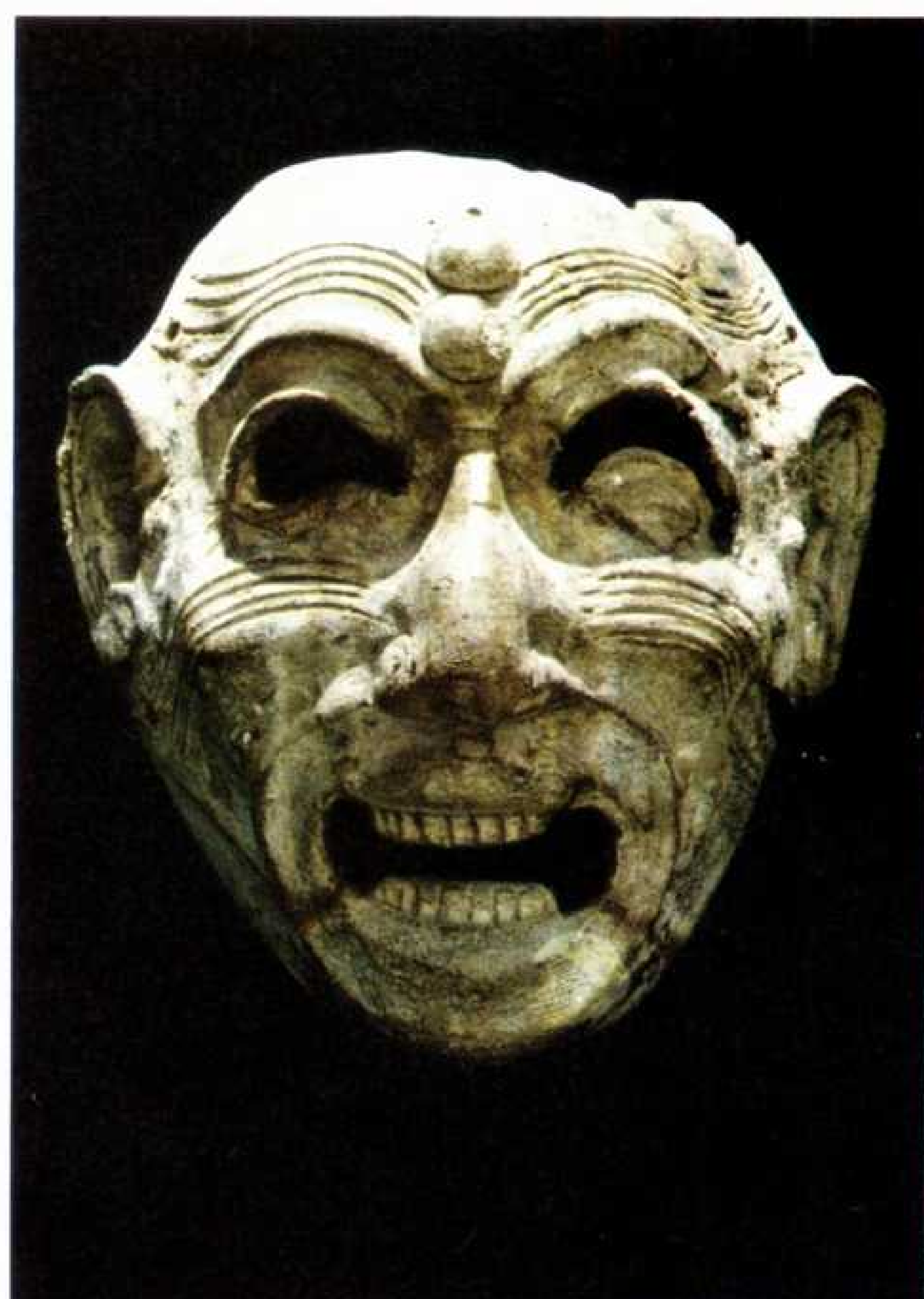
De Motya



De San Sperate



De Cartago





De Cartago. Las series de rayas que aparecían en muchas de las máscaras llevaron a algunos expertos a deducir que representaban tatuajes.

allí una pesada puerta doble con una barrera de piedra en su centro, dividiendo una calle de doble sentido que ascendía hasta la población. Dentro había una segunda puerta, por si la primera no resistía, y dentro de aquélla una tercera, todas dominadas por las torres que las flanqueaban, orientadas de forma que desde ellas pudieran lanzar un fuego devastador contra los atacantes que pretendiesen cruzar la calzada y asaltar la puerta exterior.

Encaramado sobre lo que queda de las murallas de Motya, uno se imagina a los antiguos combatientes: están apostados sobre murallas cinco o seis metros más altas que las actuales, bien provistos de flechas, agazapados tras las almenas; los ciudadanos están desplegados por toda la crestería de las fortificaciones, contemplando las aguas llenas de barcos cartagineses. ¿Cómo conseguiría Dionisio reducir esa fortaleza? Según el historiador Diodoro, Dionisio trajo consigo una flota para ayudar a su ejército a acabar con los habitantes de Motya. Pero al llegar y ver que la calzada había sido destruida, él y su ejército se dirigieron hacia la costa siciliana para capturar otras colonias púnicas, dejando a los tripulantes de su flota para que reconstruyeran la calzada. No bien había regresado para dirigir el ataque contra Motya, cuando la escuadra cartaginesa, alertada del peligro, empezó a subir por el brazo de mar existente entre Motya y Sicilia. La flota de Dionisio parecía atrapada y perdida. Pero aquél movilizó a todas sus tropas para realizar el descomunal esfuerzo de abrirse paso por el lodo y la maleza. Consiguieron empujar su flota a través de aquellas aguas poco profundas, sobre unos bajíos, y doblar la punta de la isla exterior, alcanzando el mar abierto sanos y salvos. Aquel brazo de mar era demasiado poco profundo para que pudieran seguirles los barcos cartagineses. Estos tuvieron que retirarse, abandonando a la asediada Motya a su suerte.

Dionisio se puso rápidamente manos a la obra. El canal, que durante siglos había proporcionado a los habitantes de Motya un útil fondeadero, ahora resultaba ser una fatal desventaja. Era tan poco profundo que las naves cartaginesas no podían llegar hasta la calzada para impedir el inexorable avance de las máquinas de asedio griegas contra las murallas de Motya. Los arqueólogos han podido recrear con bastante precisión lo sucedido bajo aquella muralla atacada por las máquinas de guerra. Los griegos llegaron por la calzada, que previamente habían reparado, y lanzaron su principal ataque contra la puerta norte de la ciudad. Allí se ha encontrado un gran número de puntas de flecha y de lanza, en una proporción mucho mayor que en ninguna otra parte de la isla, lo que atestigua el encarnizado combate que se libró frente a dicha puerta. Parece ser que los siracusanos consiguieron franquearla, pero entonces se encontraron ante un laberinto de casas de varios pisos, sólidamente construidas, cada una de las cuales constituía una auténtica fortaleza. Las gentes de Motya se encaramaron a los lisos tejados y pasaban de un edificio a otro para contrarrestar cualquier concentración de los griegos en las calles. En consecuencia, aunque los invasores eran mucho más numerosos, los defensores les obligaron a varios días de luchas por los callejones antes de que se rompiera la resistencia.

Motya pudo rendirse enseguida, como tantas veces habían hecho las poblaciones de la Fenicia oriental, y así quizás hubiera logrado cierta misericordia de sus invasores. Pero los fenicios eran gentes tenaces. Una vez tomada la resolución de resistir el asedio, jamás se rendían, aunque su causa estuviera perdida. ¿Volvió a producirse el suicidio ritual, esta vez en masa? También Sidón sufrió terriblemente a consecuencia de un asedio, y Tiro fue asediada tres veces. Cartago se defendió literalmente hasta el último hombre. Y esto mismo parece que sucedió en Motya. Fue completamente aniquilada. Los invasores se

lanzaron a tal orgía de matanzas en los callejones, que el comandante griego sólo pudo detenerla ordenando a los supervivientes que se refugiaran en los templos y prohibiendo a sus soldados que los persiguieran. A continuación la ciudad fue despojada de todos sus tesoros y seguramente incendiada.

Hoy día la zona llana que se encuentra en el centro de la isla, anteriormente atestada de edificios, es una viña. Gran parte de las viejas piedras, como ya se ha indicado, fueron trasladadas a la costa siciliana para edificar espigones. Lo que aún permanece allí se halla bajo tierra. De vez en cuando, un arado choca con un bloque de piedra o una columna. Continuamente son desenterrados cascos de cerámica, y alguna que otra vez una vasija completa. No se sabe en realidad qué más yace debajo de esa viña, pues todavía queda mucho que hacer en Motya. Su exploración sistemática fue iniciada hace unos cien años por el inglés Joseph Whittaker, que acabó comprando toda la isla y escribió un libro acerca de sus trabajos en ella. Actualmente las excavaciones son realizadas por dos arqueólogos italianos, Sabatino Moscati y Vincenzo Tusa, así como por un equipo de la Universidad inglesa de Leeds. Pero los fondos son escasos y el trabajo avanza lentamente.

Con todo, se han llegado a conocer bastantes cosas sobre Motya. Durante muchos años, los arqueólogos pensaron que Motya era un sitio arqueológico "puro", en el sentido de que sus ruinas no habían sido alteradas por posteriores generaciones de ciudadanos. Los historiadores tradicionales cuentan que tras su caída apenas quedaron habitantes, si es que quedó alguno, para reconstruirla. La ciudad fue abandonada, y los supervivientes se trasladaron a otra ciudad cartaginesa, Lilybaeum (la actual Marsala), situada en una península cercana. En los últimos años, no obstante, los especialistas han concluido que Motya fue ocupada de nuevo –probablemente en el año 396 antes de nuestra era– por griegos y romanos. Por tanto, ya no es posible clasificar todas las ruinas como cartaginesas.

El que Dionisio quemara Motya en el 397 queda evidenciado por la cantidad de cenizas y madera calcinada que hay entre sus ruinas. Muchos de los edificios descubiertos hasta ahora revelan cimientos y posiblemente plantas inferiores de piedra, con suelos de piedra o de yeso. Pero los depósitos de ceniza indican que las plantas superiores de las casas estaban hechas de madera. Las puertas principales de la ciudad seguramente eran también de madera; en los quicios de las puertas se ven aún los agujeros a los que se fijaban los goznes. Se han hallado montones de clavos y de tizones entre los escombros de la entrada a la ciudad, precisamente donde debían estar de haber sido forzadas las puertas y luego destruidas y quemadas.

A poca distancia de la puerta principal, ya dentro de la ciudad, hay un taller de cerámica. En él se conserva todavía un horno, junto con un surtido de vasijas tratadas con pasta aguada rojiza, todavía por bruñir. Los habitantes de Motya fabricaban en grandes cantidades este tipo de cerámica. También se dedicaban a la pesca, a tejer y a teñir, usando para esto último el múrice que se daba en aquella región. Aunque hace mucho que desaparecieron las redes y los telares que empleaban, no ha sucedido así con los pesos que utilizaban como plomada de las redes ni con las pesas de telar. Estos pesos y pesas pueden verse por doquier, los más baratos hechos de terracota, los de mejor calidad, de mármol.

Continuamente salen a la luz toda suerte de indicios acerca de la vida cotidiana en Motya. Se han descubierto grandes tambores de piedra. Al principio se creyó que eran barriles para recoger la lluvia, pero luego se descubrió que sus fondos estaban reforzados con cemento. Algunos presentaban vestigios de revestimientos de hierro. Al parecer, se usaban para moler el grano. A su debido tiempo, fueron retirados



Entre los escombros de Motya se han hallado gran número de pesas de telar. Hechas de pedacitos de terracota o de piedra, cada una provista de un orificio, eran utilizadas para mantener tenso el hilo de la urdimbre mientras se tejía y estaban decoradas con colores o con dibujos que indican su pertenencia a diversas familias. La primera de la izquierda lleva impresa una persona corriendo.

los escombros de la calle principal, que partía de la puerta exterior. Profundas rodadas surcan la calle tras haber sido recorrida durante varios siglos por las pesadas y rechinantes carretas de Motya, cuyo tamaño puede ser calculado midiendo la distancia que separa a las rodadas en el pavimento. Las escalinatas que, en varios puntos de la ciudad, conducen desde las murallas hasta cerca del agua están menos deterioradas. Al menos uno de sus tramos fue instalado antes del asedio y no tuvo tiempo de gastarse. Cubiertas desde entonces por escombros y tierra, las superficies de sus piedras son tan cuadradas y lisas como el día en que llegaron de la cantera.

La influencia griega se encuentra por doquier. Es evidente que hubo un intenso comercio entre los griegos y las gentes de Motya. Aquí, como en todo el mundo mediterráneo, los viejos estilos locales no podían competir con los atrayentes estilos griegos. La base mejor conservada de una casa particular tiene un suelo de mosaico que combina dibujos griegos y fenicios, así como un pórtico exterior griego.

Parece que también vivían griegos en Motya, tanto antes como después del año 397; probablemente se trataba de artesanos y comerciantes, aunque eran unos habitantes lo bastante fijos como para disponer de sus propios templos. Pese a que los dos pueblos eran enemigos de antiguo, es evidente que hubo un considerable contacto entre ellos. Sin duda había griegos en Motya cuando se produjo el asedio, algunos atrapados en la isla como les sucedió a los comerciantes japoneses que estaban en California al estallar la Segunda Guerra Mundial. Pero el odio corrosivo que dividía entre sí a los propios griegos indica que muchos de los que se cree ayudaron a defender Motya no eran sino enemigos de Dionisio, los cuales se sentían más seguros entre los habitantes de Motya que con él.

Al otro lado de la isla las gentes de Motya tenían una segunda entrada a su amurallada ciudad. Esta era la puerta que daba al mar. En lugar de abrirse a una calle, llevaba, a través de un canal o zanja pavimentada, hasta un estanque rectangular que los habitantes de Motya habían construido en su islita. Sus pavimentadas paredes han sido ahora descubiertas y se ha retirado el cieno acumulado. Hoy día parece una amplia piscina con más de 50 metros de largo y unos 3 metros de profundidad. Es posible que se tratara de un *cothon:* un puerto artificial para la reparación y flete de barcos, similar a los que han sido hallados en Cartago, pero mucho más reducido y en mejor estado de conservación. (No todo el mundo está de acuerdo con esta interpretación; ciertos especialistas creen que el *cothon* servía como vivero en el que se criaban peces, quizá para ser utilizado como una fuente disponible de alimentos.)

Entre los escombros de Motya se han hallado numerosas estelas, esas sencillas losas sepulcrales o pequeñas placas conmemorativas de piedra caracterís-



ticas de la religión púnica. Se ha localizado el cementerio de la isla, y confirma que los primitivos habitantes de Motya quemaban a sus muertos. Más tarde, cuando el cementerio de la isla resultaba ya demasiado reducido o cuando Motya tuvo la suficiente fuerza para hacerlo, el cementerio fue trasladado a la costa siciliana, sustituyendo entonces la cremación por la inhumación. Pero en la isla, seguramente para ahorrar espacio, casi todas las tumbas halladas hasta ahora –concentradas en una parcela repleta de ellas– contenían varias urnas en cuyo interior había cenizas humanas.

Al parecer, los habitantes de Motya estuvieron en contacto con un pueblo anterior y más primitivo que ellos. No se sabe con certeza si los conquistaron, los mantuvieron alejados o convivieron con ellos amigablemente. Pero el caso es que adoptaron algunas de las costumbres funerarias de estos pueblos más primitivos, quienes aún parecían tener un pie en la Edad de Piedra, puesto que algunos instrumentos y armas depositadas en las tumbas más antiguas estaban hechos de sílex. Estos antecesores suyos en la isla, aunque capaces de fabricar vasijas de barro, aún no habían refinado ese arte. Las tumbas contienen vasijas de una factura extremadamente tosca, a las que habían dado forma a mano y no haciéndolas girar sobre el torno de un alfarero.

Estos minúsculos fragmentos de una cultura más sencilla resultaron sumamente interesantes, pues indican cómo los cartagineses pudieron explotar sus mercados con tanta fortuna y durante tanto tiempo. Puede suponerse que muchos de los pueblos con quienes mantuvieron contacto –en las islas del Mediterráneo occidental, en España, en Africa y a lo largo de la costa Atlántica– poseían una tecnología igualmente atrasada. Una vasija de barro cartaginesa, por inferior que fuera en comparación con una hecha en Atenas, en Creta o en Egipto, todavía parecería un prodigio de simetría a un hombre que nunca hubiera visto nada semejante; por tanto, estaría encantado de poder ceder productos mucho más valiosos con tal de adquirirla.

En 1919 se localizó en Motya otro cementerio, no lejos del primero. En él las urnas eran muy pequeñas, pues la mayoría no superaban los 30 centímetros de altura. Fueron abiertas una tras otra y, al igual que las urnas de Cartago, contenían cenizas de animales jóvenes y criaturas humanas. No era éste un cementerio corriente donde se depositasen toda clase de muertos, sino un lugar sagrado, un *tofet,* donde se inmolaban seres vivos de corta edad: se ofrecía en sacrificio al primer hijo de una familia o, en sustitución del primer hijo, a un animal.

Esto, por el momento, es todo cuanto puede decirse acerca de Motya. Su brusco fin como colonia cartaginesa, ocurrido en el año 397 antes de nuestra era, hace que sea un lugar muy interesante de visitar, en ciertos aspectos más que dos ciudades carta-

ginesas que subsistieron en Sicilia: Panormus (la moderna Palermo) y Lilybaeum (la moderna Marsala), las dos bases desde las cuales Cartago prosiguió luchando contra los griegos para adquirir el control de Sicilia. La batalla se prolongó, con varios altibajos, durante otro siglo, sin que ningún bando lograse aventajar decisivamente al otro por mucho tiempo. Para Cartago fue un período de creciente poder y prosperidad. La ciudad fue embellecida y agrandada. Poco a poco se adueñó de una gran extensión del hinterland africano. Hasta la Tercera Guerra Púnica, a raíz de la cual se arrasó la ciudad, Cartago sólo había sido invadida un par de veces. Sus campañas se libraban en ultramar, y así ella no estaba expuesta al continuo pillaje y rapiña que había menoscabado a otros estados antiguos.

A despecho de esas ventajas, los asuntos de Cartago estaban lejos de ser tan tranquilos como debieran haber sido. Las guerras sicilianas, aunque libradas lejos de casa, hacían que la economía se resintiera. El ejército mercenario constituía una pesada carga para el tesoro, por lo que los instigadores de las guerras, los generales y almirantes que dirigían las campañas, fueron duramente criticados debido a su incapacidad para obtener victorias duraderas. El ser un general cartaginés –si bien podía resultar enormemente provechoso– no fue nunca una sinecura. Ahora se convirtió en algo cada vez más arriesgado. La hostilidad innata de los cartagineses hacia cualquiera que llegase a ser demasiado poderoso o afortunado estaba reforzada por la hostilidad del Consejo de los 104. Este cuerpo de mezquinos y envidiosos aristócratas mercantiles era implacable, presto a concebir estrategias distintas de las de sus comandantes una vez que éstos habían sido derrotados, presto a devolverlos a Cartago para ser juzgados al primer indicio de fracaso. Con el paso del tiempo, el Consejo se hizo más duro todavía. Al estallar la Primera Guerra Púnica, en el año 264 antes de nuestra era, el cargo de comandante de las tropas cartaginesas había llegado a ser mortal. Según la leyenda, un jefe militar fue crucificado por dejarse capturar en un ataque por sorpresa. Otro perdió una ciudad y fue duramente multado. Un tercero fue crucificado por sufrir una derrota en el mar. Un general llamado Asdrúbal fue crucificado por no haber conseguido capturar Palermo, y otro llamado Aníbal fue crucificado por sus soldados tras perder una batalla.

En tales circunstancias, ¿por qué quería alguien ser general? Por riqueza, honor y preeminencia social, desde luego. Pero tal vez existieran otros motivos más hondos. Muchos de los hombres elegidos para jefes militares eran fogosos halcones, que tenían una profunda sed de mando y que abrigaban grandiosos sueños de poder. El Consejo no vacilaba en utilizarles para perseguir sus propios fines mercantiles, seguro de su capacidad para mantenerlos en cintura. Los generales, a su vez, rivalizaban entre sí para obtener el mando, confiando en poder seguir ganando y permanecer así en gracia con el Consejo.

En este inevitable clima de mutua sospecha, se hizo difícil mantener una política exterior coherente. La incapacidad de Cartago para hallar una mejor solución al problema de delegar el poder en sus generales –y fiarse de ellos– en parte explica por qué no lograron expulsar a los griegos de Sicilia, incluso cuando toda Grecia estaba irremediablemente dividida en la caótica situación que siguió a la muerte de Alejandro Magno. Un último espasmo griego en Sicilia fue contenido únicamente gracias a la ayuda de las fuerzas romanas, y entonces Cartago se halló de pronto frente a frente con un nuevo y más formidable enemigo.

Ahora, por primera vez, la debilidad esencial de Cartago quedaba patente. El poder romano se basaba en bienes raíces: a lo largo de muchas décadas una gran parte de Italia había sido sólidamente unificada, mediante la conquista o mediante tratados,



Las monedas más antiguas halladas en el Mediterráneo son lidias y griegas. Consistían en unas piezas irregulares con un dibujo impreso que garantizaba su valor. Una de tales piezas es la moneda lidia que aparece arriba, a la derecha, hecha de electro, una aleación de plata y oro. La moneda griega lleva grabadas las letras "ΑΘΕ" para indicar que fue acuñada en Atenas. Persia comenzó a fabricar monedas hacia el año 480 a. de J.C., con diseños que mostraban a un rey corriendo; veinte años más tarde lo hizo Tiro, y Cartago cien años después. Abajo, a la derecha, la diosa Tanit en una estatera de oro.

en una sola entidad política, defendida en su conjunto por un nutrido y vigoroso ejército de ciudadanos. El poder fundamental de Cartago se basaba en el dinero, dinero con que pagar a otros para que lucharan por los cartagineses. Aparte de las zonas de cultivo inmediatas que rodean Cartago (y repletas de descontentos no-ciudadanos de segunda clase), el imperio no tenía más propiedades que las factorías comerciales. Su preocupación primordial era la riqueza, más que los sueños imperialistas. Consideraba la guerra como otro instrumento más para la obtención de riqueza, y estaba dispuesta a invertir dinero en mercenarios, como haría con cualquier otro tipo de mercancía, si los creía necesarios para asegurarse que el dinero siguiera afluyendo.

Aunque Cartago se conducía de modo imperialista, a menudo actuando como si controlara un imperio, lo que en rigor controlaba era el comercio. Los norteafricanos, a quienes los cartagineses trataron tan despóticamente durante tanto tiempo, nunca estuvieron bajo un control seguro. Como tampoco las otras ciudades púnicas en el oeste. Nominalmente supeditadas a Cartago, nunca formaron "parte" de Cartago. Se gobernaban por su cuenta, aprovechándose de las migajas del comercio que quedaban para ellas. Debido a una larga insatisfacción por el reducido tamaño de esas migajas, algunas desertaron cuando estalló la confrontación con Roma.

Esta se produjo, como era de prever, a causa de Sicilia, después de una serie de mezquinas disputas sobre el control de esta isla clave. La guerra comenzó en el 264 antes de nuestra era y duró más de 20 años. Terminó de manera humillante para Cartago, debido, curiosamente, a un desastre naval. Los romanos habían iniciado la guerra sin el menor conocimiento de estrategia naval y sin una flota; habían tenido que usar una galera capturada como modelo para construir sus propias escuadras. Pero los romanos no tardaron en equipararse con los cartagineses,

y a partir de entonces fueron sin duda tan poderosos como ellos en el mar.

Cuando finalmente los romanos ganaron la Primera Guerra Púnica, expulsaron a los cartagineses de Sicilia y les impusieron un inmenso tributo en plata a lo largo de 20 años. Fue la incapacidad de Cartago para satisfacer al mismo tiempo el tributo a Roma y los sueldos que debía a sus mercenarios lo que llevó al levantamiento de estos últimos. El hombre que por fin aplastó la rebelión era un duro y brillante general de la vieja escuela. Ese hombre era Amílcar Barca, fundador de la llamada dinastía bárcida. Disgustado por la envenenada atmósfera política reinante en Cartago, ansioso de obtener parte del poder que sus antepasados habían gozado y posiblemente consciente de que si seguía en la ciudad no podría librarse de la mano opresiva y celosa del Consejo, Amílcar Barca decidió volver a España, donde había dirigido unas tropas para tratar de establecer un centro de poder propio. Amílcar partió para España en el año 237 antes de nuestra era con su hijo Aníbal, que entonces contaba nueve años, y exigió al niño que jurara entregar toda su vida a la destrucción de Roma.

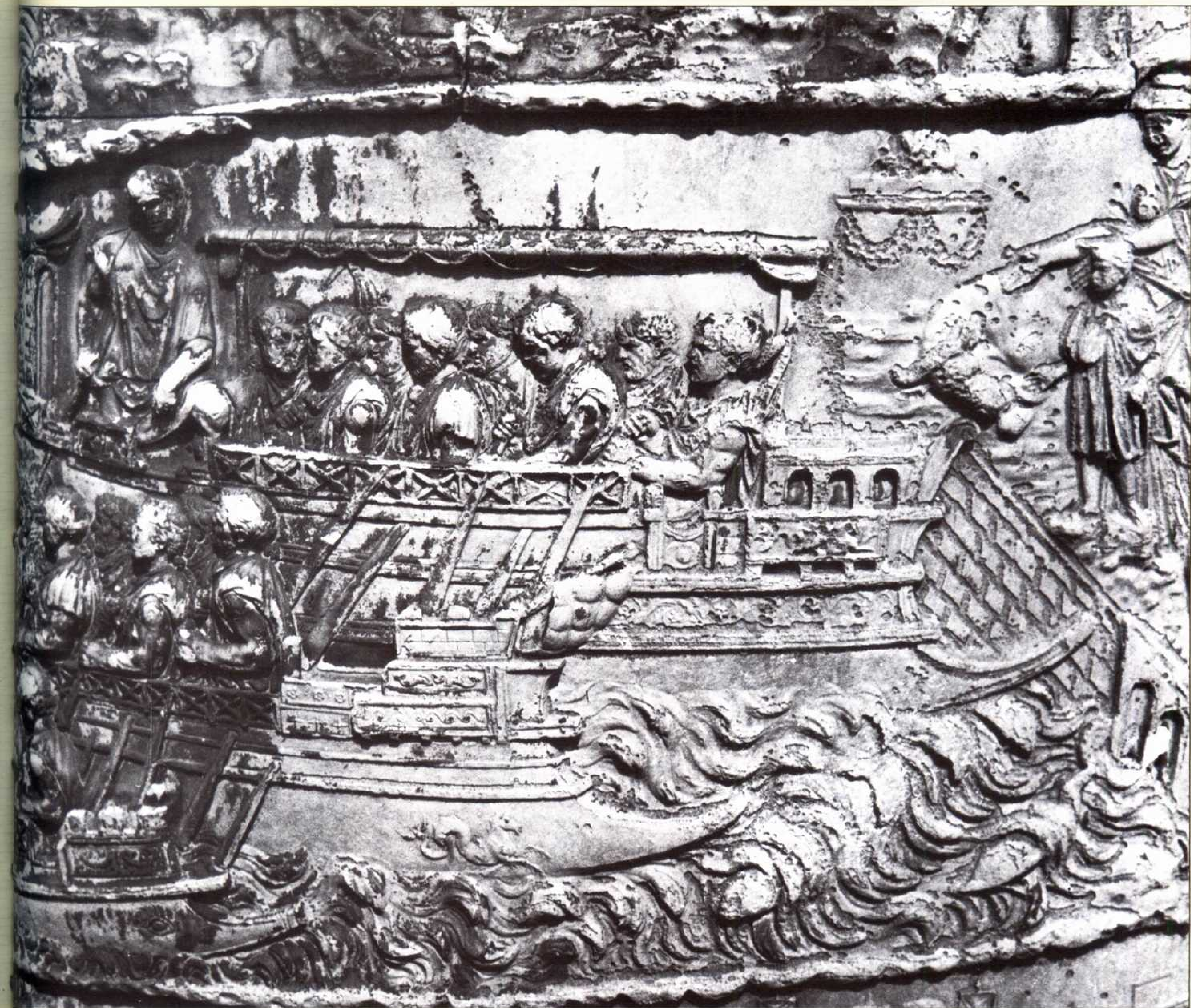
Los bárcidas –al menos cinco de ellos: Amílcar; su yerno, Asdrúbal; y sus tres hijos, Aníbal, Magón y otro Asdrúbal– eran unos hombres extraordinarios. De inmensa ambición e increíble vigor, saltaron por encima del estrecho caparazón mercantil que había constreñido a los autócratas cartagineses. Vieron la necesidad de combinar el mercantilismo con una avanzada actividad militar y política. Se construyeron rápidamente un gran feudo particular que comprendía casi toda la mitad sur de España, un territorio mucho mayor que el de la propia Cartago. Redujeron a los iberos y desarrollaron un pequeño pero extraordinariamente eficaz ejército mercenario financiado por las minas españolas, que ahora controlaban ellos y cuya producción ampliaron. La indemnización romana fue satisfecha. Se fundó una segunda capital, Nueva Cartago (Cartagena). Esta ciudad del sudeste de España llegó a ser la base de poder independiente que Amílcar soñaba para él desde hacía tiempo.

La empresa española estaba ya firmemente establecida antes de que Amílcar resultara muerto en una batalla el año 229 antes de nuestra era. Su yerno, Asdrúbal, la expandió, pero fue asesinado por un indígena en el año 221 antes de nuestra era. Aníbal heredó el mando a la edad de 25 años, habiendo sido adiestrado para ese papel desde su infancia. Sería un nuevo Alejandro y un hombre de infinita inventiva.

Hasta nosotros han llegado numerosas historias sobre este Aníbal. Una cuenta que transportaba consigo varias pelucas y uniformes de distintos colores para poder combatir en cualquier parte durante una batalla sin ser identificado por un certero tirador enemigo. Apostaba varias hileras de elefantes en ríos caudalosos para que sus cuerpos calmaran las aguas, permitiendo así que hombres, caballos y convoyes de equipaje cruzaran por puntos donde de otro modo habrían sido arrastrados por las aguas. Se dice que mandó a sus tropas utilizar vinagre hirviendo (probablemente vino agrio) para agrietar las rocas en lo alto de los Alpes y formar así un estrecho camino en una escarpa helada y resbaladiza.

Aníbal tenía una visión auténticamente alejandrina acerca del imperio. La mayor parte de las gentes que vivían en el norte de Italia, en Francia y España eran miembros de una enorme, pendenciera y semicivilizada confederación de tribus conocida como los celtas. Aníbal tuvo la ocurrencia, tras reducir a muchas tribus españolas y conformar con ellas un potente ejército, de agrupar a todas esas tribus para un levantamiento general contra los romanos. Una vez que Roma hubiera sido aplastada, él convertiría todo el Mediterráneo occidental en un imperio cartaginés, que se proponía gobernar desde Cartago. Natural-

Este relieve de la columna Trajana, esculpido unos dos siglos y medio después de la caída de Cartago, constituye un involuntario homenaje de Roma a Cartago, su antigua enemiga. En él se ve un trirreme, con cubierta completa y sin pescantes de estilo griego. La inspiración para el diseño parece haber sido fenicia. Cuando Roma decidió convertirse en una potencia naval, copió los buques de guerra cartagineses.





Se cree que este perfil pertenece a Aníbal el Grande, aunque algunos especialistas lo atribuyen al dios Melqart. Proviene de una pieza cartaginesa de tres siclos de plata, acuñada en España entre los años 237 y 207 a. de J.C., por la época en que Aníbal peleaba contra los romanos.

mente, para poner en marcha este plan, tenía que habérselas directamente con los romanos.

Esto planteaba un inmenso reto militar: ¿cómo llegaría hasta ellos? Y, de conseguirlo, ¿cómo los derrotaría? Los romanos tenían una formidable reputación como guerreros, así como una nutrida flota. Habían aplastado a ejércitos y escuadras de Cartago durante la última confrontación. Para equilibrar ese historial, Aníbal contaba con sus dotes de general y la calidad de su ejército, curtido a través de muchos años de pelear en España. Operando en ese campo, lejos de las trabas del gobierno cartaginés, Aníbal, comandante único que podía perseguir su propia política en los tiempos buenos y en los malos, estaba seguro de que podría ganar. También sabía que se enfrentaría a generales romanos elegidos por voto público para determinadas campañas, que serían llamados a Roma y reemplazados por otros elegidos al año siguiente. El generalato romano era una breve política, que se concedía a los aristócratas; muy pocos de esos generales tenían experiencia alguna.

Finalmente, Aníbal se propuso luchar no en Sicilia, ni en el distante extremo sur de Italia, ni en el mar, sino en el propio estado romano, donde sin duda el perjuicio para el enemigo sería mayor.

Sin pérdida de tiempo, capturó Sagunto, una población del Levante español protegida por los romanos, y luego se dirigió por tierra hacia Roma, luchando o contemporizando con las diversas tribus que fue encontrando a su paso. Llevó a cabo la increíble proeza de atravesar los Alpes, en pleno otoño del año 218, con su ejército y sus elefantes. Nada le detuvo: ni las tormentas de nieve, vendavales y heladas, ni los reacios montañeros que le arrojaban peñas en los estrechos desfiladeros. La mayoría de sus elefantes murieron de frío e inanición en las montañas, y su ejército se hallaba en un lastimoso estado al llegar a Bolonia, donde Aníbal pasó el invierno y reclutó nuevas tropas.

Al llegar la primavera, Aníbal trabó nuevamente combate con un ejército romano, y ganó la primera de una serie de magistrales batallas, ejemplos típicos incluso hoy día en la estrategia militar. Sabiendo que los generales romanos eran imprudentes y faltos de experiencia, todos ellos ardiendo en deseos de convertirse en héroes, él los condujo taimadamente a una trampa tras otra y aniquiló ejércitos enteros. Durante casi dos años recorrió un país hostil, viviendo de la tierra, luchando constantemente, y llevó a los romanos al borde de la derrota antes de que éstos tuvieran el suficiente sentido para poner el mando de sus fuerzas en manos de un astuto y viejo general llamado Fabio.

Fabio, apodado "Cunctator" (el Contemporizador), entendió cuál era la principal debilidad de Aníbal: que, cuanto más tiempo permaneciese en Italia, tanto más se reduciría su ejército a causa de enfermedades, deserciones y bajas. Cartago no lo apoyaba debidamente; por tanto, si se le mantenía en un continuo estado de acoso, pero sin comprometerse nunca en un combate a gran escala, acabaría por agotarse y se tendría que retirar.

Fabio llevó tal estrategia a la práctica. Aníbal, desesperando de poder entrar en batalla, trató de atraer a Fabio por todos los medios posibles. Marchó arriba y abajo, dejó su campo indefenso, expuso destacamentos fáciles de destruir. Todo fue en vano. Fabio observó cómo las provisiones de Aníbal comenzaban a escasear, al tiempo que dedicaba todas sus energías a contener una violenta facción que en Roma le acusaba de cobardía. Finalmente Roma sustituyó a Fabio por un vanidoso demagogo llamado Varrón, que tomó el mando del ejército en Cannas y a los pocos días sufrió una catastrófica derrota. La estrategia defendida por Fabio fue pronto restaurada.

Durante varios agobiantes y sangrientos años, Aníbal logró mantenerse a sí mismo y a su propio ejército en Italia, luchando casi continuamente. Tomó

un importante número de ciudades italianas, algunas por asalto, otras por deserción de sus habitantes. Pero poco a poco su iniciativa fue apagándose. Cuanto mayor era el territorio italiano que controlaba, tanto mayor era el esfuerzo que debía realizar para conservar ese control. Entre tanto, los romanos llevaron la guerra a España. Esa provincia tan importante, de la que Aníbal obtenía hombres y dinero, estaba alborotada. Al reducirse alarmantemente sus recursos, se convirtió en otro motivo de preocupación para Aníbal. Su hermano Asdrúbal resultó muerto, luego su hermano Magón. Ambos le habían servido eficazmente como generales.

Al tiempo que la guerra continuaba, por fin apareció un general romano que podía equipararse con Aníbal. Se llamaba Publio Cornelio Escipión, hijo de un notable general romano de ese mismo nombre. Tras varias victorias en España, Escipión regresó a casa y anunció su proyecto de llevar la guerra a Africa. Dos años más tarde, su ejército obtuvo una aplastante victoria contra el ejército cartaginés local. Desesperados, los cartagineses llamaron a Aníbal.

Una vez en su patria, el genio militar fue lo bastante inteligente para comprender su inferioridad, y trató de parlamentar con Escipión confiando obtener un tratado de paz. Su encuentro, sea auténtico o no desde un punto de vista histórico, ha sido descrito por el historiador romano Tito Livio:

«Los generales, manteniendo a sus hombres armados a una misma distancia y asistidos cada uno por un intérprete, se encontraron frente a frente. No sólo eran los mayores generales de su época, sino comparables con cualquiera de los reyes o comandantes de todas las naciones a lo largo de toda la historia anterior. Durante un momento guardaron silencio, mirándose uno a otro, casi pasmados por la mutua admiración que se tenían. Aníbal fue el primero en hablar:

»–Si estaba previsto por el destino que yo, que fui el primero en declarar la guerra al pueblo romano y que tan a menudo he tenido la victoria a mi alcance, debía adelantarme para pedir la paz, celebro que el destino haya querido que sea a ti, y no a otro, a quien yo haga mi petición. También para ti, que tienes tan numerosas distinciones, no será el menor de tus honores el que Aníbal, a quien los dioses han concedido la victoria sobre tantos generales romanos, se haya sometido a ti y el que tú hayas puesto fin a esta guerra, que fue memorable primero por vuestros desastres y luego por los nuestros... Por consiguiente discutimos términos de paz mientras la fortuna te favorece a ti: una situación ominosa para nosotros, mientras que tú no podías aspirar a nada mejor.

»–En cuanto a mí, la edad –pues regreso como un anciano a mi ciudad natal, de la que partí cuando aún era un niño–, el triunfo y el fracaso me han hecho optar por la razón antes que por el azar. En tu caso, recelo tanto de tu juventud como de tus inquebrantados triunfos... No es fácil, para un hombre a quien la fortuna nunca ha defraudado, el sopesar dudosas posibilidades... Cuanto mejor es tu fortuna, tanto menos debes confiar en ella. En tus favorables circunstancias, en nuestra incierta situación, la paz, si tú la otorgas, te dará honor y gloria; para nosotros que la pedimos, es más necesaria que honorable. Mejor y más segura es una paz garantizada que una victoria en la que se confía. La una está en tus manos; la otra, en las de los dioses. No sometas tantos años de éxito a la prueba de una sola hora.»

Aníbal siguió diciendo que los cartagineses entregarían Sicilia, toda España y toda Cerdeña, además de las pequeñas islas del Mediterráneo, y que a partir de entonces se confinarían en la costa africana. Su discurso fue hábil, pero, según Tito Livio, no impresionó lo más mínimo a Escipión.

Cuando Aníbal hubo terminado de hablar, empezó a hacerlo Escipión. "Dispónte para la guerra –dijo el

general romano sin ambages–, puesto que no has podido sobrellevar la paz."

Los dos hombres se encontraron a la mañana siguiente en la ciudad interior de Zama. Aníbal fue vencido y la Segunda Guerra Púnica llegó a su fin.

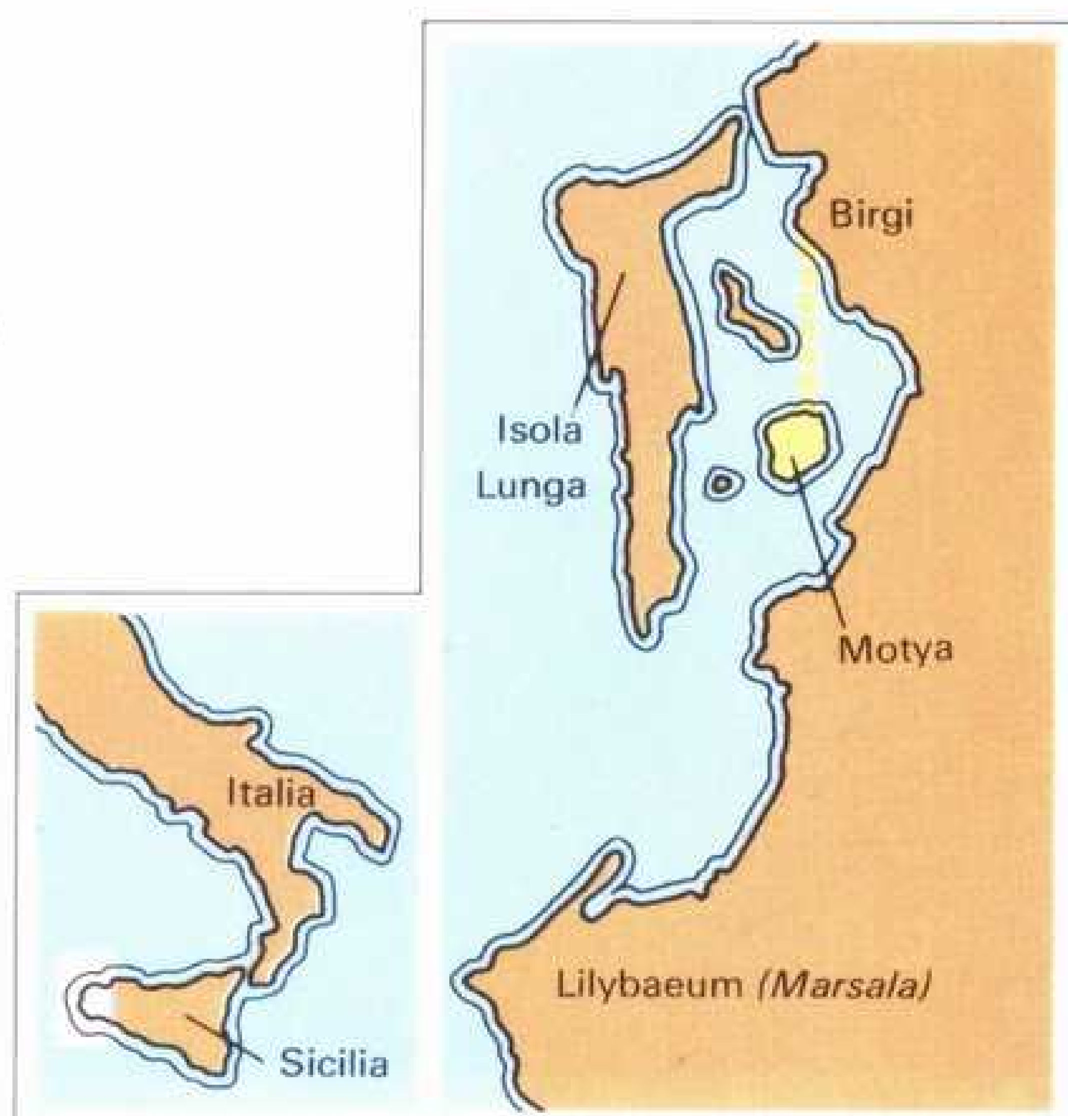
La pérdida de la guerra fue un decisivo golpe para las ambiciones cartaginesas. Recluidos en una estrecha franja de la costa africana, habiéndoseles prohibido en el tratado que les impuso Roma el entablar nuevas guerras, privados de la riqueza de España para restaurar su capacidad comercial, incendiada su flota por orden de los romanos, su territorio reducido a una pequeña posesión en el campo que circundaba la ciudad, apenas capaces de reunir la inmensa indemnización anual con la que debían satisfacer los perjuicios causados por la guerra, los cartagineses estaban afligidos por un problema todavía más grave y directo. En los años precedentes, cuando la guerra no estaba todavía decidida, los romanos se habían procurado la ayuda de un líder tribal libio llamado Masinisa, para que provocara un conflicto en el Norte de Africa. El fin de la guerra lo colocó a la cabeza de un reino desierto y con una nutrida fuerza de rapaces indígenas en calidad de súbditos. En su tratado de paz con los romanos, los cartagineses habían jurado no alzarse en armas contra Masinisa ni contra ninguna otra persona en Africa.

Durante más de cuatro décadas, los cartagineses cumplieron con esta cláusula en el tratado de paz. Una y otra vez fue requerido un representante de Roma para que mediara en las disputas. Entre tanto, Masinisa se hizo más audaz y ambicioso. Sus redadas e intermitentes pillajes acabaron por provocar a los cartagineses a tomar represalias. Eso bastó para enfurecer a los romanos. Recelando incluso de los menores esfuerzos que hacía Cartago para recuperarse, volvieron a caer sobre ella. En el año 149 antes de nuestra era tuvo lugar en Cartago el último de los grandes asedios sufridos por los fenicios tanto en el este como en el oeste. En el invierno de los años 147-146, los habitantes se atrincheraron en su península tras un amasijo de murallas y zanjas de defensa. Durante algunos meses lograron contener a los romanos, pero poco a poco iban siendo comprimidos en un perímetro cada vez menor. Pese al hambre y a la desesperación, siguieron peleando. Por fin fueron acorralados en las fortificaciones de la colina de Byrsa, donde Elisa había establecido su ciudadela unos 667 años antes. Sobre la cima de la colina se levantaba un gran templo a Eshmun. Al final, los supervivientes prendieron fuego al templo, se arracimaron en su interior y se abrasaron vivos.

Toda la historia de Cartago está ensangrentada por muertes violentas: asesinatos políticos, crucifixiones de generales, el bárbaro trato infligido a los esclavos y gentes inferiores, las horribles atrocidades cometidas durante la rebelión de los mercenarios, las rituales matanzas en masa de los prisioneros de guerra, el sacrificio de no se sabe cuántas criaturas en homenaje a Baal. Pero además resulta curioso constatar que tanto el comienzo como el fin de Cartago estuvieran marcados por la autodestrucción: al igual que Elisa, la fundadora de Cartago, los últimos supervivientes de la ciudad se suicidaron en masa, bien a causa de la desesperación, bien en un último acto de homenaje a sus ardientes dioses. Cartago fue siempre, en numerosos aspectos, un lugar siniestro, y su fin parece propio de su historia.

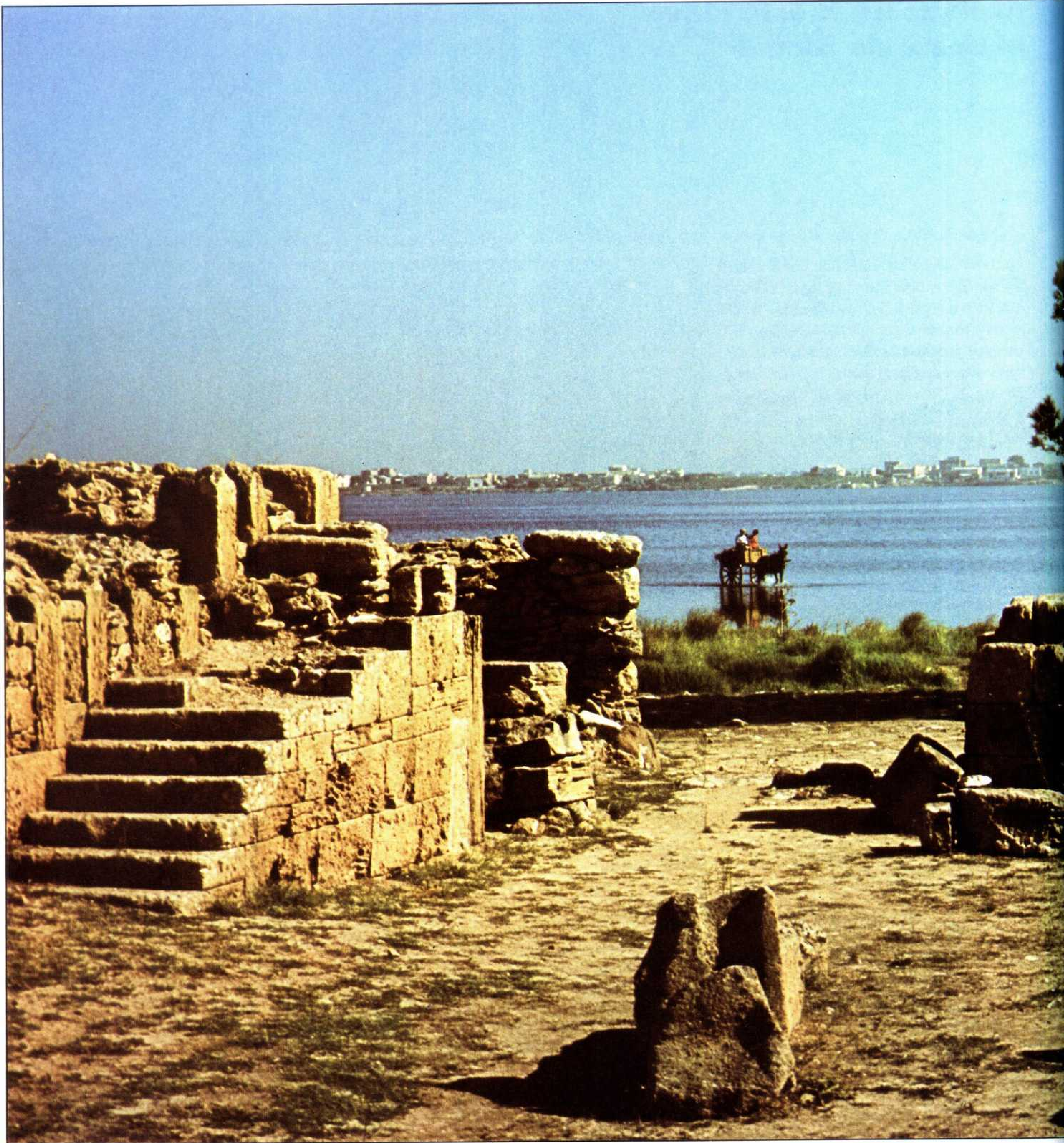
Motya: un fuerte clave al oeste de Sicilia

Hacia el año 600 antes de nuestra era, cuando los colonizadores griegos invadían el este de Sicilia, los cartagineses resolvieron contrarrestar esa competitiva expansión fortificando Motya, una pequeña isla enclavada frente al extremo occidental de Sicilia *(véanse mapas de abajo)*. La elección de Motya fue acertada. Esta isla tenía un excelente fondeadero, merced al brazo protector de Isola Lunga mar adentro. La escasa profundidad de las aguas que la separaban de la costa siciliana permitió construir una calzada elevada que la comunicara con Birgi, en tierra firme. Sin embargo, esta escasa profundidad resultó fatal, pues permitió al ejército griego avanzar con máquinas de asedio en el año 397 antes de nuestra era y servirse de ellas para derribar las murallas de Motya y destruir la ciudad. Con anterioridad a esto, no obstante, la importancia estratégica de Motya era considerable. Apoyándose en ella y en otras dos colonias, Solunto y Panormus (Palermo), Cartago pudo impedir durante más de 200 años el acceso de los griegos al Mediterráneo occidental.





La calzada de Motya, sumergida ahora 30 cm bajo el agua, es utilizada todavía por los carros sicilianos. Las piedras que emergen señalan su trayecto hasta Birgi, a kilómetro y medio de distancia.



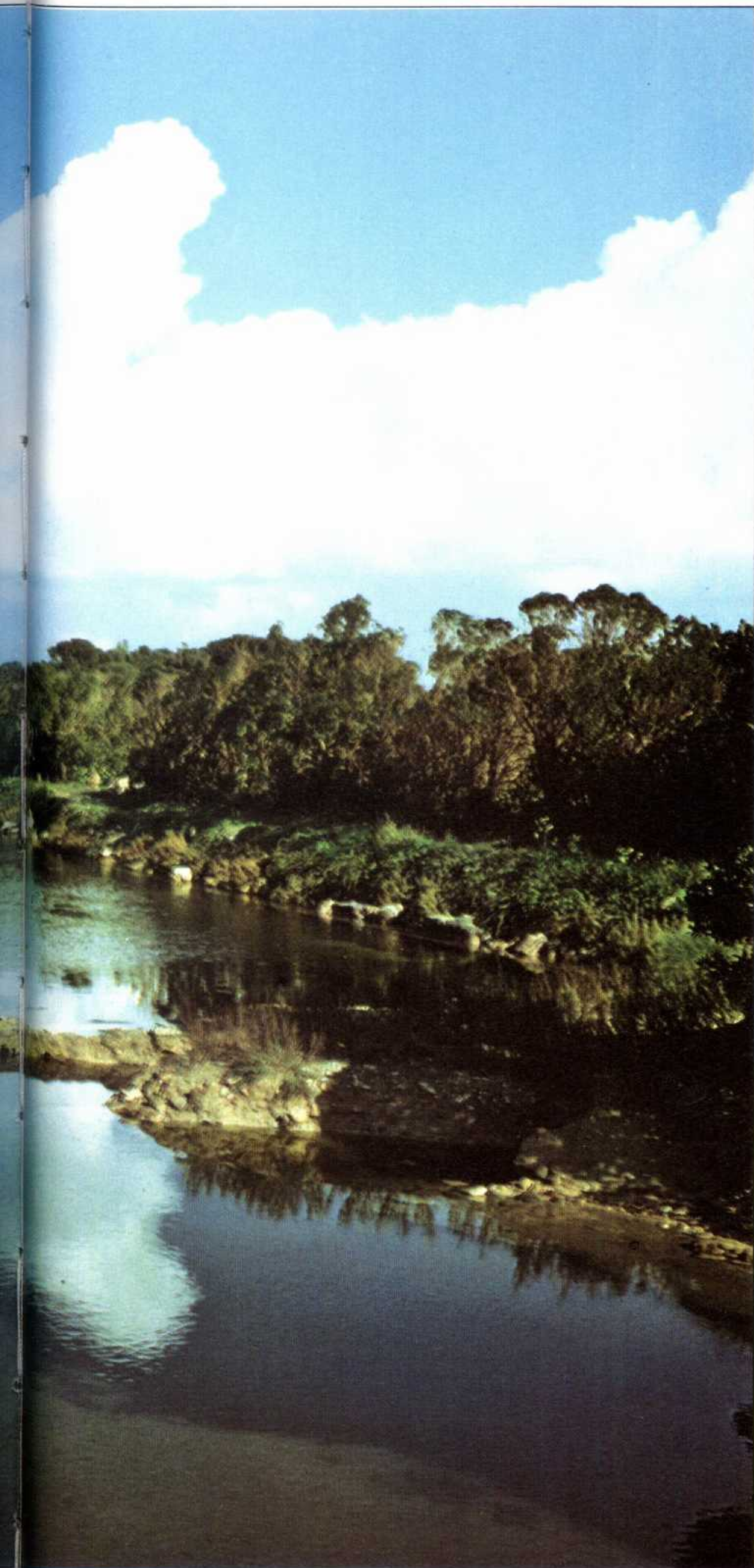




Motya, una isla circular de 600 metros de anchura, estaba rodeada por una gruesa muralla de unos 10 metros de alto, flanqueada de trecho en trecho por robustas torres. Había dos entradas poderosamente fortificadas: una hacia el norte, unida a tierra firme por una calzada, y otra hacia el sur, que servía como paso de salida al mar y que comunicaba con un cothon, un puerto interior artificial. El mapa sitúa otros importantes hallazgos arqueológicos: varias escalinatas exteriores; un primitivo cementerio, conocido como la Antigua Necrópolis; cerca de allí el tofet, donde se llevaban a cabo los sacrificios de criaturas, y dos moradas, la Casa de las Anforas y la Casa de los Mosaicos.

La entrada norte de Motya daba a la calzada, por la que vemos un carro que se acerca. Estaba flanqueada por dos gigantescas torres que dominaban una serie de puertas, las cuales habrían de ser tomadas una a una por el invasor que pretendiese entrar en la ciudad utilizando esta vía de acceso. A la izquierda se ven las escaleras que conducen a una de las torres. En el centro de la fotografía aparece la calle principal de Motya, dividida en su centro por las ruinas de un muro que separaba el tráfico de entrada y el de salida. En el pavimento pueden verse aún actualmente las rodadas producidas por las carretas de Motya.

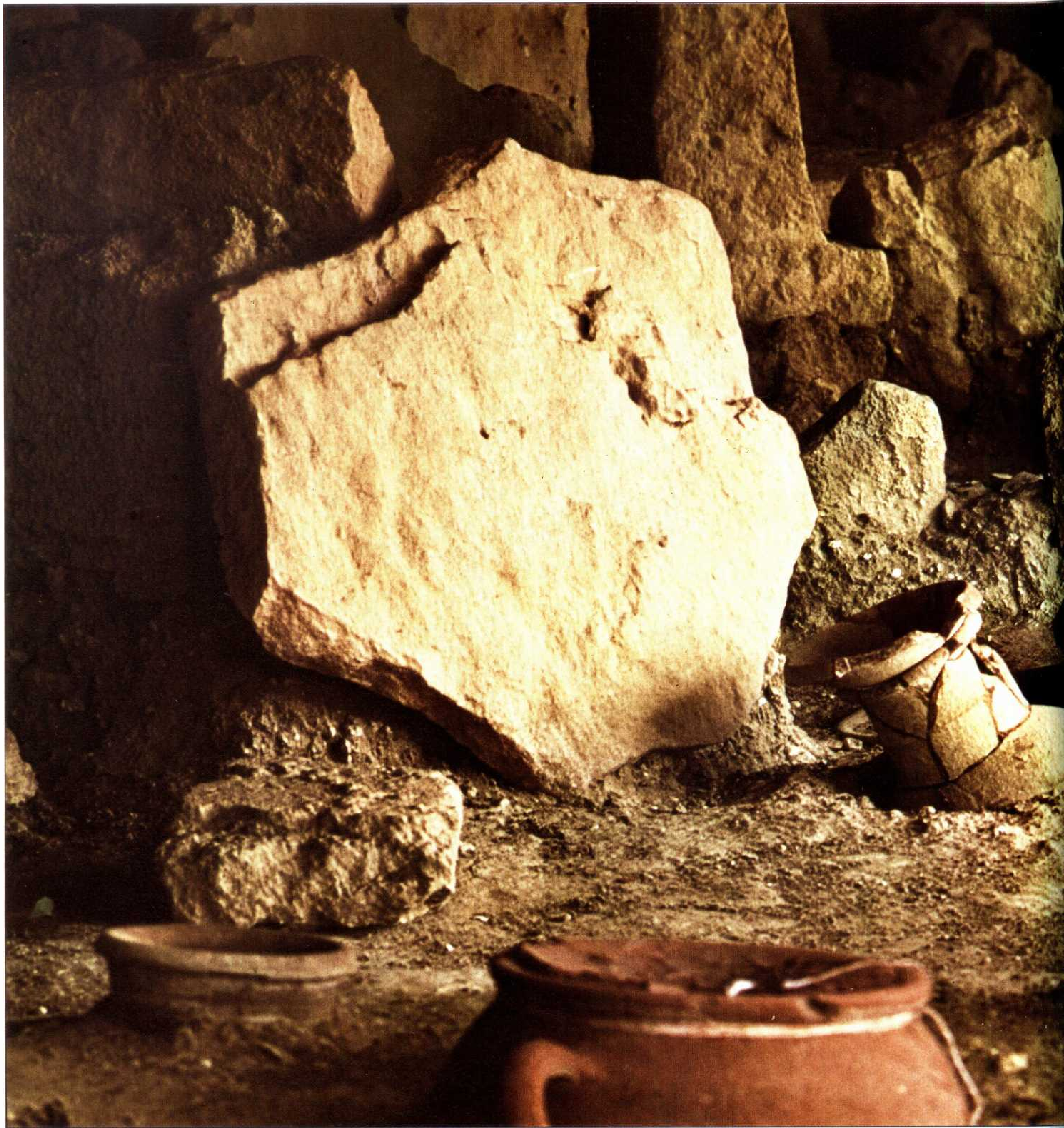




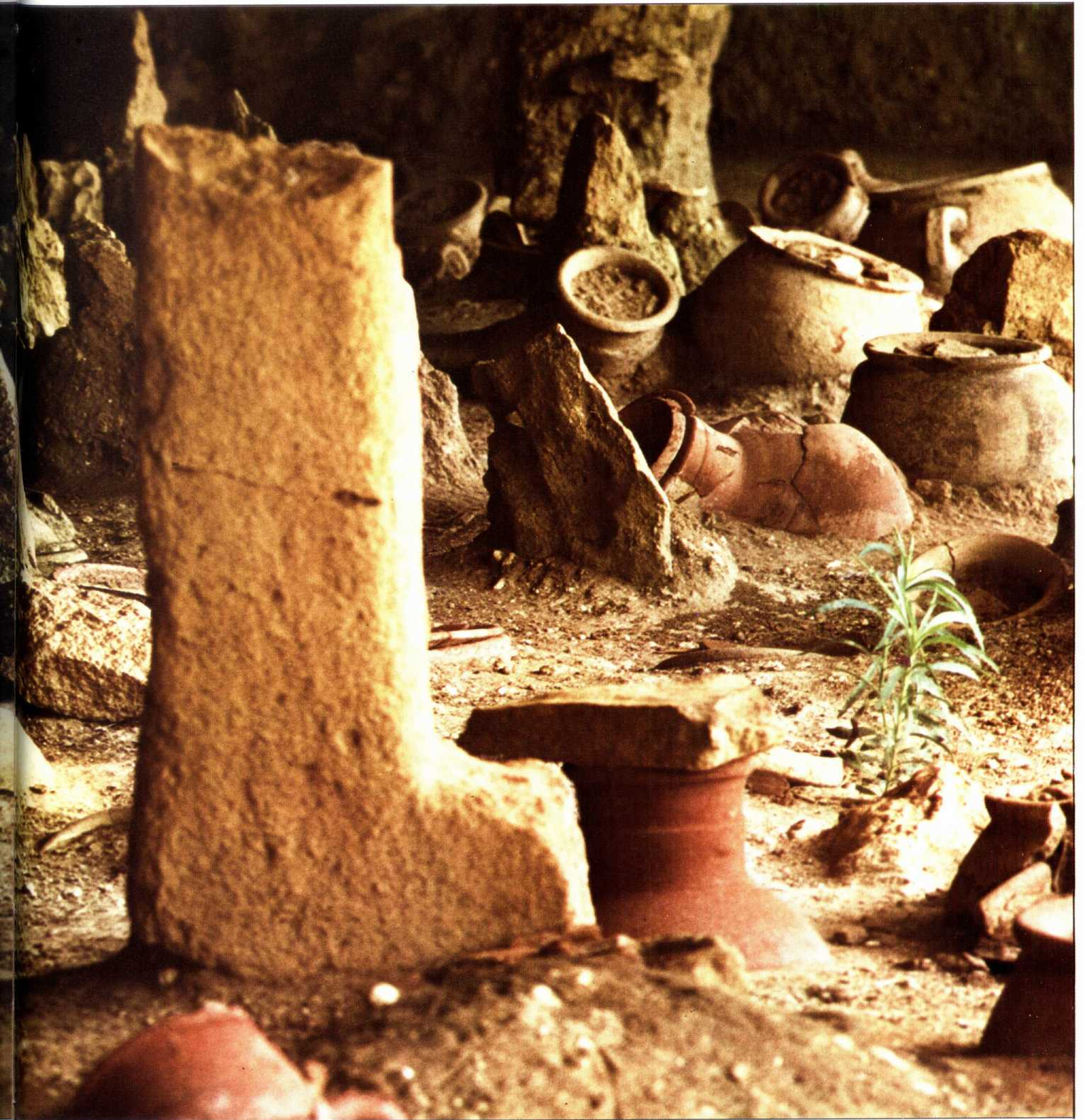


Unos bloques de piedra bordean la entrada al cothon o puerto interior de Motya. Algunos presentan agujeros en los lados, lo que sugiere que en ellos se introducían unas estacas para sujetar el barco mientras se realizaban reparaciones en el casco. También esta entrada estaba provista de sus torres de defensa. Durante el asedio a que se vio sometida Motya, el canal estuvo bloqueado por tres grandes rocas.

El cothon de Motya es el más reducido, pero a la vez el mejor conservado, de los puertos interiores fenicios. Tiene 51 metros de longitud, 35 de anchura y 3 de profundidad máxima. A él se entraba por el canal pavimentado que aparece en primer término, de unos 7 metros de ancho, a ambos lados del cual había unos desembarcaderos para descargar la mercancía. Es de suponer que, una vez dentro del cothon, el barco sería amarrado a una pared en espera de ser reparado, aparejado y cargado nuevamente.



En el tofet de Motya se han descubierto urnas de arcilla que aún contenían cenizas de criaturas y de crías de animales sacrificados. La piedra



l centro es una estela o lápida funeraria. Las estelas son bastante frecuentes en Motya, y suelen llevar grabado el símbolo de la diosa Tanit (página 131)

El Origen del Hombre

Este esquema muestra la progresión de la vida en la Tierra, desde sus primeras apariciones en las aguas del planeta recién formado, hasta la evolución del hombre; señala sus desarrollos físicos, sociales, tecnológicos e intelectuales hasta la Era Cristiana. Para ubicar estos avances en

GEOLOGÍA		DATADO EN MILES DE MILLONES DE AÑOS	
Precámbrico era más primitiva		4,5	Creación de la Tierra
		4	Formación del mar primitivo
			Origen de la vida: algas y bacterias unicelulares aparecen en el agua
		3	
		2	
		1	
		DATADO EN MILLONES DE AÑOS	
			Aparecen los primeros animales respirando oxígeno
		800	
			Los primitivos organismos desarrollan células especializadas interdependientes
		600	Aparecen los animales con concha invertebrados multicelulares
Paleozoico vida antigua			Evolución de los peces armados, primeros animales que poseen espina dorsal.
		400	Los pequeños anfibios se aventuran hacia la tierra firme
			Aparecen los reptiles y los insectos.
			Aparece el tecodonto, antepasado del dinosaurio
Mesozoico vida media		200	Comienza la era de los dinosaurios
			Aparecen los pájaros
			Los mamíferos viven al amparo de los dinosaurios
			Termina la era de los dinosaurios
		80	
Cenozoico vida reciente			Los prosimios, los primates más primitivos, se desarrollan en los árboles
		60	
		40	Se desarrollan los primates inferiores y los primates antropoides
		20	
		10	El *Ramapithecus*, el primate más antiguo conocido con evidentes rasgos de hombre, evoluciona en la India y África
		8	
		6	
		4	El *Australopithecus*, el antepasado primate más cercano al hombre, aparece en África

GEOLOGÍA	ARQUEOLOGÍA	DATADO EN MILLONES DE AÑOS	
Pleistoceno Inferior período más antiguo de la época más reciente	**Paleolítico Inferior** período más antiguo de la Edad de Piedra Antigua	2	Las herramientas más antiguas son fabricadas por el hombre en África
			El primer hombre verdadero, el *Homo erectus* aparece en las Indias Orientales y en África
		1	El *Homo erectus* emigra a lo largo de los trópicos del Viejo Mundo
		DATADO EN MILES DE AÑOS	
Pleistoceno Medio período medio de la época más reciente		800	El hombre aprende a controlar y a usar el fuego
		600	
			En gran escala, progresa la caza organizada de elefantes en Europa
		400	El hombre comienza a construir refugios artificiales con ramas
		250	Aparece el hombre de Neanderthal en Europa
		100	Aparece el *Homo sapiens sapiens* en África
		80	
Pleistoceno Superior último período de la época más reciente		60	Enterramientos rituales en Europa y el Oriente Medio sugieren la creencia en la vida futura
Último período glaciar	**Paleolítico Medio** período medio de la Edad de Piedra Antigua		Mamuts lanudos son cazados por los neanderthales en el norte de Europa
			El oso de las cavernas llega a ser el centro de culto en Europa
		40	
			El hombre se extiende hasta Australia
			El documento escrito más antiguo conocido, un calendario lunar en hueso, es hecho en Europa
	Paleolítico Superior último período de la Edad de Piedra Antigua		Los primeros artistas decoran los muros y los techos de las cavernas en Francia y España
		30	Son esculpidas estatuillas para la adoración de la naturaleza
		20	La invención de la aguja hace posible la costura
			Los cazadores asiáticos cruzan el estrecho de Bering para poblar América del Norte y del Sur
			Comienza la caza de bisontes en los grandes llanos de Norteamérica
		10	Se inventa el arco y la flecha en Europa
Holoceno época actual	**Mesolítico** Edad de Piedra Media		La alfarería empieza en Japón
		9	Se domestica la oveja en el Próximo Oriente

▼ 4.000 millones de años ▼ 3.000 millones de años

▲ Origen de la Tierra (4.500 millones) ▲ Origen de la vida (3.500 millones)

secuencias cronológicas utilizadas en forma común, la columna de la izquierda de cada una de las cuatro secciones del esquema identifica las grandes Eras geológicas en las que se divide la historia de la Tierra, mientras que la segunda columna registra las edades arqueológicas de la historia humana. Las fechas claves de los orígenes de la vida y de los logros principales del hombre aparecen en la tercera columna. El gráfico no está a escala; la razón es clara con la franja de abajo, la cual representa en escala lineal los 4.500 millones de años comprendidos en el esquema.

GEOLOGÍA	ARQUEOLOGÍA	AÑOS a. de C.	
Holoceno *(cont.)*	**Neolítico** Edad de Piedra Moderna	9000	El perro es domesticado en Norteamérica
		8000	Se funda Jericó, la primera ciudad
			Se domestica la cabra en Persia
			El hombre cultiva sus primeras mieses, trigo y cebada en el Oriente Medio
			El maíz es cultivado en México
		7000	Un modelo de vida de pueblo nace en el Oriente Medio
			Çatal Hüyük, lo que ahora es Turquía, llega a ser el primer centro comercial
			Se inventa el telar en el Oriente Medio
		6000	El ganado es domesticado en el Próximo Oriente
			La agricultura comienza a reemplazar a la caza en Europa
	Edad del Cobre		El cobre es usado en la industria en la región mediterránea
		4800	El monumento de piedra maciza más antiguo conocido es construido en Bretaña
		4000	Los botes de vela son usados en Egipto
	Edad del Bronce		Las primeras ciudades surgen en los llanos de Sumer
			Los sellos cilíndricos comienzan a ser usados como señas de identificación en el Oriente Medio
		3500	Se inventa la rueda en Sumer
			El hombre comienza a cultivar el arroz en el Lejano Oriente
			Se domestica el caballo en Rusia del Sur
			Los mercaderes navegantes egipcios comienzan a recorrer el Mediterráneo
			El primer escrito pictográfico redactado en el Oriente Próximo
			El gusano de seda es domesticado en China
		3000	El bronce es usado por primera vez para hacer herramientas en el Oriente Medio
			La vida ciudadana se propaga hasta el valle del Nilo
			El arado se desarrolla en el Oriente Medio
			Un calendario preciso basado en observaciones estelares se inventa en Egipto
		2800	Stonehenge, el más famoso de los monumentos megalíticos antiguos, es comenzado en Inglaterra
			Las pirámides son construidas en Egipto
		2600	Una variedad de dioses y héroes son glorificados en *Gilgamesh* y otras epopeyas del Oriente Medio
		2500	Surgen las ciudades en el valle del Indo

GEOLOGÍA	ARQUEOLOGÍA	AÑOS a. de C.	
Holoceno *(cont.)*	**Edad del Bronce**		Evidencia más antigua del uso de esquís en Escandinavia
			El código de leyes más primitivo es redactado en Sumer
			Las sociedades minoas de palacio comienzan en Creta
		2000	Se domestican las gallinas y los elefantes en el valle del Indo
			El uso del bronce se propaga a Europa
			Comienza la cultura esquimal en la región del estrecho de Bering
		1500	Embarcaciones que pueden navegar por el océano, le permiten al hombre llegar a las islas del Pacífico Sur
			Esculturas ceremoniales de bronce se funden en China
			Se establece el gobierno imperial, que incluye provincias distantes, por los hititas
		1400	Se usa el hierro en el Oriente Medio
	Edad del Hierro		El primer alfabeto completo manuscrito es inventado por las gentes de Ugarit, en Siria
			Moisés conduce a los israelitas fuera de Egipto
		1000	El reno es domesticado en Eurasia
		900	Los fenicios desarrollan el alfabeto moderno
		800	El uso del hierro se propaga por toda Europa
			Los nómadas a caballo aparecen en el Próximo Oriente como nueva fuerza poderosa
			El primer sistema de carreteras es construido en Asiria
			Homero compone *La Iliada* y *La Odisea*
			Se funda Roma
		700	Comienza la civilización etrusca en Italia
			Ciro el Grande gobierna el imperio persa
			Se establece la República de Roma
		500	Se inventa la carretilla en China
		200	Son escritos los épicos *Mahabharata* y *Ramayana* acerca de los dioses y los héroes de la India
			Se inventa la rueda de agua en el Oriente Medio
		0	Comienza la era cristiana

2.000 millones de años
1.000 millones de años
Primeros hombres (2 millones)
Primeros animales respirando oxígeno (900 millones)
Primeros animales con espina dorsal (470 millones)

Procedencia de las ilustraciones

Las fuentes para las ilustraciones de este libro están indicadas más abajo. De izquierda a derecha están separadas por un punto y coma, de arriba abajo, por un guión.

8-Pintura por, Birney Lettick, fotografía del fondo por David Lees. 12, 13-Mapa por Rafael D. Palacios. 14, 15, 16-Nik Wheeler de Black Star. 19-Giraudon, por cortesía del Museo del Louvre. 22-Pierre Boulat, por cortesía del Museo del Louvre. 25-Novosti Press Agency, por cortesía del Museo Pushkin de Bellas Artes, Moscú. 27, 28, 29-Cortesía del Museo de la Universidad, Universidad de Pennsylvania. 30, 31-Cortesía del Museo de la Universidad, Universidad de Pennsylvania, excepto extrema derecha, Herb Greer y Peter Throckmorton de la agencia de fotografía Nancy Palmer. 32-Michael Holford, por cortesía de los Miembros Directivos del Museo Británico. 35-Sunday Times-Honor Frost y David Singmaster. 36, 37-Dibujos por Ted Lodigensky. 40-Reproducción por James Alexander. 43-No hay créditos. 45, 47-Dibujos por Ted Lodigensky. 49 hasta 55- Ilustraciones por Fred Freeman. 56-C. M. Dixon. 59-Nik Wheeler de Black Star. 60-Frank Lerner de libros de la colección de la Biblioteca de Historia Natural del American Museum, excepto arriba a la izquierda Frank Lerner, por cortesía de la Biblioteca Pública de Nueva York. 63-El departamento israelita de Antigüedades y Museos, Israel. 64-David Lees, por cortesía del Museo Archeologico Nazionale, Cagliari. 69-Erich Lessing de Magnum, por cortesía del Museo Nacional del Líbano, Beirut. 73-David Lees, por cortesía del Whitaker Museum, Motya. 74-Por cortesía de los Miembros Directivos del Museo Británico. 75-Por cortesía del Instituto Oriental, Universidad de Chicago; David Lees, por cortesía del Whitaker Museum, Motya; Hirmer Fotoarchiv, Munich, por cortesía del Museo de Irak, Bagdad. 76-David Lees, por cortesía del Museo Archeologico Nazionale, Cagliari; por cortesía de los Miembros Directivos del Museo Británico. 77-David Lees, por cortesía del Whitaker Museum, Motya-David Lees, por cortesía del Museo Archeologico Nazionale, Cagliari. 78-David Lees, por cortesía del Museo Archeologico Nazionale, Cagliari. 79-Cortesía de los Miembros Directivos del Museo Británico. 80-Por cortesía de los Miembros Directivos del Museo Británico; Ashmolean Museum, Oxford. 81-David Lees, Museo Nazionale di Villa Giulia, Roma, cortesía del Soprintendenza dell'Etruria Meridionale. 82-Por cortesía del Museo de la Universidad, Universidad de Pennsylvania de *The Monuments of Nineveh,* Volumen I, por A.H. Layard. 87-Por cortesía de los Miembros Directivos del Museo Británico de *The Monuments of Nineveh,* Volumen I, por A.H. Layard; por cortesía de los Miembros Directivos del Museo Británico. 88, 89-Por cortesía de los Miembros Directivos del Museo Británico. 90-Por cortesía del Instituto Oriental, Universidad de Chicago. 93-Peter Davey, por cortesía de los Miembros Directivos del Museo Británico. 94-David Lees, por cortesía del Musée National, Cartago; por cortesía del Instituto Oriental, Universidad de Chicago; Archives Photographiques-Boitier-Connaissance des Arts-TOP por cortesía del Museo del Louvre. 96, 97-Erich Lessing de Magnum, por cortesía del Museo Nacional del Líbano, Beirut. 98-Por cortesía de los Miembros Directivos del Museo Británico. 100 hasta 103-Mirko Toso, por cortesía del Instituto Helénico de Estudios Bizantinos, Venecia. 104-Lauros-Giraudon, por cortesía del Museo del Louvre. 107-Roger Wood, por cortesía del Musée National du Bardo, Túnez. 108-James B. Pritchard, por cortesía del Museo del Louvre. 109-Giraudon, por cortesía del Museo del Louvre, excepto extrema izquierda, Archives Photographiques, por cortesía del Museo del Louvre. 111-Erich Lessing de Magnum, por cortesía del Museo Nacional del Líbano, Beirut. 115-David Lees, por cortesía del Museo Topkapi Sarayi Arqueológico, Estambul. 116-David Lees, por cortesía del Arkealgï Müzeleri, Estambul. 117-Giraudon, por cortesía del Museo del Louvre. 119-Peter Keen, por cortesía del Museo de la Universidad Americana de Beirut, Líbano. 120-Erich Lessing de Magnum, por cortesía del Museo Nacional del Líbano, Beirut. 123 hasta 127-Pinturas por Don Punchatz basadas en material suministrado por G. Ernest Wright y The Howland-Garber Model Reconstruction of Solomon's Temple. 128-David Lees, por cortesía del Whitaker Museum, Motya. 131-Archives Photographiques, por cortesía del Museo del Louvre. 133-Por cortesía del Musée National du Bardo, Túnez. 135-Honor Frost. 136-David Lees. 138-David Lees, por cortesía del Museo Archeologico Nazionale, Cagliari-David Lees, por cortesía del Whitaker Museum, Motya; David Lees, por cortesía del Museo Archeologico Nazionale, Cagliari; David Lees, por cortesía del Musée National du Bardo, Túnez. 139-David Lees, por cortesía del Musée National, Cartago. 142, 143-David Lees, por cortesía del Whitaker Museum, Motya. 145-Frank Lerner, por cortesía de la Sociedad Numismática Americana. 147-Por cortesía del Istituto Archeologico Germanico, Roma. 148-Peter Davey, por cortesía de los Miembros Directivos del Museo Británico. 151, 152, 153-David Lees. 154, 155-Maitland A. Edey. 156 hasta 159-David Lees.

Agradecimientos

Por la ayuda aportada a la preparación de este libro, los editores transmiten sus más expresivas gracias a R. Tucker Abbott, du Pont Chair of Malacology, Museo de Historia Natural de Delaware, Greenville, Delaware; La Sociedad Numismática Americana, Nueva York; Pierre Amiet, Conservador Jefe, Departamento de Antigüedades Orientales, Museo del Louvre, París, Francia; Giuseppe Azzarello, Administrador, Fundación Whitaker, Palermo, Italia; Leila Badre, Encargada Auxiliar, Museo de la Universidad Americana de Beirut, Líbano; Ferruccio Barreca, Superintendente, Museo Nazionale Archeologico, Cagliari, Italia; Catherine Bélenger, Relaciones Públicas, Museo del Louvre, París, Francia; Carmine Belluardo, Superintendencia para Antigüedades, Palermo, Italia; Hares Boustany, Conservador, Museo Nacional, Beirut, Líbano; Lionel Casson, Profesor de Estudios Clásicos, Universidad de Nueva York, Nueva York; Annie Caubert, Conservadora, Departamento de Antigüedades Orientales, Museo del Louvre, París; Emir Maurice Chehab, Director General, Departamento de Antigüedades, Beirut, Líbano; Necati Dolunay, Director, Museo Arqueológico, Estambul, Turquía; William K. Emerson, Conservador, Departamento de Invertebrados Vivientes, Museo Americano de Historia Natural, Nueva York; Honor Frost, Directora, Excavación de Embarcación Púnica, Marsala, Italia; Paul L. Garber, Profesor de Biblia y Religión, Agnes Scott College, Decatur, Georgia; Instituto Germánico de Arqueología, Roma, Italia; Mogens Gjödesen, Conservador de Antigüedades Griegas y Romanas, New Carlsberg Sculpture Gallery, Copenhague, Dinamarca; Ralph Hachmann, Profesor de Historia antigua, Universidad de Saarbrücken, Alemania; B.S. Isserlin, Profesor de Estudios Semíticos, Universidad de Leeds, Inglaterra; Norman Kotker, Nueva York; Baruch A. Levine, Profesor de Hebreo, Departamento de Lenguas y Literaturas del Próximo Oriente, Universidad de Nueva York, Nueva York; M. I. Manussacas, Director, Instituto Helénico de Estudios Bizantinos, Venecia, Italia; Mario Moretti, Superintendente, Villa Giulia Etruscan Museum, Roma, Italia; Sabatino Moscati, Director, Instituto de Estudios del Próximo Oriente, Universidad de Roma, Italia; el rabino Yochann Muffs, Nueva York; Museo Nacional, Cartago, Túnez; Francesco Pugliese, Isla de Motya, Marsala, Italia; Vincenzo Pugliese, Isla de Motya, Marsala, Italia; Roger Saidah, Conferenciante en Arqueología, Universidad Americana de Beirut, Líbano; el doctor Shawki Shaath, Departamento de Antigüedades, Damasco, República Arabe-Siria; Françoise Tallon, Investigadora, Departamento de Antigüedades Orientales, Museo del Louvre, París, Francia; Geneviève Teissier, Departamento de Antigüedades Orientales, Museo del Louvre, París, Francia; Peter Throckmorton, Arqueólogo Marino, Kastella, Pireo, Grecia; Departamento de Antigüedades Asiáticas Occidentales, Museo Británico, Londres, Inglaterra; G. Ernest Wright, Parkman Profesor of Divinity, Harvard School of Divinity, Universidad de Harvard, Cambridge, Massachusetts.

Bibliografía

General

Burn, Andrew Robert, *Persia and the Greeks.* Edward Arnold, 1962.
Beer, Sir Gavin de, *Hannibal.* Thames and Hudson, 1969.
Hammond, Nicholas Geoffrey Lempriere and H. H. Scullard (Eds.), *The Oxford Classical Dictionary.* Oxford University Press, 1970.
Harden, Donald, *The Phoenicians.* Penguin Books, 1972.
Hitti, Philip K., *Lebanon in History.* Macmillan, 1967.
Jidejian, Nina:
Byblos Through the Ages. Argonaut Inc., 1969. Machreq, 1968.
Sidon Through the Ages. Machreq, 1972.
Tyre Through the Ages. Machreq, 1969.
Moscati, Sabatino, *The World of the Phoenicians.* Weidenfeld and Nicolson, 1968.
Olmstead, A. T., *History of the Persian Empire.* Phoenix Books, University of Chicago Press, 1948.
Singer, Charles, Etc. (Eds.), *A History of Technology, Vols. I and II.* Oxford University Press, 1954.
Snodgrass, Anthony M., *Arms and Armour of the Greeks–Aspects of Greek and Roman Life,* Thames and Hudson, 1967.

Arqueología

Bass, George, *Archaeology Under Water.* Penguin Books, 1970.
Ancient Peoples and Places Series. Thames and Hudson, 1966.
Landay, Jerry, *Silent Cities, Sacred Stones–Archaeological Discoveries in the Land of the Bible.* Weidenfeld and Nicolson, 1971.
Pritchard, James B., *The Ancient Near East in Pictures.* Princeton University Press, 1970.
Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament. Princeton University Press, 1970.
UNESCO, *Underwater Archaeology: A Nascent Discipline,* Museums and Monuments Series. HMSO, 1972.
Wright, G. Ernest, *Biblical Archaeology.* Duckworth, 1962.

Cartago y Motya

Picard, Gilbert and Picard, Colette, *Life and Death of Carthage.* Sidgwick and Jackson, 1968.
Warmington, B. H., *Carthage.* Robert Hale, 1969.

Barcos y travesías

Bass, George, *A History of Seafaring,* (Ed.). Thames and Hudson, 1972.
Casson, Lionel, *The Ancient Mariners.* Victor Gollancz, 1959.
Ships and Seamanship in the Ancient World, Princeton University Press, 1971.
Landström, Björn, *The Ship.* George Allen and Unwin, 1961.
Morrison, John Sinclair and R. T. Williams, *Greek Oared Ships, 900-322 B. C.* Cambridge University Press, 1967.

Escritores antiguos

The Bible, Revised Standard Version:
Oxford University Press.
C.T.S.
Wm Collins.
Nelson.
SPCK.
Lutterworth Press.
Fontana Books.
Heródoto, *Histories, Greek,* Translated by Aubrey De Selincourt. Penguin Books, 1971.
Homero, *The Odyssey.* Loeb Classical Library, Heinemann.
Livio, *Roman History, Books I-V.* Penguin Books, 1969.

Indice

A
Acuñación y monedas, 93, 101, 145, 148
Africa: circunnavegación fenicia de, 10, mapa 12-13, 62-63
Agricultura, 66, 132
Ahiram, rey de Biblos, 96-97
Alejandro Magno, 10, 103, 122, 135, 144
sarcófago de, 114
Alfabeto, desarrollo de, 9, 95-96
Amílcar Barca, 10, 121, 145-146
Amoritas, 15,23
Aníbal (general), 136-137
Aníbal el Grande, 10, 121, 146-149
imagen en moneda, 148
ruta, mapa 12, 63-64, 148
Arados, mapa 12-13, 17
Arca de la Alianza, 126-127
Arcilla, figurillas de, 110, 121, 128
Aristocracia, 89, 92, 132, 144
Arte fenicio, elementos de diseño extranjero en, 109, 113, 114, 115, 116-117, 118, 120, 141-142, 158
Artemisa, reina de Halicarnaso, 50
Asarhaddon, rey de Asiria, 87, 91
Asdrúbal (hijo de Amílcar Barca), 121, 146, 148
Asdrúbal (yerno de Amílcar Barca), 10, 121, 146
Asiria (asirios), 10, mapa 13, 14, 17, 22, 32, 46, 49, 57-58, 71-72, 74, 82, 83-91, 105
Astarté (diosa), 106, 108-109, 115, 118, 121-122, 129
Asurbanipal, rey de Asiria, 87-88
Asurbanipal II, rey de Asiria, 80, 86
Atenas, mapa 12, 50, 103, 136
moneda, 145

B
Baal (dios), 105-106, 108-109, 121, 122, 123, 150
Baal, rey de Tiro, 87-88, 91
Babilonia (babilonios), 10, mapa 13, 14, 20, 57, 105, 125
Balsas, 36, 37-38
Barcas fluviales, 38, 41
Bárcida, dinastía, 10, 121, 145-146
Bass, George, 9, 17-18, 27, 30-31
Betilo, piedra sagrada, 111, 126
Biblia, 10, 15, 60, 85, 99, 105, 106, 112, 123, 124, 126, 130
Biblos, habitantes de, 9, mapa 12-13, 17, 57
ataques asirios a, 85-86
dioses de, 106
palacio de, 24-25
Birremes, 32, 46-47
Botavara (verga), 41, 42, 43, 45
Bronce, 18, 62
Buques de carga, 8, 22, 40, 41-43, 45, 87
Buques de guerra, 32, 34, 43-48, 50-55, 87, 147
propulsión de, 40, 43, 53-55

C
Cananeos, de la costa, 14, 15, 19-24, 105
construcciones de barcos, 38-40
Carbono, datación mediante el, 131
Cartago, ejército, 133, 134, 144, 145
artefactos de bronce, 94, 133
cerámica, 71, 131-132, 143
comercio, 65-66, 133, 135, 144-145
costumbres funerarias, 119-121
dioses y religión, 106, 107, 121-122, 129, 131, 132, 135
estelas, 121, 122, 131
fundación de, 10, 20, 67, 72, 91, 121, 129-132
generales de, 132, 134, 135, 136, 144, 145-146, 150
gobierno, 91, 132, 134, 135, 144
guerras navales y escuadra, 47, 72, 134, 145, 150
guerras púnicas, 10, 143, 144, 145, 146-150
guerras sicilianas, 10, 102, 135, 136, 137-140, 143-144
máscaras de terracota, 138-139
viajes de exploración, mapa 12, 63-64, 136
Casas, 82, 83
en Motya, 141, 142, 158-159
materiales de construcción, 59, 141
Cedros del Líbano, 15, 22
Celtas, 64, 146
Cerámica: como prueba arqueológica, 70
fecha de, 71, 131-132
fenicia, 69, 70-71, 84, 131-132, 141, 142
procedimiento de la pasta aguada rojiza, 70, 131-132, 141
Ciudades fenicias, 9, 11, mapa 12-13, 14, 66-67, 82
fortificaciones, 84-85, 92, 129, 133, 136, 137-140, 151, 153, 155
organización social y política, 88-92, 132-133, 134
Cobre, 62
fuentes, 62
lingotes, 8, 30-31, 56
Comercio, 10, 57-62, 65-67, 133-135, 144-145
de esclavos, 62, 90, 135
mercancías, 58-59, 61, 62, 67, 71, 73-81, 99-100, 134
métodos de trueque, 65-66
rutas, mapa 12-13
Consejo de los 104, Cartago, 134, 144
Construcción de barcos, 36-37, 38-47
buques de carga, 41-43, 45
buques de guerra, 43-47, 53-55, 147
Cothon de Motya, 142, 153-155
Cremación, 119-121, 142-143
Creta, mapa 12-13, 21, 58
civilización minoica, 20-21
factorías fenicias, 66, 71
Cuneiforme, escritura, 95-96, 97

CH
Charles-Picard, Colette y Gilbert, 90, 122, 135
Chipre, map 13, 18, 58
factorías fenicias, 66, 71
fuente de cobre, 18, 56, 62

D
Darío el Grande, rey de Persia, 91, 101
David, rey de Israel, 60, 123
Dido, reina de Cartago, 130
Dionisio de Siracusa, 137, 140, 141, 142
Dioses, 104, 105-106, 108-109, 121, 128, 131

E
Egipto, 10, mapa 13, 57, 71, 131
arte y conocimiento prácticos empleados por los fenicios, 73, 76-77, 78, 80-81, 94, 96, 99, 109, 127
comercio, 20-21, 22, 24-26, 40, 58, 95
evolución del barco, 37, 38, 39, 40, 41
imperio de, 17, 21-24
influencia en las costumbres funerarias fenicias, 112-113, 116-117, 118
jeroglíficos, 96
El (dios), 105, 106, 123
Elisa, princesa, 91, 121, 129-130, 132, 150
Embalsamamiento, 112-113, 115-118
Enterramiento, costumbres de, 112-121, 142
Escipión, Publio Cornelio, 10, 149
Esclavitud, 46, 62, 65, 90, 107, 150
Escritura, 95-97
cuneiforme, 95-96, 97
fenicia, 64, 95-96, 97, 101
jeroglífica, 96
pictográfica, 95, 96
silabario y alfabeto, 95-96
Escultura fenicia, 19, 108-109, 111, 115, 120
Esfinge alada, motivo artístico, 63, 124-125, 126-127
España (Iberia), 10, mapa 12, 143
colonias fenicias, 13, 14, 20, 146
comercio de metales, 62, 64, 66, 67, 72, 130, 133, 146
Nueva Cartago, 10, 146
Esparta, mapa 12, 103, 136
Estaño, 62
fuentes de, 62, 133
Estelas votivas, 121, 122, 131, 142, 157
Etruscos, mapa 12, 13, 133
aliados de Cartago, 10, 133, 134
Exploración, viajes de, mapa 12-13, 62-65, 136

F
Factorías, 11, mapa 12-13, 58, 62, 66-67
Fenicia occidental, 9, 67, 100, 119, 121, 129-150
Cartago como líder de, 72, 129, 132, 135, 145
fecha de fundación, 67-72, 130-132
fin de, 10, 150
Fenicia oriental, 9, 67, 83-103, 106, 119, 121
declive, 100
fin de, 10, 103
surgimiento, 10, 18-21, 24-26, 57
Fenicios: surgimiento de, 10, 18-21, 24, 57

identidad de, 14-15
reputación como mercaderes, 65-66, 129
Fortificaciones, 82, 84-85, 92, 129
en Motya, 133, 136, 137-140, 151, 153, 155
Frost, Honor, 33-36

G
Gades (Cádiz), mapa 12, 14, 72
Galeras, de guerra, 44-48
Gelidonya, naufragio de, 9, mapa 13, 17-18, 19, 20, 27-31, 33
Gobierno, 15, 88-89, 90-92
de Cartago, 91, 132, 134, 135, 144
Gránico, batalla del río, 103
Grecia, griegos, 10, 11, mapa 12, 17, 91
alfabeto de, 96
arte y diseños artesanales copiados por los fenicios, 94, 99, 113, 114, 115, 118, 120, 141-142, 158
buques de guerra de, 44, 46, 47, 48, 53, 54-55
influencia, 99, 102-103
monedas, 101, 145
Guerras médicas, 10, 49-52, 101-102, 135
Guerras navales, 43-48, 49-52
Guerras púnicas: Primera, 10, 144, 145
Segunda, 10, 146-149
Tercera, 10, 143, 150
Guerras sicilianas, 10, 102, 122, 135, 136, 137-140, 143-144

H
Hannón, exploración de la costa africana occidental por, mapa 12, 63-64, 136
Harden, Donald, 10, 129
Hebreos, 10, 88, 105, 106
Heródoto, 11, 49, 62-63, 65, 101
Hierro: punta de lanza, 135
introducción del fundido, 62
Himilcón, viaje a las Islas Británicas, mapa 12, 64, 136
Hititas, mapa 13, 17, 21, 22-23
Homero, 10, 11, 45, 90
identidad de, 68-69

I
Idolos, culto a, 105, 126
Ilíada (Homero), 11, 68-70
Incesto, en matrimonio real, 118, 129
Inhumación, 119, 142
Isola Lunga, mapa 151
naufragio, 33-34, 35, 36-37
Israel, 14, 15, 85, 88, 96, 123
religión, comparada con la fenicia, 105, 106, 124, 126
Italia: colonias griegas en el sur de, 67, 72
etruscos, mapa 12, 133

J
Jerjes, rey de Persia, 44, 49, 50, 101-102
Jerusalén, templo, 112, 123-127
Jonia, mapa 13, 20, 21, 102
Joyería, 59, 76, 78, 97

L
Líbano, 9, 14, 15, 109
cedros del 15, 22
clima, 17
costa, 14
Libia, libios, mapa 12
Cartago y, 122, 129, 132-133, 150
terminología, 62
Luli, rey de Tiro, 87, 88

M
Macedonia, macedonios, 103
Madera: cedros del Líbano, 15, 22
desforestación, 16
trabajo en, 59-60
Malta, mapa 12, 61
factorías fenicias, 13, 20, 67
Marfil: fuentes, 62, 74, 135
comercio, 62, 134
esculturas, 59, 74-75, 90, 94, 98, 104
paneles de muebles, 63, 74
Marsala, mapa 12
naufragio de, 9, 33-34, 35, 36-37
Máscaras de terracota, 138-139
Masinisa, rey libio, 150
Meggido, artefactos de marfil de, 75, 90, 94
Melqart (dios), 61, 106, 121-122
Mesopotamia, mapa, 13, 73
diseños artesanales y conocimientos prácticos empleados por los fenicios, 73-78, 80-81, 99
escritura cuneiforme, 95-96, 97
Metales: fuentes de, 62
comercio, 62, 64, 66, 67, 72, 130, 133-134, 135
Metalurgia, 59, 76-77, 80-81
instrumentos, 18
Momias, 112-113, 115-116, 118
Monarquía, 88-89, 91, 92
Motya, 9, mapa 12, 14, 61, 67, 72, 133, 137-143
cothon, ver Cothon de Motya
fundación de, 10
Muebles, 59, 74, 83
paneles de marfil para, 63, 74
Murallas, de ciudad, 82, 84-85, 92
en Motya, 133, 136, 137-140, 151, 153
Múrice, 58, 60-61, 141

N
Nabucodonosor II, rey de Babilonia, 10, 58, 91, 100
Necao, faraón, 62-63
Nimrud, miniaturas de marfil, 74-75
Nínive, mapa 13, 20, 46
relieve mural en, 82
Nora, mapa 12
piedra de, 64
Norte de Africa, 10, mapa 12-13, 62
ciudades fenicias en, mapa 12, 14, 20
relaciones de Cartago con tribus nativas, 122, 132-133, 143, 144-145, 150
Nueva Cartago (Carthago Nova), 10, mapa 12, 146

O
Oficios, habilidad y eclecticismo fenicios en los, 59-60, 73-81, 94, 99, 114, 141-142, 158
Ofir, mapa 13, 60-62
Orfebrería de la plata, 59, 76, 80, 81, 94
Orfebrería del oro, 59, 76-77
Oro: fuentes, 56, 62
comercio, 62, 135

P
Papiro, 93-95, 97
de Wen-Amón, 24, 25, 26
Persia, persas, 10, mapa 13
dominio de Fenicia por, 49, 100-101
imperio de, 17, 85, 91, 100-103
los fenicios como aliados de, 44, 49, 50-52, 93, 101-103, 135
Pictográfica, escritura, 95, 96
Piraguas, 37-38, 39
primeras galeras de guerra, 44
Piratería, 21, 26, 105
Pritchard, James B., 84, 110, 111, 131
Pueblos del mar, 21, 105

R
Religión, 89, 97, 105-122
Remos: invento de los, 40
múltiples hileras de, 46-47, 53-55
sobre pescante, 44, 53, 54-55
Reyes y reinos, 15, 17, 88-89, 90-92
poder sacerdotal, 89, 115, 118
Rodas, mapa 13, 66, 71
Roma, mapa 12, 91, 136, 144
ejército, 144-146
enemiga de Cartago, 132, 133, 144-145, 146-150
generales, 146-149
influencia naval, 145, 146, 147

S
Sacerdotes, 89, 107-110, 122
Sacrificios de animales, 106-107, 110, 124, 143
Sacrificios humanos, 105, 106-107, 110, 122, 135, 143, 150
Sagunto, mapa 12, 148
Sáhara, comercio, mapa 12, 13, 62, 135
Salamina, mapa 12
batalla de, 10, 44, 50-55, 102
Salomón, rey de Israel, 60, 62, 123
templo de, 60, 112, 123-127
Santuarios, 110-111
Sarcófagos, 112-119
Sarepta, 11, mapa 12, 84-85, 92, 110-111, 131-132
Semitas, 14-15
lengua y escritura, 96, 101
tradición de gobierno monárquico, 88
Semítico occidental del norte, grupo de lenguas, 96
Sicilia, mapa 12, 13, 137
colonias cartaginesas-fenicias, 10, 14, 20, 67, 71, 72, 102, 143
expulsión de los cartagineses, 145

fechas de la presencia fenicia y de la griega, 67-72
rivalidad greco-fenicia en, 67-68, 70, 102, 133, 135, 136-140, 143, 144
Sidón, sidonios, 9, 11, mapa 12-13, 17, 21, 57, 60, 84, 85, 92, 140
centro de teñido, 58, 61
dioses de, 106, 115
orfebrería de la plata, 80
Silabario mesopotámico, 95
Siracusa, mapa 12, 136, 137
Siria, 14, 85, 108
Sociedad, organización de la, 15, 88-92, 132-133
Suffetes, 91

T
Tabletas de arcilla: de Amarna, 23-24
de Ugarit, 95-96, 97, 105
fenicias, 11, 93
mesopotámicas, 10, 95
protofenicias, 105
Tabnit, rey de Sidón: momia de, 115, 116, 118
sarcófago de, 112, 115, 116, 118
Tanit (diosa), 107, 110, 121-122, 131, 145
Templos, 107-110, 111-112, 124
de Salomón, construido por tirios, 60-123-127
Terracota, artefactos de, 73, 128, 138-139, 142
Tinte, púrpura, 10, 58, 60-61
Tiro, tirios, 9, 10, mapa 12-13, 17, 21, 23, 57, 82, 84, 85, 89, 92-93, 138, 140
centro de teñido, 58, 61, 93
comercio y riqueza de, 98-100, 134
fabricación de vidrio, 78
siclo (moneda), 145
Tito Livio, 149
Tofet, 107
de Motya, 143, 153, 156-157
Tributo, 22, 57, 86, 88-89, 91-92, 100, 145
Trirremes, 34, 47, 53-55, 147
Troya, mapa 13, 20, 105
guerra de, 21, 70
Tumbas, 112-115, 119

U
Ugarit, mapa 13, 19, 90, 92, 105
Utica, mapa 12, 14, 67

V
Vela, barcos de, 45
representación más antigua conocida, 41
Vela: invención de la, 40, 41
cuadrangular, métodos para recogerla, 42, 43
Verga, 41, 42, 43, 45
Vestidos, 97-99
Vidrio, 59, 78-79

W
Wen-Amón, papiro de, 24, 25, 26

EX LIBRIS Scan Digit



The Doctor

http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/

http://el1900.blogspot.com.ar/

http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/

ORÍGENES DEL HOMBRE

24

Los fenicios (II)

TIME LIFE

folio